

LA CONSPIRACIÓN DE LOS IGUALES

Ilya Ehrenburg

CAPÍTULO I

IGUALDAD O...

Era el día septidi 19 de pluvioso, año III, o según el viejo estilo, el jueves 7 de febrero de 1795, día consagrado por la antigua Iglesia a Santa Dorotea y por la Revolución al liquen, planta parásita como todos sabemos. Por otra parte, los parisienses no pensaban en la botánica ni en el calendario. Pensaban más bien en el pan. En la vecindad de las panaderías se oía decir a las gentes que hacían cola:

- Parece que hoy no distribuirán más que dos onzas.
- En el barrio Marceau no dan ni siquiera eso...

Soplaba de la Mancha un viento frío y húmedo del que no era posible escaparse en ninguna parte; los vendedores de leña, en el umbral de sus tiendas, hacían muecas despreciativas. Adoptaban aire de potentados. Por la mañana, en la calle de Mouffetard, se habían encontrado cuatro cadáveres: una mujer y sus tres hijos. Habían muerto de hambre o de frío. Cerca del Mercado, sabiendo que ese día septidi, o jueves, o día del liquen, no habría pan, la ciudadana Moreau había gritado al panadero:

- ¡Aquí están mis hijos! No tengo nada que darles de comer. ¡Mátalos!

Naturalmente, la ciudadana Moreau fue arrestada inmediatamente. Unos decían que era una tejedora y que, en tiempos de Robespierre, había bailado alrededor de la guillotina. Otros, por el contrario, afirmaban que estaba a sueldo de ese emigrado imprudente que osaba llevar el nombre de Delfin. Hijos de la ciudadana Moreau lloraban. El agente de policía Luis Labrat movía la cabeza en señal de reprobación.

- ¡Cuánto trabajo! Las mujeres tienen conversaciones sediciosas, las malas gentes mueren a la vista de todos y, por último, ese viento frío de la Mancha que no se calma. ¿No será acaso Pitt quien lo envía sobre la República? ¡Qué invierno! El Sena helado desde hace cinco semanas... No es raro que los avisados vendedores de leña hayan tomado aires de potentados. ¡Y ahora ese viento...!
- ¡El Correo Republicano! ¡La Revolución ha terminado!

El policía aguza el oído: ¡Gritos sediciosos! ¿Qué será? ¿Realistas? ¿Anarquistas? ¿Agentes de Cobourg...?

Pone la mano en el cuello del voceador. Es un chiquillo de unos diez años que vende periódicos.

* Traducción directa del francés por Martín Rivas. Editorial Cauce, Buenos Aires, 1956. Digitalización: KCL.

- ¿Quién te ha dicho que la revolución ha terminado?
- Un ciudadano muy serio. Tenía un reloj de oro... así. Me compró el diario. Me dio una libra, diciendo: “Gracias a Dios, la Revolución ha terminado”.

Luis Labrat es un ciudadano consciente. Respeta la Convención, el busto de Rousseau de las Tullerías y los cantos patrióticos. Si en el fondo de su corazón respeta también los relojes de oro, no se lo dice a nadie. Enfadado, reprende al pequeño.

- Ese ciudadano era seguramente un agente de Inglaterra o un secuaz de Robespierre. La Revolución, amigo mío, no puede terminar. La Revolución es algo sólido, es para siempre. Lo demás es mentira.

El agente se lleva al muchacho que llora. El incidente se ha producido cerca del Teatro de la República. El lugar se ve concurrido y la hora es agitada. Serán pronto las seis. Los ciudadanos se apresuran hacia los espectáculos. Algunos interrumpen su camino. ¿A quién arrestan? ¿Un jacobino? ¿Un ratero? Todo el mundo sonríe cuando sabe de qué se trata, y un hombre cuyos largos rizos caen sobre su cuello de terciopelo negro, se echa a reír al ver la cara del policía desconcertado.

- Sí, ha terminado... ha terminado... y era tiempo.

Labrat quiere detener al gracioso petimetre. Pero su mano enguantada vuelve a caer: ¿Quién sabe...? ¿Y si la Convención hubiera decretado hoy que la Revolución verdaderamente ha terminado? ¡Es que la Convención había decretado tantas otras cosas! El petimetre arroja al cajero del teatro un paquete de bonos y, guiñando los ojos con aire despreocupado, entra en el vestíbulo mientras que Luis Labrat lleva al niño llorando. El viento no se calma.

En el Teatro de la República, el espectáculo comenzó con atraso.

Las bujías escaseaban y el apuntador reclamaba bruscamente sus sueldos en plata; juraba que era incapaz de apuntar en ayunas. Costó trabajo convencerlo.

Se daba la tragedia “Epícaris y Nerón”. Cuando se levantó el telón, resonaron aplausos aislados en las galerías: “¡Bravo Talma!”; pero la platea respondió con un triste murmullo: “Sshh”.

Los jóvenes petimetres de largos rizos no amaban a Talma; pasaba por jacobino. El primer acto terminó tranquilamente. En el entreacto cada uno se divirtió a su manera. Los hombres de negocios susurraban; revendían telas, candelas, jabón y chorizos. Las *merveilleuses*,¹ sin inmutarse, sacaban enseguida de sus bolsos de seda, muestras de mercancías. En las galerías los soldados hacían cosquillas a las muchachas chillonas. Los petimetres se ejercitaban a quién sería el más hábil para al busto de Marat huevos podridos y nabos helados. En las bambalinas, el actor Fusil decía a Talma:

- Parece que hoy la Juventud Dorada prepara algo.

Talma hizo un gesto con la mano: ¡qué importa!

Talma representaba a Nerón, el astuto, el cruel, el infortunado Nerón, todopoderoso impotente, irritado, resentido, aislado.

¹ Se llamaba así, en la época del Directorio, a las mujeres de la pequeña burguesía enriquecida que adoptaban las maneras y el lenguaje de las aristócratas.

– ¡Qué importa!

Talma tenía buena memoria. Se lo trataba ahora de jacobino; pero antes le habían gritado: "girondino". ¿Qué era él? Simplemente un actor, un comediante, un alumno del gran Garrick: se trataba de unos falsos testimonios en virtud de los cuales se osaba arrestar a un ciudadano de Roma... y ¡cuántas veces en ese tiempo lo habían forzado a decir "ciudadano", en lugar de "príncipe" o "marqués", aunque eso rompiera la justa medida de un alejandrino! ¡Cuántas veces en lugar de un monólogo no había sido obligado a declamar un folleto satírico de algún iletrado! Y ahora era todo lo contrario, o mejor dicho, era siempre lo mismo. El actor representa un papel de jacobino y lo lapidan. Arranca la peluca de Dugazon: Dugazon, vea usted, es un bebedor de sangre.

¡Cómo representaba a Nerón! ¡Como sonreía con aire melancólico! ¡Cuán pesada y difícil era su muerte! ¡Pero no! El arte de Talma no podía conmovir a los espectadores: las tragedias, desde hacía mucho tiempo, eran una cosa cotidiana.

Una dama en un palco de derecha dijo a su compañero:

– Talma trabaja maravillosamente hoy. Se ve que comprende bien el alma de un tirano.

Su acompañante no compartía, Sin embargo, sus sentimientos. Amaba a la vieja Francia y al viejo teatro.

Talma cubierto por un peplo en lugar de llevar un uniforme de parada, Talma sin peluca, que decía una estrofa pero no la cantaba, parecía ser un jacobino ignorante, un Robespierre sobre las tablas.

Respondió a la dama:

– Talma no comprende absolutamente nada. No es ni siquiera un actor, es un bufón lastimero, apenas bueno para una barraca donde se representa a Shakespeare.

En la platea alguien gritó:

– ¡Oye, jacobino...! ¡Tú mataste a mi hermano!

Y señalaba a un ciudadano sentado en sexta fila. Simpatizando, los petimetres de largos cabellos rizados susurraron inmediatamente: "¡Mueran los jacobinos...!"

Un ciudadano de las fila' del centro sonreía con aire despreocupado; miraba el pecho opulento de Epícaris. Continuó sonriendo aún después de que un despierto petimetre le golpeó el rostro. Bonachón, se contentó con tartamudear:

– A mí también me mataron un hermano. Seguramente es una fatalidad.

Nerón moría en escena. Los soldados continuaban haciendo cosquillas a las mujeres y los petimetres pensaban en una lucrativa operación de tocino. En una de las primeras filas, estaba el ciudadano Sansón: llevaba una larga casaca marrón, y cuando sentía sobre él la mirada de las bellas, ciudadano Sansón, de tiempo en tiempo, se incorporaba con coquetería. La tragedia no le interesaba. Bostezaba. ¡En el *vaudeville* o en el teatro Feydeau era mucho más alegre! ¡Cómo tardan esos palurdos en matar a Nerón y qué aburrido lo hacen! Mientras bostezaba, Sansón recordaba otras muecas, otros personajes muertos sobre otro escenario. Él los había asistido. Había mostrado sus cabezas a un público árido. Había hecho su servicio honestamente para todos: para el rey, para Hébert, para Danton, para Robespierre; él sólo,

Sansón, había escapado. Era indispensable a todos: no pronunciaba discursos inflamados, no inventaba nuevas leyes no maldecía, no se golpeaba el pecho, no voceaba canciones. No cortaba solamente las cabezas con maestría. ¿Qué eran para él los monólogos de Talma? ¿No había oído en el cadalso la plegaria del último de los Capetos, los cantos de los girondinos, la risa de Danton y el grito, el grito salvaje de Robespierre herido, cuando él, Sansón, le había arrancado el aparato que vendaba su mandíbula? ¿Qué le importaban las tragedias? Estaba allí únicamente porque después de ese idiota de Nerón estaba anunciada una pieza graciosa. En el teatro el ciudadano Sansón Quiere reír. Talma se esfuerza en vano: aquí nadie lo comprende.

Después de “Epícaris y Nerón” debía representarse una comedia.

En entreacto, los petimetres conversaban con animación.

El actor Fusil entra en escena. Representa “Crispín, rival de su amo”. Tiene una sonrisa astuta. Sólo el público de primera fila puede distinguir la mueca nerviosa que contrae sus mejillas.

En el patio de butacas gritan:

- ¡Di el Despertar del pueblo!
- ¡Habla más fuerte!
- ¡Es un jacobino!
- ¡Es un asesino!
- ¡Es un monstruo que exterminó miles de inocentes en Lyon!
- ¡Que diga esas coplas... que se estrangule con ellas!

¡Desapareció la sonrisa astuta! No queda más que un rictus de miedo. ¿Qué hacer? Habrá que repetir esas palabras horribles, ese llamado al crimen amenazante para los suyos y tal vez para él. Fusil comienza, pero los petimetres no se calman.

- ¡No tendrá el valor de decir eso... es indigno!
- ¡Que Talma lo diga...! ¡Eh, Talma...!

El ruido se hace amenazante. Todos los petimetres, en grupo, avanzan hacia el escenario. Talma aparece. Todavía no ha tenido tiempo de sacarse la toga de Nerón. Es cortés y altanero. Bien: va a decir “El Despertar del Pueblo”. ¿No ha recitado otros versos defectuosos? ¿La Oda a Marat, “El Amigo del Pueblo” y la Oda a Carlota Corday? Pero los malos versos siendo malos versos y aquí, nadie necesita a Shakespeare. Lo que hace falta es sangre y latas de grasa.

Fusil hizo ademán de retirarse, pero no lo dejaron:

- ¡Quédate y ten la vela!

Nerón reclamaba los pobres versos de un poeta silbando: Sourguieres, y el bufón Crispín tenía el candelabro. La mano de Fusil temblaba y, sobre la pared, la sombra del tirano romano bailaba cómicamente. Triste, sin animación, Talma repetía:

Sí, nosotros juramos sobre tu tumba,
Por nuestro país desdichado,

Hacer una hecatombe
De esos caníbales malvados.

Los petimetres repetían a coro: “¡Una hecatombe!”

No querían ver la comedia:

– ¡Abajo Fusil!

El espectáculo terminó allí. Los soldados de las galerías lo lamentaron lo mismo que el ciudadano Sansón, que no había tenido ocasión de reír.

Los petimetres dejando a los actores, se ocupaban ahora del busto de Marat. Unos gritaban: “¡Rompámoslo!” Otros: “¡A la alcantarilla!” Fueron estos últimos los que triunfaron. Una manifestación nocturna pareció entusiastas.

Primero se dirigió hacia la calle Chabanais, donde habitaba el redactor del “Orador del Pueblo”, ayer jacobino, comisario de la Convención en Tolón, aficionado al oro y a la guillotina, hoy amigo del orden, jefe de la *Juventud Dorada* el siempre presumido, charlatán y vanidoso Freron.

Sonriente, vino a su encuentro: ¡Ellos eran su apoyo! Así como un coronel habría pasado en revista las bayonetas examinó los largos rizos.

– Sabe que no tengo pocos enemigos. El judío Moisés Bayle me acusa de haber participado en las masacres de Tolón. No es un verdadero francés y es un malvado. Quiere tomarnos al orador del Pueblo.

Un petimetre preguntó a otro:

– ¿De qué habla?

– Bayle ha publicado sus cartas de Tolón. Parece que, bajo Robespierre, Freron se vanagloriaba de enviar a la guillotina doscientas cabezas por día. Lo dice textualmente: “Las cabezas caen como granizo”.

– ¿Para qué recordar el pasado? Poco importa que haya sido jacobino o que haya sido el diablo, si quiere, siempre que nos sirva ahora. -Fron marchaba a la cabeza; se admiraba al verse con su pantalón avellana, su saco a cuadros, sus botas flexibles “a la Souvaroff”, sus dos relojes de los que pendían cantidad de dijes y su bastón trenzado. Las calles estaban desiertas. No encontraron sino a algunos miserables temblando bajo el viento helado. Los llamaban al pasar:-

– Vengan con nosotros, hacemos la apoteosis de ese perro de Marat.

Pero ellos murmuraron sombríamente:

– Hoy no han distribuido nada de pan.

Uno, semidesnudo, todo cubierto de pelos blancos, gritó:

– ¡Con Marat estábamos mejor! Quizás ustedes estarían peor, pero nosotros, estábamos mejor...

Habiendo mirado el rostro huraño del hombre, Freron se hundió más aún dentro de su cuello:

- Déjenlo, no vale la pena que nos preocupemos...

Al llegar al mercado, los petimetres se detuvieron cerca de una carnicería. Habían visto sangre en las alcantarillas.

Embadurnaron con ella al Marat de yeso.

- Ahora -dijo Freron- hay que purificar el aire. Aquí están las hojas de los anarquistas, "El Tribuno del Pueblo"; vamos a quemarlas.

Se encendió un brasero. Y en torno del brasero cantaron:

Una hecatombe de caníbales.

Se bailó escupiendo a quién más y mejor sobre el busto de Marat.

El primero que al llegar al teatro había desconcertado al policía, gozaba particularmente. Danzaba, cantaba, escupía y decía todavía con ruido goloso de los labios:

- La revolución ha terminado, sí, ha terminado. -No era un aristócrata, ni un realista, ni un agente de Pitt. Era simplemente un joven atrevido y robusto, por otra parte acomodado que quería vivir hasta hartarse...-

Mientras Nerón moría en las tablas, mientras los petimetres se distraían, mientras el alerta Freron trataba de embadurnar con sangre de buey las huellas de sangre humana que habían quedado en sus manos suaves y cuidadas, Luis Labrat, el policía, trabajaba. Galopaba por la ciudad, entraba en los cafés, prestaba oído a las conversaciones: "¡Espía... Perro!" Pero era un honesto trabajador y ponía todavía más cerca de aquellos que lo injuriaban, su oreja rosa en forma de embudo. El viento, el viento húmedo de la Mancha lo torturaba. Labrat estornudaba. Tarde, por la noche, hizo su informe a su jefe:

- En el Teatro de la República han silbado a Fusil, luego han derribado a golpes al ciudadano Borot, éste fue arrestado. El busto de Marat ha sido derribado. En el *vaudeville* fueron muy aplaudidas las palabras del Barbero: "Déjenos divertir, tal vez, dentro de tres semanas no existiremos". Quise establecer exactamente quién aplaudía, pero me resultó imposible; los dos bustos de Marat están rotos. En el teatro *Egalité*, el público rió mucho cuando una actriz dijo: "Comí un gran pastel, es decir, un ex pastel..." En el salón, un ciudadano decía: "Ahora todo es ex: la ex calle, la ex marquesa, hasta el pastel es ex..." Por si acaso, lo arrestaron. El busto de Marat también allí fue roto.

El jefe sonrió:

- ¡Frágil vajilla! Pero el de la plaza del Carrousel dará un poco más de trabajo... ¿Y fuera de las estatuas? ¿Las conversaciones en las calles? ¿En los cafés?
- Se habla cada vez más de la emisión de los bonos. Tienen miedo de que pronto no se pueda comprar nada. Impúdica, una mujer del mercado Antoine, gritó, hablando de los bonos: "Puesto que no sé qué hacer con ellos, tanto da que me limpie el trasero..."

En el barrio Antoine se han distribuido tres onzas. Un obrero llamó a la panadera *ciudadana*. Esta se puso a gritar: "A causa de esas palabras no tenemos pan". En la calle Charonne, una mujer que alimentaba a un niño de pecho, cayó de inanición. Tales incidentes excitan evidentemente al pueblo...

- Espera, Labrat. ¿Pero las conversaciones políticas? ¿Nuestras victorias en Holanda? ¿El cambio de Constitución?

Luis Labrat, desolado, suspira:

- No he oído nada de eso. Todo el mundo se queja del tiempo, del viento, del frío, y luego, naturalmente, de la desocupación...

Cuando hubo despedido al espía, el jefe comenzó a dictar su informe: “La opinión general está algo agitada. Naturalmente, los ciudadanos sensatos aprueban íntegramente las medidas adoptadas por la Convención Nacional para proteger la libertad de comercio. En lo que respecta a la clase obrera, sufre de la falta de trabajo y también del mal tiempo...”

Aquí, el jefe estornudó, el escribiente estornudó también.

El dictado fue interrumpido por un plantón. El jefe leyó la orden del Comité de Seguridad General, luego hizo llamar a algunos policías, entre ellos, a Luis Labrat:

- Hay una orden de arresto para el número 28 de la calle Saint Antoine.

La casa designada por el jefe de policía estaba situada en la esquina del pasaje Lesdiguières. Era una casa de cuatro pisos. Sobre la fachada, resaltaba en letras rojas, la frase “La Igualdad o...” Hasta esos últimos días eso significaba: “o la Muerte”. Pero, el propietario de la casa, el carnicero Garron, había borrado “Muerte”: eso chocaría a los sentimientos populares. Es que después del Termidor, nadie quería ya oír hablar de muerte. Las gentes recomenzaban apenas a vivir. La inscripción se volvió enigmática: “o”... ¿“o” qué? La casa callaba. En la planta baja había un taller de ebanista. El hombre buscado por la policía se ocultaba en un estrecho cuarto del último piso. A la luz de la bujía se distinguía un rostro delgado, ojos que el insomnio, la enfermedad y el fuego interior inflamaban, un traje azul marino, una mano huesuda, hojas de papel abundantemente cubiertas de escritura a lo largo y lo ancho; se veía que tenía que economizar papel. Los policías ascendieron prudentemente por la escalera de caracol. Labrat estuvo a punto de estornudar pero se contuvo a tiempo. Mientras tanto, arriba, el hombre seguía escribiendo: “La Revolución no ha terminado aunque lo digan y lo piensen aquellos que no desean sino substituir su dominación por otra, o bien, si la Revolución hubiera terminado, no habría sido más que un gran crimen...”

Cuando Labrat tomó la hoja, la última palabra aún no se había secado y manchó su puño. Suspiró tristemente: una mancha... y se le pagaba con bonos; es probable que en prisión se estuviera más tranquilo...

Los policías llevaron al hombre a la prisión de la Force, y Labrat fue tranquilamente a transmitir el informe a su jefe. Este había tenido tiempo de recibir todavía otro mensaje del ciudadano Tallien. Estaba preocupado... Preguntó a Labrat:

- ¿Cuánto dinero encontraste sobre el individuo?
- Seis francos, ciudadano.
- Hum... pero te propuso una suma para que lo dejaras huir. Ha querido corromperte. Te dio treinta mil francos...

El pobre Labrat no comprende; esto es más complicado que la victoria de Holanda.

Replica ingenuamente:

- No, ciudadano; no me propuso nada. Solamente me injurió porque había borroneado sus escritos, y ¿dónde podría haber hallado los treinta mil francos? Es un menesteroso.

El jefe se enoja:

- ¿Para qué razonar, Labrat? Declaras que ha querido corromperte; naturalmente, te has negado a aceptar su dinero y yo te recompensó por tu honestidad; ¿me has comprendido por fin?

Labrat está radiante: ¡Claro que ha comprendido ahora! Es seguramente una orden de la Convención y, cuando la Convención decide no hay que discutir. En cuanto a la gratificación, es agradable, naturalmente: ¡Siquiera fuera en plata! Pero, diablos, sería como siempre: en bonos. Tendría que comprarle un vestido a su mujer.

Rápidamente Labrat redacta un sumario sobre la tentativa de corrupción. El jefe también escribe; le escribe a Tallien para exponerle el asunto. “El criminal ha intentado corromper al agente de policía, pero...” quisiera brillar por su elocuencia. En su ardor saca la punta de la lengua como un niño... “pero el agente ha dado pruebas de un valor cívico digno de los héroes de las Termópilas”.

Del otro lado de la pared se oye llorar a un niño. ¿Qué es eso? Ah, sí, es el pequeño vendedor de diarios. Luis Labrat, héroe de las Termópilas, ve que aquí tampoco puede prescindir del jefe.

- Detuvo a ese joven ciudadano cerca del Teatro de la República. Gritaba: “La Revolución ha terminado”. Me pareció que eran palabras sediciosas, porque así razonan los chuanes y los aristócratas. Pero, por supuesto, si la Convención...

El jefe hace un gesto con la mano: “Cállate”, parece que dijera. En realidad, no está menos preocupado que el imbécil de Labrat. Trata de aspirar un buen puñado de rapé, pero sus ideas no se aclaran. “¿La Revolución ha terminado?” ¡A otros! ¿Y el Tribunal Revolucionario? ¿Y el estilo Revolucionario? ¿Y las fiestas Revolucionarias? Sí, pero hay también los revolucionarios que se encierran en prisión, que se envían a Cayena, que se les corta la cabeza. ¿Quién los pone en prisión? Revolucionarios como ellos. Quizás quieran verdaderamente terminar con la Revolución. ¿Quién los comprende...? Vean al ciudadano Tallien, no le agrada mucho que se hable delante de él del pasado: Burdeos, la guillotina bajo sus ventanas, el gorro escarlata... Tal vez la Revolución ha terminado realmente. Por otra parte, aquello no le incumbe. La policía debe ejecutar las órdenes y no ocuparse de cuestiones filosóficas. La policía no es la Academia.

El jefe interroga al chiquillo:

- ¿Qué edad tienes?
- Diez años, creo, o nueve. Para la Asunción tendré diez u once.
- Ahora no hay más Asunción, imbécil, hay otras fiestas. Por ejemplo, el Nueve Termidor, la caída del tirano Robespierre, o el 23 Termidor, la caída del tirano Capeta, ¿Qué eres, un realista, un jacobino o un orleanista? ¡Vamos, responde...!

El niño deja de llorar. Mira con éxtasis la escarapela del jefe, su gesto altanero, las plumas de los escribientes. Responde cortés, pero firmemente:

- No soy, ciudadano, no soy más que el hijo de la viuda Peujot, calle de los Osos, número cuatro.

El jefe sonríe, Labrat, respetuoso, sonríe también... y sonríen las escarapelas y las plumas.

- Pues bien, hijo de la viuda Peujot, puedes volver a tu casa; pero, fíjate, no te hagas el pillo. Grita el Correo Republicano, o El Mensajero, o El Orador Popular, pero de tu cosecha, ¡ni esto! Si mañana se te ocurre gritar: “La Revolución ha comenzado” te traerán de nuevo acá. Revolución, viejo, no tiene nada que ver con la venta de periódicos. La Convención es la que vela por la Revolución y no el hijo de la viuda Peujot. ¿Has comprendido, mocoso...?

El coche llegaba a la prisión de la Force. El guardián refunfuñaba y juraba buscando sus llaves. El preso maldecía también. Estaba oscuro en la celda. Alguien encendió un cabo de vela. Se veían montones de heno, rostros dormidos, humo. El prisionero no examinó los muros húmedos ni la pajaza podrida. ¡Sabía muy bien lo que eran prisiones de la República! Ese era su quinto arresto. Gritó solamente:

- ¿Quién está aquí?

De todos lados se oyó:

- Patriotas.
- Las víctimas de los realistas y los chuanes.
- Los defensores de la Revolución.
- ¿Y tú, quién eres?

El recién llegado callaba. Entonces uno de los detenidos acercó el cabo de vela a la cara delgada y extremadamente pálida.

Inmediatamente un grito de entusiasmo llenó la prisión:

- ¡Viva Gracus Babeuf! ¡Vergüenza a los traidores! ¡La libertad o la muerte!

Durante toda la noche, los presos entonaron cantos patrióticos: El Himno de los voluntarios marseleses o La Carmañola.

Los albañiles, en la plaza del Carrousel, temblando bajo el viento frío y húmedo, entonaban los mismos cantos. Trabajaban sin tregua, demolían el monumento erigido en honor del “Amigo del Pueblo” Juan Pablo Marat. Bajo los golpes de pica, las piedras volaban y los obreros cantaban siempre: “*¡Aux armes, citoyens! Formez vos bataillons!*”

CAPÍTULO II

CORRESPONDENCIA CON EL SEÑOR DUBOIS DE FOSSEUX

1787. Nadie piensa todavía en el huracán que está próximo; ni María Antonieta, a quien las dificultades financieras hacen fruncir a veces su hermosa frente, en medio de las bucólicas del pequeño Trianon, de las cabras, los cortesanos, las pelucas y los ministros; ni Maximiliano de Robespierre que, en el Tribunal de Arras se pone pomposamente, pero sin éxito, al servicio de

los pleitistas de provincia. En ese tiempo es monárquico: los monárquicos sueñan todavía con la República de la Naturaleza del tierno Juan Jacobo. El pueblo se calla, los poetas escriben elegías y el doctor José Guillotin, sin pensar aún su inmortal invento, pone ventosas a sus clientes cuando son demasiado sanguíneos. Más tarde se hablará de ese tiempo, como del Paraíso Perdido. “Quien no ha vivido antes de la Revolución, no conoce la dulzura de la vida”.

Gracus Babeuf no dirá eso. Vuelve a su casa. Su mujer lo espera. “¿Encontraste?” – “No, no encontré...”

No hay un centavo en la casa. Los acreedores amenazan con el embargo. Los niños lloran y la mujer de Babeuf, paciente como la tierra de Picardía, se calla y resiste -pobre tierra...-. Esta simple y fiel compañera, ex sirvienta de la condesa de Damery, cocina una sopa de lentejas. Babeuf no es todavía el Tribuno del Pueblo. No es más que un pequeño agrimensor, ni siquiera es Gracus. Se le llama en todo y por todo Francisco. Es verdad que lee a los enciclopedistas, pero, aunque va a la casa de los ricos propietarios, éstos no lo dejan entrar más allá de la cocina. Babeuf tiene amor propio. Además, no es todavía Gracus, no es sino Francisco. Y Babeuf enrojece ante la afrenta.

¿Qué hace?

Su trabajo son los archivos, las investigaciones, los derechos prescriptos, los títulos de donación, los surcos en litigio, las genealogías, los feudos... Los señores de Picardía son insaciables y avaros. Francisco Babeuf, especialista en propiedades, tasador, cuya oficina estaba situada en la aldea de Raye, debía, con ojo vigilante, velar por sus derechos: las lentejas eran caras.

Echa un vistazo sobre el barrio Saint-Gilles, donde se encuentra ese escritorio que dista mucho de ser lujoso. ¡Qué miseria en todas partes! Casuchas de madera todas de perfil. Techos de paja hundidos. En el interior reina la oscuridad, no hay una ventana, sólo una puerta por toda abertura. Una área de tierra labrada; agujeros, suciedad, hediondez. En uno de los huecos, allí mismo, inmundicias. Las paredes rezuman. Una sola pieza y una sola cama para toda la familia. Aquí la bujía es un lujo; la carne, un festín; los buñuelos, una fiesta de campanillas... En ese país, sólo las novias lloran el día de sus bodas y uno se viste de gala una sola vez en la vida, al morir, cuando la campanilla del cura llama para la extremaunción.

Picardía y Artois no conocen el sol de Provenza, ni la pereza, ni la felicidad. La mano del propietario, poseedor de inmensas extensiones, es allí dos veces más pesada que en otras partes. La miseria del obrero agrícola o del artesano no tiene lo pintoresco del meridional.

El huracán se desencadenará pronto. El Mediodía enviará a París nobles soñadores, sibaritas, mártires y charlatanes. Los hijos del Norte brumoso serán los guardianes de la igualdad y los amigos de la guillotina. Serán los feroces filántropos, los puritanos de la sangre: Maximiliano Robespierre, Lebas, José Lebon. Será Gracus Babeuf, hay miserable agrimenor. Más tarde, muy a menudo, el Tribuno del Pueblo, pobre, pero resistiendo a los asaltos del mal, nutriéndose de su fe y de píldoras, recordará esas casuchas, esa hediondez, toda la miseria silenciosa del barrio Saint-Gilles.

Recordará también su infancia sin alegría, su padre, ex mayor en desgracia que después de las proezas militares, los combates, las recompensas, después de los favores del emperador de Austria y después de una vida miserable de desertor perseguido, se había visto obligado a la vejez, a cavar por unos centavos los fosos de las fortificaciones de Saint-Quintin, como un vulgar sepulturero. En los días de fiesta, el padre se endosaba su gran uniforme que amaba más que a la niña de sus ojos, su sombrero galoneado de oro y ceñía su enorme sable. Se quedaba sentado y sonreía. Era peón, pero se creía un rico e importante personaje. Era

orgullosa como sólo puede serlo un mendigo de Castilla. Él hizo la educación del pequeño Francisco (¿cómo pensar en la escuela?). Le enseñó latín, matemáticas, alemán. Le enseñó también durante las largas veladas en que no hay ni lentejas ni bujía, sino solamente galones desteñidos y estrellas, cómo se puede soñar y perseverar. Sí, ese viejo original había enseñado muchas cosas al Tribuno del Pueblo.

Babeuf recordaba también a su madre: día y noche hallaba. Sus ojos estaban enfermos de tanto hilar, y su corazón cansado de la vida. Mostraba al pequeño Francisco una vieja valija carcomida que servía de artesa: “Esta fue tu cuna...” Francisco era un excelente niño, velaba sobre sus hermanitos.

Más tarde entró como dependiente en casa de un comisario de registro de propiedades. El patrón gritaba tras el niño, pero sus rizos de un rubio ceniciento agradaban a la patrona, que les ataba lazos. La pluma del pequeño dependiente rechinaba pacientemente. Francisco creció. Ahora, ese mismo Francisco tiene hijos. Hay que darles de comer. – “¿Encontraste...?” – “No, no encontré...” ¡Una vida triste en una aldea perdida, la vida de todos los días! Sólo la imaginación y el orgullo lo distinguían de los otros agrimensores. El difunto mayor hubiera reconocido a su hijo. El joven Babeuf no se interesa sólo por el polvo de los archivos. Todo su tiempo libre lo pasa leyendo. ¿Quién sabe qué inflama sus vigiliadas? ¿Nobles sueños o solamente el amor propio de un pobre diablo bien dotado? Lee a Bably y Diderot, pero naturalmente, su autor preferido es Juan Jacobo. Hasta le ha puesto a su hijo el nombre de Emilio. Perdiendo la noción de los inventarios, repite largas citas del Contrato Social. Por lo demás, no se limita a leer, piensa mucho ya ha madurado alguna cosa. Pronto sus sueños aterrorizarán a los más altos magistrados de la República Francesa. Por el momento no son conocidos más que por el secretario vitalicio de la Academia de Arras, Dubois de Fosseux.

Dubois de Fosseux no habita en Roye, sino en Arras. La vida es aburrida, aun en Arras no se habla en rueda más que de procesos, de escabeches, de faisanes desalados, de la insolencia de los merodeadores. Dubois de Fosseux ama la filosofía, las bellas letras, los sueños filantrópicos, los versos de Parny y de Ducis. Como el agrimensor de Roye, ama al ginebrino. Aquí no tiene nadie con quién hablar. La Academia de Arras propone a todos la solución de diferentes problemas, por ejemplo: “¿Sería conveniente reducir el número de los caminos de las aldeas de la provincia de Artois y dar a aquéllos que se conservarían un ancho suficiente para ser plantados?”

En Roye, el joven imaginativo es feliz en todas las ocasiones que tiene que pronunciarse y ponerse en evidencia. Babeuf escribe al secretario vitalicio de la Academia. Dubois de Fosseux responde abundantemente y hasta con entusiasmo. Así se inicia una correspondencia que durará años; sobre economía y poesía, sobre un nuevo orden social, y sobre imágenes antiguas demasiado groseras para los nervios de las damas sensibles.

“¿Cuáles son las cuestiones dignas de la atención pública?” -pregunta Dubois de Fosseux. Babeuf no vacila. Escribe inmediatamente:

“Con la suma general de conocimientos ahora adquirida, ¿cuál sería el estado de un pueblo cuyas instituciones sociales fueran tales que reinara inmediatamente entre cada uno de sus miembros individuales la más perfecta igualdad; que el suelo que habitara no fuera de nadie, pero perteneciera a todos, que en fin, todo fuera común, hasta los productos de todos los géneros de industrias? ¿Tales instituciones estarían autorizadas por la ley natural? ¿Sería posible que esta sociedad subsistiera y que los medios de continuar una repartición absolutamente igual fueran practicables?”

Dubois de Fosseux conoce bien a los filósofos de su siglo, y luego, ¡uno se aburre tanto en Arras! No se incomoda por la curiosidad de su enigmático correspondiente. No: describe gustoso

esa República fantástica; todos los hombres y todas las mujeres trabajan para la sociedad y la sociedad les distribuye almuerzos y comidas; los objetos tampoco pertenecen a nadie; naturalmente, ya no se oír hablar de prisiones, habrá plena libertad de conciencia, en una palabra, el paraíso terrenal.

¡Pobre Dubois de Fosseux! Como muchos otros, sopla inconscientemente sobre el fuego que quemará las obras de Rousseau encuadernadas en cuero, la Academia de Arras, y toda la vida frívola de los soñadores perezosos o... espirituales. Pasarán seis o siete años y José Lebon llegará a Arras. El también hablará de la sociedad, subrayando cada frase con el rápido trazo de guillotina. ¿Qué dirá entonces el ciudadano Dubois de Fosseux...? Por otra parte, el erudito secretario vitalicio no es un vidente.

Habiendo divagado sobre la cuestión de la nueva República, pasa rápidamente a otros temas más prácticos. Sueña ahora con una legislación única para todas las provincias: ¡he aquí un ideal!

Pero Babeuf replica: “¿Acaso las leyes pueden desfigurar una desigualdad criminal?” “Habrá toda vía niños hambrientos y enfermos al lado de un rico colmado de bienes”.

Dubois de Fosseux trata entonces de esquivar la discusión: habla de los trabajos históricos del señor Devienne y de los versos de Opois. El magnetismo y la aerostática lo inflaman. Plantea a Babeuf cuestiones de alta filosofía: “¿Porque los negros son negros?” Habla de eso como ha hablado de la República de los Iguales. Todas las cuestiones son buenas siempre que se puedan responder espiritual y alegremente. Sin embargo, el correspondiente de Roye insiste siempre: “¿Y la Igualdad?” Dubois de Fosseux se irrita: ¿Acaso no son éstos nada más que sueños de espíritus superiores? Ante todo, eso es irrealizable...

Babeuf se dispone a responderle. Está triste y silencioso.

Hoy no ha encontrado dinero. ¿Qué dirá el panadero?

Su mujer le cuenta:

- ¿Sabes lo que le ocurrió hoy a la viuda Herbeaux? Luisa me dijo que cortó dos espigas de avena en un campo señorial y ha sido condenada a azotes. Después será exiliada del reino durante tres años. ¿Qué será de los niños?

La tristeza de Babeuf crece más aún. No responde nada a su mujer. Reflexiona sobre la respuesta que enviará a Dubois de Fosseux. Olvida que se trata de una simple correspondencia, que el secretario vitalicio de la Academia leerá con buenas intenciones los mensajes de Roye, sonreirá ante un pensamiento audaz y guardará el escrito en su carpeta; ¡se aburre uno tanto en Arras...! Le parece ahora a Babeuf que esta carta es capaz de transformar todo el universo. Tiene veintisiete años, pero es, a decir verdad, tan ingenuo como su pequeño Emilio. Repite en voz alta:

- Hay que hacer caer las coronas de los reyes.

Su mujer, aterrorizada, le toca las manos:

- ¿Qué dices, Francisco?

Ella recuerda bien un ahorcamiento en la Plaza Mayor. Era un desdichado. No se sabe cómo había dicho en la taberna, habiendo bebido un trago de más: “¡Uno ya va a reventar con los impuestos! ¿A quién se despluma? ¿A los ricos? ¡Nosotros! Pague por la sal, pague por el vino.

Pero, espere, ya arreglaremos las cuentas”. Y colgaba, pequeño, negro, flaco como un pájaro. “Las coronas”. “Los reyes”. ¿Es posible pronunciar tales palabras?

Babeuf sonríe. Se levanta. Sus ojos tienen un brillo triste y duro. Habla confusamente, enredándose, pero con tanto ardor... como si tuviera ante él no a su mujer horrorizada, sino al pueblo de todas las provincias del reino.

– ¡Pues bien, sea...! Así debía ser... Cuando mi padre estaba muriéndose, me llamó. Me dijo: “Durante toda mi vida leí a Plutarco. Te lego ese libro. Lo he leído en la tristeza y en la alegría. Entre los hombres de la antigüedad elige uno que sea digno de ser imitado. Muchos son grandes. Pero no olvides al pueblo. Tu corazón te mostrará el camino. Todos son dignos. Quiero que sigas las huellas de uno de ellos. Es Cayo Graco. Pereció, pero no traicionó. No hay suerte más bella que semejante muerte. La muerte para la felicidad de todos. Júrame sobre esta espada que no retrocederás, que no traicionarás al pueblo...” Yo juré.

La voz de Babeuf es sorda. Hay en ella pasión y dolor. Quizá sueña con esta escena: las recomendaciones del mayor, Plutarco, la agonía, el juramento sobre la espada. ¡Tal es el hombre! Habla y lo que dice se convierte en seguida en una verdad. Si no está ligado por un juramento hecho a su padre, en este minuto se lo hace a sí mismo y no lo traicionará.

Se enjuga la frente. Habiéndose calmado un poco, se sienta de nuevo a su mesa. La pluma corre rápidamente. Escribe al señor Dubois de Fosseux: “Para realizar una gran revolución, es preciso ejecutar grandes cambios”.

CAPÍTULO III

BAJO LA LINTERNA

– *¡Se tomó la Bastilla...!*

El ruido que llega hasta el cuarto de Babeuf lo obliga a salir a la calle. No era el único; todo Roye esa noche estaba en la calle. Los ancianos miraban con desconfianza por encima del hombro: ¿Dónde estaba el señor comandante de los Dragones del Rey...? Los jóvenes reían ruidosamente. Hasta gritaban: “Viva la nación”, como si Roye fuera París, horrorizando con sus gritos a las muchachas y a las viejas. Las muchachas seguían muy coquetas, pero las viejas lloraban.

Los pobres del barrio de Saint-Gilles amaban a Babeuf. Es cierto que no leían sus cartas al señor Dubois de Fosseux, pero sabían que Babeuf era de los suyos, que Babeuf no los vendería. Cuando salió de su casa, sus vecinos lo rodearon inmediatamente.

Sonreían beatífica e inconscientemente, como personas ebrias. Uno de ellos (era Ledain, un cervecero pelirrojo), abrazó a Babeuf:

– ¡Han tomado la Bastilla!

Las lágrimas asomaban a los ojos de Babeuf; lo que ha escrito al escéptico secretario vitalicio de la Academia de Arras, comienza a realizarse.

Ese día, muchos ojos están húmedos de lágrimas enternecidas. Las palabras: “Han tomado la Bastilla” se han vuelto instantáneamente sonoras y triunfantes como un poema épico. La refriega insignificante contra los guardias medio muertos de miedo; el sitio, durante el cual las bodegas fueron tomadas al mismo tiempo que la Bastilla; la captura de una casamata desierta; de la bandera blanca enarbolada por defensores indecisos; la cabeza del marqués de Launay puesta inmediatamente sobre una pica; este pequeño motín hubiera podido ser un hecho corriente, un disparo fortuito, un linchamiento estúpido. Se convirtió en un gran día, la apertura fastuosa de la Revolución: la toma de una fortaleza inexpugnable, un asalto heroico, el entusiasmo desinteresado de toda Francia.

Se convirtió en la toma de la Pastilla. Ni los amantes ni los pueblos pueden vivir sin mito.

Babeuf, ahora, no tiene más que una idea: ¡ir a París! Penosamente, consigue prestado algún dinero para el viaje.

Le acompañan las miradas de envidia y de conmiseración de los habitantes de Roye: “¿Dónde va?” “¡A París!” “¡Pero en París hay Revolución! Más valdría esperar un mes o dos...” Sí, en Roye todo el mundo está convencido de que la Revolución habrá terminado para el otoño; se ha tomado la Bastilla, Necker ha vuelto, el buen rey disminuirá los impuestos y todo se arreglará.

Babeuf sabe reflexionar y, cuando sube a la diligencia, lo embarga una emoción: detrás deja una vida apacible, una vida pobre, triste, pero tranquila, su mujer, sus hijos, sus libros, sus proyectos de historia de Picardía, su cama, su mesa. ¿Y delante?... París, la Revolución, la Historia...

Babeuf llegó a París una tarde tórrida de julio. En las calles se agrupaban las gentes inquietas. Todos leían los periódicos, gritaban, discutían con los amigos, con los transeúntes, hasta con las paredes; todos querían hablar a su gusto después de muchos años de silencio. Babeuf se hospedó en un hotel cerca de la plaza de la Grève. En el letrero de la puerta se leía: “Aquí se aloja a pie y a caballo”. Quería dormir, pero no pudo. Abajo bebían y cantaban; cantaban con la tonada de nuevas letanías, terribles canciones.

Estaba oscuro y el tiempo era agobiador. La tormenta estalló en seguida. Pero ni la misma tormenta logró dispersar al pueblo. Los truenos se mezclaban a los rumores y a los lúgubres rugidos de las canciones sanguinarias.

Durante la noche Babeuf oyó la Revolución; al día siguiente, la VII. No vio una asamblea de los Estados Generales, ni a La Fayette ni a Mirabeau, ni a soñadores, jefes o batallones insurrectos. Vio una linterna de hierro oxidada en la esquina de la plaza de la Grève y de la calle Vannerie, una linterna ordinaria cerca de una pequeña tienda con el orgulloso letrero de “La esquina del Rey”. En la tienda vendían velas, café, azúcar y jabón; en los alrededores la multitud no se movía. Es aquí donde el pueblo juzga, es aquí donde canta bajo una linterna oxidada.

Babeuf está de pie, apretado contra la pared. La incertidumbre se lee en su rostro. Es que él es todavía un principiante... Ve que la multitud arrastra hacia la linterna a un anciano decrepito. Este se resiste, ruega. Tiene setenta años, u ochenta.

– ¿Quién es?

Un pilluelo mira a Babeuf desdeñosamente:

- ¿No sabes quién es? Es Foulon. Es un bandido, decía que nos obligaría a comer hierbas como los carneros...

Han arrastrado a Foulon hasta la linterna. Algunos tratan de decir:

- ¡Calma! Que se le juzgue...

Pero la multitud ruge:

- ¡Qué dices! ¿Estás en connivencia con esos bandidos...?

Y los defensores se callan: el aspecto de la linterna refrigera la filantropía. La multitud grita a Foulon:

- ¡De rodillas! ¡Pide perdón!

El viejo cae al suelo. Balbucea:

- ¡Perdónenme! ¡Pónganme en prisión! Ya ven que moriré pronto.

Pero la linterna espera. Una cuerda al cuello de Foulon. Algunos estremecimientos convulsivos y el rito está cumplido. Sin embargo, la multitud no se calma. Alguien lleva un hacha. La cabeza de Foulon cae. En la boca le introducen una brizna de heno. Babeuf dice entonces en voz alta:

- ¡Es horrible...!

A su alrededor ríen con fuerza: “¿Horrible? No, es cómico”. Aquí, nadie comprenderá a Babeuf. En todas partes se ríe y se canta: ¡*Los aristócratas a la linterna...*! Arrancan las ropas de Foulon y se disputan los más pequeños pedazos; dicen que eso da suerte. Ponen la cabeza sobre una pica. El heno está manchado de sangre.

- ¡Que coma la hierba!

Ese día, Babeuf vive como en sueños: quiere huir de la brizna de heno, pero no puede. Marcha con los otros, marcha en silencio, sin pensar en nada, respirando con dificultad. Ahora, hay dos cabezas: de Compiègne han traído al yerno de Foulon. Han destrozado su cuerpo; la sangre, el polvo, el redoble del tambor, los cantos... Todo París se ha volcado en las calles.

- ¡Ah! ¡Qué buen golpe!
- Mira, el suegro y el yerno están en dos picas.
- Y, viejo, ¿es bueno?
- Bala, carnero, meee...

Los vendedores de periódicos gritan: “¡La notable obra de Desmoulins, el Discurso de la Linterna a los parisienses!” La multitud se arrebató los diarios. ¡Está magníficamente escrito...! Sin duda, una linterna oxidada no puede hablar. Es un joven periodista, Camilo Desmoulins quien habla por ella, y los parisienses comprenden muy bien el lenguaje de la linterna. Babeuf también lee sin interrumpirse: ¡Qué pluma audaz...! Con entusiasmo, exclama:

- Esto es lo que significa la libertad de la nación; ahora, cada uno puede decir por escrito todo lo que quiere.

Sin embargo, una pica está delante de él y, en la pica, la cabeza del ex intendente de hacienda Foulon. Le sale heno de la boca. Babeuf recuerda cómo gritaba el viejo: “Moriré pronto...” Y la multitud se divierte, los tambores no callan. ¿Dónde está? En la calle Saint-Martin. Ya cae la noche. ¿Cuántas horas ha vagado así por la ciudad...? Es horrible y es hermoso al mismo tiempo. ¿Pero por qué esas cabezas...? En todas partes se baila, se bebe, se canta. Los parisienses no quieren hacer filosofía. ¡Qué aislado se siente en medio de esos cientos de miles de personas! ¡Cómo se siente aislado, a solas con esa Revolución tanto tiempo esperada!

Agotado por la duda, la marcha, el ruido, todos los incidentes de ese primer día en París, Babeuf vuelve a su hotel. Allí, toma la pluma, va a escribir a su mujer. Indudablemente, ella no es instruida. No conoce la historia de Roma. Ni siquiera ha leído a Rousseau. Esta ex sirvienta puede apenas escribir a su marido algunas palabras simples y afectuosas. Pero su mujer le comprenderá: es una hija del pueblo, y el pueblo tiene palabras gruesas, la voz ruda, pero también tiene un gran corazón. Cuenta a su mujer todo lo que ha visto: “Doscientos mil hombres miraban, insultaban los cadáveres y gozaban... ¡Oh, cómo me hacía mal esa alegría! Estaba a la vez satisfecho y descontento... ¡esa crueldad!...”

Deja la pluma, se pasea por el cuarto de un extremo a otro. Tiene delante de los ojos a la viuda Herbeaux fustigada -había cortado avena en el campo señorial; el cervecero Mauricio, su ejecución- había injuriado a los poderosos en la taberna; el bonetero Moutier: a éste le cortaron la mano porque había osado cazar en los bosques del marqués; tiene delante de los ojos las cuerdas de la horca, el verdugo, los garrotes, el hacha, la sangre, ¡tanta sangre! ¡Cómo no se hastía la nación! La sangre no se seca jamás, no hace más que esconderse bajo la tierra de donde surge después para reaparecer y enloquecer a los hombres.

Babeuf escribe: “¡Los suplicios de todo género, el descuartizamiento, la tortura, la rueda, las hogueras el azote, las horcas, los verdugos multiplicados en todas partes, nos han dado tan malas costumbres! Los amos, en lugar de mejorarnos nos han hecho bárbaros porque ellos mismos también lo son. Ellos cosechan y cosecharán lo que sembraron, porque todo esto, mi pobre amiga tendrá, según parece, consecuencias terribles: no estamos más que al comienzo...”

París se ha dormido; todo el mundo está cansado de haber bailado y cantado. Ahora bajo la linterna, dos enamorados se besan. Durante el día, con todo el mundo, han bebido y cantado. Y ahora, él dice:

– Nos casaremos después del día de Todos los Santos, cuando todo esto haya acabado...

¿Cuánto tiempo puede durar la Revolución? Un mes, dos, tres... Así piensa el pueblo, así piensa al dormirse el rey, que habiendo sabido la muerte de Foulon ha estado a punto de entristecerse, así piensa hasta el procurador de la Linterna, Camilo Desmoulins. Los más incrédulos, o los más entusiastas murmuran: “Quieren todavía ver caer una treintena de cabezas culpables y entonces todo habrá terminado...”

Pero Babeuf, camina hasta el amanecer de un lado a otro; no tiene más que una idea: ¡No estamos más que al comienzo!...

Los enamorados hace ya mucho tiempo que se fueron a dormir. La linterna oxidada está ahora desierta.

CAPÍTULO IV

A TRAVÉS DE LAS REJAS

La noche en que Babeuf escribió a su mujer contándole su primer contacto con la Revolución, fue su última noche humana, antes de dos años de tumultos, de énfasis, de odio, de heroísmo y de pose, la última noche del soñador, del agrimensor, del marido, del padre, la última noche de Francisco Babeuf. Todo cambió, hasta los nombres. Para comenzar, se convirtió en “Camilo”; los benefactores de Roma estaban de moda. “Camilo”; ¿qué puede haber de mejor para las primeras esperanzas y la concordia cívica? Mucho más difícil era la elección de una profesión. Al abolir los privilegios feudales, la Revolución había ciertamente llenado de alegría al patriota Babeuf, pero el agrimensor había perdido su trabajo. Por otra parte, Babeuf no se dejaba abatir. Ensayó de todo. ¿Quién en esa época trabajaba en su oficio? Únicamente los labradores y los verdugos tal vez. El carnicero Legendre se había convertido en un Solon, el obispo Gobel, en el jefe de los ateos y el príncipe de Orleans en un republicano rabioso.

Con un tal Audiffred, Babeuf saca una patente para un nuevo invento: el “grafómetro trigonométrico”. ¿Eso no resulta? Pues bien, será panfletista. El marqués de Mirabeau irrita a Babeuf: habla con demasiada verba. Como todos los ingenuos, Babeuf inopinadamente se vuelve desconfiado. Publica un folleto contra el héroe del día. Es su deber de ciudadano, es su profesión: ¡el hombre debe, de un modo o de otro, ganarse el pan! Desgraciadamente, el panfleto no se vende. Hay ya demasiados panfletos, los parisienses están saturados. Naturalmente, ha habido que pagar la tipografía. Mirabeau sigue siendo Mirabeau, pero las deudas de Babeuf han aumentado.

Por otra parte, en lo que respecta a Mirabeau, el odio de Babeuf se extinguió rápidamente. Un mes o dos pasarán y el panfletista pedirá audiencia al marqués: ¡un provinciano necesita protección!

Babeuf escribe un libro, “El catastro perpetuo”, que no carece de planes audaces. Sin embargo, el libro no se vende. No hay dinero y la familia está en Roye...

He aquí que Babeuf ha conseguido prestado, con gran trabajo, un escudo. En seguida, se lo envía a su mujer. En medio de los panfletos, los planos, los grafómetros, los periódicos, no deja de pensar en sus hijos. Escribe a su hijo: “Buenos días, mi hijo querido, buen día, pequeño camarada”. Te he comprado un hermoso bastón... ¿sabes?... ¿Me lo prestarás? ¡Ah! ¡Si tú supieras qué lindo es! Mira, es así...” Y el ciudadano Camilo trata de dibujar un bastón, pero ¡ay! no consigue hacer sino un atizador. Firma: “tu vagabundo padre, Babeuf”. Recuerda en la carta a su mujer todos los tiernos nombres que cambiaban él y su hijo: “Mi vagabundo”, “mi pobrecillo”, “mi camarada”, “mi diablo de hijo”, “mi amigo”.

Pero las palabras, aun las más tiernas, no reemplazan al pan. Consigue por fin trabajo: redacta cartas para el señor de Tour. Envía dinero a su mujer. Le compra un regalo de cuarenta y ocho sueldos, una tabaquera, “un recuerdo patriótico”. Desgraciadamente, el señor de Tour se separa pronto de Babeuf. Pese a que los sabios elogian “El catastro perpetuo”, el libro no se vende. Es el primer año de la Revolución, los tiempos de los rápidos ascensos no han llegado todavía. Después de tres meses de fiebre parisiense, reprimiendo su pesar, Babeuf regresa a Roye.

Naturalmente, Roye no es París, y es mucho más fácil para el fogoso ciudadano Camilo, encontrar ocupación. Para comenzar se ocupa de las gabelas y las ayudas: “Estos impuestos a la pobreza, son contrarios a la igualdad de los ciudadanos”. Babeuf publica un periódico. En

todas partes denuncia a las autoridades municipales: en las tabernas, en las casuchas del barrio de Saint-Gilles. La población se agita: los impuestos le son más odiosos que la Bastilla. La Revolución, se convierte en el asunto personal de cada uno. En las sesiones de la municipalidad, no se trata más que una cosa: “¿cómo desembarazarse de Babeuf?” El alcalde de la ciudad, Longuecamp, tiene particular interés. En la iglesia, murmura al oído de los parroquianos influyentes: “Ese Babeuf es muy peligroso, puede mordernos a todos como un perro rabioso”. Todos los días, el alcalde escribe a París, el número de denuncias aumenta. Fue así que Babeuf tuvo conocimiento, por primera vez, de las pajas de la prisión. Lo llevan a París. Está en la prisión de la Conserjería. ¿Quién intervendrá en favor de Babeuf? ¿Los pobres diablos del barrio Saint-Gilles? Pero, vamos, ellos no saben escribir. Longuecamp aliviado, suspira: “Que coma sopa... no es tan fácil salir de prisión”.

El señor Longuecamp olvida una cosa: que en París, a pesar de todo, hay Revolución, que en París, está el ciudadano Marat. Cada número del “Amigo del Pueblo” es una sentencia, aunque Marat se oculte de la policía. Babeuf estaba encarcelado desde hacía dos meses, cuando en el “Amigo del Pueblo”, Marat reclamó la libertad del patriota picardo. Lo pusieron inmediatamente en libertad. De regreso a Roye, ya no vacila al elegir una profesión. ¡He aquí lo que es un periódico!... ¡Es necesario, aquí, en Picardía, salvaguardar la Revolución, como la protege en París el ciudadano Marat!

En la ciudad vecina de Noyon, habitaba un tipógrafo llamado Devin. Estimaba mucho a Babeuf. Consintió de buen grado en publicar un semanario, “El corresponsal picardo”. Se imprimían los decretos de la Asamblea Nacional, avisos y también artículos filosóficos de Babeuf, en los cuales éste dialogaba con la sombra de Licurgo. Era una hoja minúscula, llena de retórica provinciana y de copias tomadas de otros periódicos. Pero el señor Longuecamp, al leerlo, se ponía encarnado de rabia: ¡Qué insolencia! Los que sabían leer, leían el periódico en alta voz en todas las tabernas de Saint-Gilles. ¡Cómo los escuchaban ávidamente! Era el primer periódico libre. Babeuf continuaba denunciando el sistema fiscal, hacía irrisión de las pretensiones de la alta sociedad picarda y de la estupidez de los administradores locales. Entre las ideas abstractas, no olvidaba la miseria de su alrededor. Como dependencia del periódico, se había abierto una “Oficina de Consultas”. Todos aquellos que se sentían perjudicados iban a pedir consejo a Babeuf.

Ahora, el señor Longuecamp acusa a Babeuf de provocación al pillaje: Babeuf es partidario de la ley agraria y del reparto de tierras. Longuecamp obtiene una nueva orden de arresto. Esta vez Babeuf conoce otra prisión de París: el Chatelet.

Estuvo allí más de un mes. Volvió a Roye, pero, naturalmente no se corrigió. El barrio de Saint-Gilles lo eligió para el consejo comunal, pero Longuecamp logró anular las elecciones: parece que la libertad de Babeuf era condicional y no podía ocupar funciones electivas.

Babeuf continuaba luchando. La pequeña ciudad murmuraba. Hubo que recurrir a dos pelotones de dragones. El pueblo gritaba: “¡Abajo los privilegios! ¡Viva la Nación!” El pueblo estaba con Babeuf.

Longuecamp hace arrestar de nuevo a Babeuf. Pero ya los tiempos no son los mismos. El alcalde tropieza con dificultades: ¿de qué podrían acusar a Babeuf? No consiguen inventar nada: lo sueltan. Babeuf se ha acostumbrado ahora a la Revolución: está habituado a los arrestos imprevistos y a las no menos imprevistas liberaciones. En la prisión se siente como es su casa.

Roye es un lugar retirado y, cuando llevan a Babeuf al Chatelet, los parisienses miran desde arriba a ese provinciano ingenuo: “¡Así que la gabela, te parece! Dos pelotones de Caballería...” Pero Babeuf tiene buena vista: él ve lo lejos. Cuando toda Francia está entusiasmada por el

liberalismo del rey. Babeuf es ya partidario de la República. Cuando a todos les parece que la Revolución reside en la libertad de conciencia y en la libertad de la palabra, él exclama: "Es poco derribar a los reyes; eso no es todavía la igualdad. Bienestar para todos, instrucción para todos... ése es nuestro objeto". Babeuf hace abiertamente una campaña para la repartición de las tierras. Cuando la urna electoral tiene la vanidad de ser un altar sagrado, Babeuf se burla: "No se hace la Revolución por un recuento de votos, sino por la sabiduría, el valor cívico y el desinterés". Babeuf prevé el porvenir; pero no puede descifrar más que lo que le toca de cerca. No es en modo alguno un hombre político. Es a veces un filósofo, a veces un apóstol; se parece a las personas que encaran la historia como el arreglo de una casa: sufre de presbicia. El señor Longuecamp o la municipalidad de Roye se convierten a sus ojos en los enemigos de Francia. Pone todas sus fuerzas para luchar contra esos oscuros benditos provincianos fieles al tapete verde y al anisado.

Designado por fin para el puesto de administrador departamental de Somme, trabaja sin descanso. Sus enemigos se enardecen y, a cada paso Babeuf choca con ese antagonismo. La Revolución atraviesa por horas inquietas; ha dispensado ya todos sus besos fraternales y no se decide toda vía a pasar a la guillotina. Se encarnizan con Babeuf. Su desconfianza crece. Su ingenuidad no desaparece. El descubre un complot: los contrarrevolucionarios querían entregar Peronne a los aliados. Advierte y denuncia un nuevo pacto de hambre organizado por los realistas.

¡En todas partes enemigos! ¡En todas partes complots!

Babeuf es a veces patético, a veces, simplemente ridículo. La ciudad entera cuenta cómo el ciudadano Camilo declaró la guerra a una compañía de actores ambulantes. Representaban "Los héroes franceses" y "La posada llena". ¿No eran piezas realistas? Babeuf estaba indignado. Grita a los actores: "En nombre de las nuevas costumbres, en nombre de la nueva educación que conviene al pueblo de una República naciente, le inicio un proceso del que tomo por jueces a todos los ciudadanos espectadores presentes en este recinto".

Los ciudadanos ríen: no estamos más que en el 92. Los "acusados" pueden todavía seguir pintándose. La crítica teatral no es todavía de la incumbencia de los tribunales revolucionarios.

Sin embargo muchos son los que no se contentan con reír. Los enemigos de Babeuf saben que no son los comediantes los que le preocupan. El reparto de tierras, la lucha contra el lujo, las ideas de la igualdad, esto es en lo que piensa el demasiado fervoroso administrador. Babeuf tiene muchos enemigos. Son poderosos. Se le traslada de Amiens a Montdidier.

Allí tampoco cede. En París, habría sido uno de los oradores del Club de Jacobinos, tal vez un juez, un periodista o bien un comisario: habría estado en su lugar. En la tranquila ciudad de Picardía se convierte en un espantajo. La Revolución lo posee de los pies a la cabeza. No piensa más que en ella. Su hijo tiene sarampión. Le escribe: "¡Ya estás mejor! ¡Viva la República! Tu papá". No es una actitud de comediante ridículo, es el delirio de un poseído. En Montdidier y en Raye, las gentes, al saber el suplicio de Luis XVI se persignan, echan una mirada temerosa y lloran. No es que amaran mucho al difunto Capeta, no, no lo querían absolutamente. Pero, ¿cómo se puede cortar la cabeza a un rey? Entre los murmullos medrosos, resuena la voz de Babeuf: "¡Bravo París! ¡Muera el tirano!" Babeuf protesta contra la complacencia de las autoridades que no han confiscado las tierras de los emigrados. Babeuf hace un acto de fe con los blasones de los nobles y la efigie del rey.

Las filas de sus enemigos se refuerzan. Siempre es Longuecamp el que marcha a la cabeza. No se busca más que un motivo de pleito. Es que ahora es imposible arrestar a un hombre por sus ideas republicanas. Sus enemigos siguen a Babeuf paso a paso. Es pobre como antes. No

se le puede acusar de malversación ni de robo. ¿Cómo desembarazarse de ese turbulento patriota?...

El mismo Babeuf fue en socorro de sus enemigos. Era confiado e imprudente. Sabía orientarse en los destinos de la República, pero no en las formas burocráticas. Una vez, un tal Devillas, presidente del distrito, fue a su casa a pedirle que legalizara un acto de venta de la granja de Fontaine. Esa granja le había sido adjudicada por 76.200 libras y, en seguida había declarado que operaba en provecho de un tal Levavasseur. El negocio con Levavasseur, no resultó. Fue un llamado Leclerc quien se hizo cargo de la propiedad, pero hacía falta la firma de Babeuf y la de otro administrador: Jaudhuin. Los dos firmaron inmediatamente. No habían pasado dos horas y ya Longuecamp triunfante, declaraba que Babeuf y Jaudhuin eran culpables del fraude. Los acusados expusieron inmediatamente el fondo del asunto, pero la dirección del distrito destituyó a Babeuf del puesto que acunaba. El pleito fue transmitido al procurador de Montdidier.

Babeuf va a París para justificarse. No pide sino una cosa: “Júzguenme en París”. Es que teme la sentencia de los jueces picardos. Pero en París le dicen: “Quédese aquí, espere”.

Babeuf se quedó en París. El tribunal de Amiens había rechazado el delito de fraude; había absuelto a Devillas y consortes. Sin embargo, Babeuf fue condenado por rebeldía a veinte años de cadenas: recordaban muy bien en Amiens al inquieto administrador. Longuecamp, ex procurador del rey, ahora, naturalmente, patriota y republicano, había arreglado al fin sus cuentas con Babeuf. No solamente lo había expulsado de Normandía sino que lo había deshonrado ante los ojos de todos: “¡Vean este apóstol de la igualdad que es capaz del fraude más vulgar, y todo eso por dinero! Ahora, se oculta, se divierte en París...” En realidad, en París, Babeuf se muere de hambre. Perseguido, solitario, busca en vano algún medio de subsistencia. El ciudadano Fournier le aconsejó por fin que escribiera algunas cartas. El escribe inmediatamente a su mujer: “Me acusan a mí, que siempre he mostrado tanto horror por la intriga y las bajezas, de haber traicionado mis deberes por dinero. Que vengan a ver su obra. ¡Mis hijos lloran porque no tienen pan! Querida amiga, trata de impedir que mueran todavía por unos días... El ciudadano Fournier me ha procurado algún trabajo. Debo recibir un poco de dinero mañana...” Pero probablemente el ciudadano Fournier pagó mal su correspondencia. Alguien golpea la puerta. La mujer de Babeuf, abatida, deja caer los brazos. Son los acreedores. El panadero Danger reclama treinta libras por la provisión de pan. Clavier, hostelero, exige veintiséis libras y seis sueldos por comida enviada a Babeuf. Embargan los muebles de los Babeuf. Su hogar no tiene nada de un palacio: una cama de madera, dos malos colchones, uno relleno de paja y otro de lana ordinaria, una mesa, un escritorio de madera pintada con cajones, seis sillas con asientos de paja, una colcha de indiana violeta forrada con tela gris. Eso es todo. La mujer de Babeuf se va a París con sus hijos: si hay que morir, al menos que sea todos juntos...

Babeuf había sido ayudado por el poeta, el burlón, el original Sylvain Marechal, hombre cito trigueño, tartamudo, enfermo, en una palabra, un ser totalmente privado de los favores de la naturaleza, pero no por eso menos enamorado de ella, de una naturaleza convencional, poética, a lo Juan Jacobo Rousseau. Antes de la Revolución, escribía frívolas canciones, estaba entusiasmado con los amores de las pastoras y denunciaba la astucia de los tiranos, lo que le hizo conocer la prisión de San Lázaro. Era un incrédulo perfecto, el primer inventor del calendario republicano, el terror de todos los curas. Imaginó nuevos sistemas del orden social, propuso una amnistía general y la huelga universal. Con preferencia, amaba los acrósticos, las mariposas y las familias numerosas. Cuando encontró a Babeuf, Marechal colaboraba en el periódico “Las Revoluciones de París”. Dio trabajo a Babeuf. Este podía haber vivido tranquilo, descansar. Sin embargo, pidió la revisión de su proceso. Como siempre, fue obstinado y revoltoso. Pronto, por orden del procurador de Montdidier, fue arrestado.

Marechal era bastante influyente como para ayudar a su nuevo amigo. Sugirió a la policía parisiense que reclamara los elementos del proceso. El procurador de Montdidier guarda silencio. Entone ponen en libertad a Babeuf, bajo fianza. ¿Qué es para él la libertad? Ya no puede vivir fuera de las discusiones, de los proyectos de ley, de todas las agitaciones sociales. Quiere que se le restituyan sus derechos. Lo nombran secretario de la Administración de Subsistencias de París. Pero los esfuerzos del señor Longuecamp no son vanos: las calumnias siguen su camino. Aunque haya sido por contumacia, Babeuf está condenado. El ministro de Justicia del más revolucionario de los gobiernos, no puede escapar a un arresto judicial. El ministro declara: "Si el ciudadano Babeuf está condenado, debe estar en prisión". Esta vez Babeuf no espera la orden de arresto; él mismo se constituye prisionero. Desde su encierro escribe una larga carta: denuncia a sus calumniadores. De nuevo -¿cuántas veces lo había hecho?- debe pensar en la maldita granja que Devillas vendió a Leclerc y no a Levvasseur. Tiene las manos atadas por hábiles estratagemas.

Acontecimientos extraordinarios se producen en todas partes. La República triunfa en Jemmapes. Pone en fuga a sus enemigos. La Convención proclama la Declaración de los Derechos del Hombre. Sobre la plaza de la Revolución levantan la guillotina y el carnicero Legendre ríe: "Aquí vamos a acuñar una nueva moneda". Una aristócrata mata al "Amigo del Pueblo". El pueblo llora. El pueblo baila alrededor del patíbulo. Los jefes disputan. Se acusan mutuamente de traición. Ya han caído las cabezas de Chaumette, de Anacarsis Clotz, de Hébert... Un verano tórrido comienza. En todas partes las gentes luchan, mueren y él, Babeuf, debe pensar en la granja de Fontaine...

Por fin un rayo de sol: después de haber escuchado el informe sobre Babeuf, la Convención llevó el asunto ante el Tribunal Supremo que anuló el fallo y lo envió al Tribunal del departamento del Aisne. Se traslada a Babeuf a la prisión de Laon. La queja de no se sabe qué patriota condenado pasa desapercibida: "¡Imbécil, debía considerarse dichoso. Lo acusan de fraude, pero si estuviera en libertad, lo acusarían de contrarrevolucionario!" La guillotina trabaja sin descanso. Hace pocos días, París lanzó un ¡ah! viendo en la mano del verdugo la enorme cabeza de Danton. ¿Quién podría preocuparse del asunto de la granja de Fontaine y del amigo de los pobres diablos del barrio de Saint-Gilles? Se juega una partida decisiva: el Incorruptible lucha contra los traidores.

Y Babeuf está siempre, siempre en prisión. La Revolución, la ve a través de las rejas de su celda. No ve las salas de recepción, los decretos sobre la inmortalidad del alma, la sonrisa del bello Saint-Just, las victorias de los patriotas, ni siquiera el paso ágil de Robespierre que, sacudiendo algunos granos de polvo de su frac irreprochable, firma, mientras camina, las condenas y marcha al encuentro de la Felicidad Común; no, Babeuf ve el reverso de la medalla de la Revolución; el catre de tijera, la paja, las lágrimas de los caídos, las convulsiones de los condenados, las carretas, los abrazos, el terror, la agonía.

Muchas veces tal vez, durante esos ardientes días de verano, cuando en toda Francia, los miembros de los tribunales, sudando, trabajan sin tregua, firmando y firmando nuevas condenas a muerte, cuando en medio de los designios elevados, de la sangre que se coagula, Maximiliano y el pueblo francés se extenuan, cuando la Revolución, como el sol en su cenit es de un insoportable esplendor, cuando está próxima a arder y a consumirse, cuando desbordan el orgullo, el énfasis y el crimen, quizás en esas noches asfixiantes del 94, Babeuf recuerda a menudo otra noche tan asfixiante como éstas, su estremecimiento al ver la primera sangre, la cabeza de Foulon, la cruel aurora de ese gran día.

¿Hace de aquello cinco o cien años? En aquel tiempo las gentes sonreían todavía.

CAPÍTULO V

EL TRIBUNO DEL PUEBLO

Babeuf fue puesto en libertad el 30 Mesidor. El tribunal del departamento del Aisne no había encontrado motivo de delito. Babeuf quería trasladarse inmediatamente a París. Una enfermedad de su hijo se lo impidió. El 9 Termidor, estaba pues, en Laon. Como toda Francia, al saber la caída de Robespierre, exclamó ingenuamente: "¡Ha caído Cromwell! ¡La Revolución continúa!" Había respirado demasiado tiempo la pesada atmósfera de las prisiones para no gozar con los discursos sobre la libertad. Es fácil escribir: "Nosotros exterminaremos a los cobardes, los indignos, los vacilantes", es mucho más difícil ver todos los días las carretas cargadas de carne humana, escuchar sobre los jergones vecinos las quejas, los llantos, la locura de los condenados. La experiencia del corazón fue más fuerte que la estrategia política. Babeuf era ardiente, colérico y tierno. No era un héroe de las tragedias falsamente clásicas que estaban de moda en su tiempo. Era un hombre viviente. Execraba las denuncias, el miedo animal, la guillotina. Cuando, en París, los montañeses, sí, sí, los montañeses, no los traidores de la Gironda, ni los realistas, derribaron a Robespierre y dijeron "¡Basta de sangre!", Babeuf aplaudió calurosamente.

¿Sabía lo que aplaudía? Babeuf creía en los gestos. Las palabras sonoras de mediocres retóricos lo conmovían a veces hasta las lágrimas. Tuvo confianza en Tallien, ese ex mayordomo, asesino y ladrón que, descubierto por Robespierre en flagrante delito, gesticulaba con un puñal ante la Convención, para salvar su piel. Tuvo confianza en Barras, el libertino, en Fouché, el zorro, en Freron, el charlatán. Fouché era un amigo desinteresado. ¿Cómo no tener confianza en él? Tenía confianza en esa banda de cobardes bandidos que temían en Robespierre, no a un tirano, no a un Cromwell, sino a un agente de policía, dispuesto a echarles la mano al cuello y hacer caer de sus bolsillos las joyas de familia sacadas a los aristócratas muertos o vivos. Esos ladrones sabían expresarse de manera rebuscada. En ellos tuvo confianza Francia. También Babeuf tuvo confianza en ellos.

En el año 89, todo el mundo pensaba que la Revolución terminaría en pocas semanas. Al pasar cerca de Robespierre herido, los convencionales gritaban: "¡Viva la Revolución!..." Ahora todos estaban convencidos de que la Revolución era inmortal.

¿Habían caído algunas cabezas? ¡Pues bien!, después de Hébert, Danton; después de Danton, Robespierre. Eso no era más que un ligero cambio de decoración doméstica. Los nuevos jefes estaban lejos de pensar en el fin de la Revolución. Ellos la amaban sinceramente; unos por la Declaración de los Derechos del Hombre, otros por los diamantes requisados.

El 10 de Termidor, el grabador Mauclair, en la calle de "Trois Canettes" se había degollado con una navaja. Había dejado una carta: "Mi pistola ha fallado, pero ensayaré otra vez... Ya no quiero vivir. La Revolución ha muerto ayer..." Los patriotas se burlaban del imbécil del grabador y decían: "La Revolución recién comienza ahora..." Sobre Robespierre, se contaban las más fantásticas quimeras; todo el mundo las creía, porque quería creerlas. Parece que el Incorruptible quería casarse con la hija de Luis XVI. Las cortes extranjeras lo habrían entonces reconocido como habían reconocido a Catalina de Rusia... El pueblo que, ayer todavía, adoraba a Robespierre, gritaba:

- ¡Que se case ahora!
- ¡Vergüenza al usurpador, quería matar la Revolución!

El grabador de la calle de “Trois Canettes” ya no podía discutir: lo habían arrojado ni osarlo.

Babeuf llega a París. Poco a poco, comienza a orientarse. Cree todavía en Fouché, en Tallien, pero cada vez más a menudo se lee en su rostro la inquietud, la repugnancia, la indignación. Naturalmente, está contra la sangre. ¡Cómo se ha equivocado Robespierre al recurrir al terror! No se puede gobernar por el miedo. Babeuf sospecha: Robespierre quería la Felicidad Común. Robespierre era un honesto predicador de la Igualdad. ¿Quizá pensaba simplemente disminuir la población de la República para asegurar la prosperidad los que quedaran? ¡Proyecto criminal! ¿No era preferible que cada uno redujera sus necesidades? Esparta nos ha enseñado una economía severa.

Babeuf escribe un panfleto contra el fanático Carrier, ese “patriota” que ahogaba en el Loire a los inocentes. Los termidorianos aplauden a Babeuf y éste mira con desconfianza a su alrededor: ¿Quiénes son esos nuevos amigos? ¿No serán aristócratas?... Continúa: “mientras que Robespierre tenían razón en muchos puntos...” Entonces, aquellos que lo aplaudían, gritan con indignación: “¿Tenía razón es tirano?” “¿Tenía razón Cromwell?”

¡Sí, tenía razón! Robespierre, quería la Igualdad. ¿Quién luchó contra el lujo criminal? El Incorruptible; él sabía que los sostenes de la Revolución eran los obreros y los campesinos. Él había puesto las bases de una nueva legislación, había tratado de destruir la riqueza inútil y la miseria monstruosa. Aquí, Babeuf está con Robespierre.

Así se produce la escisión entre los termidorianos y Babeuf. La lucha comienza. Babeuf publica un periódico *La Libertad de Prensa*. Abre un Club Electoral. Allí se examinan los proyectos de leyes sociales. Se elaboran peticiones a la Convención. En el país, la reacción aumenta. Sin embargo, todavía llaman a esta reacción Revolución y cierran el Club de los Jacobinos cantando la Carmañola.

Babeuf cambia de tono y cambia de nombre. Su diario se llamará en adelante: *El Tribuno del Pueblo*. Es más inteligible. Ya no es más Camilo: ¿Camilo no quería la paz entre los patricios y plebeyos? No, ahora es Gracus, el frenético, el irreductible. Después de los largos años de vida vegetativa, de intrigas provincianas, de lucha con el alcalde de Roye, después de la inacción forzada, el nuevo actor se presenta en el tablado de la Revolución. Los héroes se pudren desde hace tiempo en el cementerio de Picpus. Son lamentables figurantes los que terminan de representar las tragedias: en lugar de Danton, Tallien arenga a la multitud y el incapaz Freron repite tiradas de Desmoulins. Actores y espectadores están fatigados. Pero Gracus Babeuf, él, está lleno de ardor. Para él, la Revolución comienza verdaderamente recién. Asombra a París con su entusiasmo sincero que no se ha gastado aún en la guerra fratricida. Su nombre conocido hasta ahora por los habitantes de Roye y tal vez también por los guardianes de una docena de cárceles, se vuelve de pronto retumbante.

Tallien trata de domesticar a ese desaforado de Gracus, pero en vano. Babeuf responde: “Robespierre es injustamente manchado por ustedes”. Una sola cosa separa a Babeuf de Robespierre: es el Terror, la guillotina, la sangre. Pero, es precisamente la sangre y la guillotina lo que acerca a Robespierre y los Termidorianos. *El Tribuno del Pueblo* dice: “La Felicidad Común no es una palabra. Debe tener vida”, y todo París lee el periódico de Babeuf. He aquí el grupo de la *Juventud Dorada*. Hace ostentación de sus rizos y de sus impertinentes. Damas con pelucas blancas los acompañan: peinado extraño, los cabellos están recogidos en la parte superior. Es la nueva moda: en recuerdo de los supliciados. Las bellas imitan a los que iban a la guillotina. Ahora no es peligroso. Los petimetres leen un periódico. ¿Cuál? ¡Pero, *El Tribuno del Pueblo*! Ellos se indignan:

– ¡La cola de Robespierre! ¡Un nido de jacobinos! ¿En qué piensa la Convención! ¡Muera Babeuf!

En el muelle de los Agustinos, los obreros leen el mismo periódico.

– ¡Bravo Babeuf! ¡Tómales por los cabellos!...

Los obreros murmuran; los precios suben y los patronos disminuyen los salarios. Babeuf escribe con razón: “¿Cómo puede vivir un ciudadano con cien sueldos?...”

El nombre de Babeuf está en todos los labios. Los Termidorianos están atemorizados. No pasarán tres meses después de los discursos sobre la libertad, sin que un convencional, Merlin de Thionville, suba a la tribuna y diga: “Un tal Babeuf que había osado calumniar, que había sido condenado a cadenas, un tal Babeuf ha ido a refugiarse en el seno del Club Electoral donde ha pronunciado un discurso todavía más sedicioso que el primero... De acuerdo a la ley, el Comité de Seguridad General ha hecho arrestar a Babeuf”. Tallien sonríe. Pero una desilusión lo espera. Los amigos de *El Tribuno del Pueblo* son numerosos. Los policías vuelven con las manos vacías: el tal Babeuf ha desaparecido.

El periódico continúa publicándose. Está prohibido. Sin embargo, se imprime, se vende, se compra. Es la primera vez que se habla a los pobres diablos de París una lengua comprensible. Es verdad que desde sus primeros días, la Revolución los ha adulado, su pobreza, se ha hecho una virtud cívica. En honor de su desnudez, el calendario republicano ha bautizado a cuatro días los “descamisados”. Sin los barrios Antoine y Marceau hubiera sido difícil hacer la Historia. ¿A quién se había visto en las calles el catorce de julio y el diez de agosto? No a los periodistas ni a los abogados, sino a los boneteros los carniceros del Mercado y los carpinteros. Se les había hablado de Rousseau, de la inmortalidad del alma, de la fraternidad de todos los pueblos, de los presos de la Martinica, hasta de la revolución en China. Se les había incitado a las hazañas como a las bajas venganzas. Ellos respondieron a todos los llamados. Estrangularon a los prisioneros sin defensa durante las jornadas de septiembre y murieron, como héroes, en la frontera de la República. ¿Qué ocurrirá mañana? -se preguntaban ahora-. ¿Cien sueldos por día? Pan seco..., están en harapos. Se ha gritado en la Convención: “¡Vivan los descamisados!”; pero no se les ha dado camisas por eso. Por las calles, van comitivas lujosas. Petimetres, acaparadores. En las vidrieras de las tiendas, de nuevo aparecen los relojes cubiertos de piedras preciosas, piñas, chales orientales. Pero ellos, los que llaman descamisados, ¿qué pueden hacer de su gloria de defensores de la Revolución, con cinco libras por catorce horas de trabajo? Los panaderos han tratado de hacer huelga, pero la policía los ha llevado por la fuerza a sus hornos. Deben ser buenos patriotas y trabajar honestamente. La República lo quiere. Pero, entonces, ¿para qué les sirve la República?

Y he aquí que un tal. Babeuf dice: “Yo distingo dos partidos diametralmente opuestos... Creo que ambos quieren la República; pero cada uno la quiere a su manera. Uno, la desea burguesa y aristócrata; otro cree haberla hecho y quiere que sea popular y democrática”. Hay muchas palabras extrañas, ¡pero eso está muy bien dicho!... Y los obreros aguzan el oído.

Babeuf continúa: “El segundo partido quiere para todos, no solamente la igualdad de derecho, la igualdad en los libros, sino también la comodidad honesta, la seguridad legalmente garantizada de todas las necesidades físicas, de todas las ventajas sociales, en retribución justa e indispensable de la parte de trabajo que cada uno realiza en la tarea común”. Los obreros exclaman entonces: “¡Bravo Babeuf!”

Los petimetres se vuelven cada vez más insolentes, golpean a los transeúntes en las calles: “¡Arresten a los jacobinos!...” Se les llama los “Jóvenes de Freron”. Se vanaglorian de haber salido sanos y salvos del Terror; pero se alegran ruidosamente y con insistencia; ora rompen estatuas, ora arrojan al río a los cortesanos, o ya gritan simplemente: “Basta de tonterías”. Los que tienen más edad, los que son más moderados, no rompen estatuas pero piensan, no

obstante, en el secreto de su corazón, que es tiempo de cobrar aliento. En todas partes no se habla más que de reorganización.

Los Termidorianos están en el poder, y naturalmente desean permanecer en él. Los jacobinos maldicen pues a los jacobinos, y los montañeses de ayer piden humildemente a los antiguos girondino que olviden las ofensas del pasado; las ofensas, no son palabras solamente; son algunas decenas de miles de muertos. No pasa un día sin que se organice una “depuración”: las gentes sospechosas de vieja simpatía por los jacobinos son suspendidas de sus funciones, arrestadas, enviadas a Cayena. Son los jacobinos de fecha reciente los que proceden a la depuración. Ellos cuentan con la mala memoria de las gentes y con su propia habilidad en disfrazarse. Esos plebeyos, enriquecidos con robos, se esfuerzan por aprender las maneras aristocráticas. El carnicero Legendre, que se había hecho célebre por su apetito de bistec de aristócratas, hace ahora la corte a las ex condesas. Tallien se pule las uñas y lleva un abanico. Freron, por el buen tono hasta comienza a tartamudear. Estaba lejos de tartamudear, cuando en los fusilamientos d Tolón, chillaba: “¡Es una lástima perder el plomo republicano por ellos! ¡Pásenlos por el filo de la espada!”

Toda esa plebe dirigente tiembla a cada detonación. Tiene miedo de los patriotas y de los chuanes. Tiene miedo de todos y de todo. A la vanguardia se encuentra la esposa de Tallien, la ciudadana Teresa Cabarrus que, en Burdeos, trabajaba en comandita con su marido; él condenaba a la guillotina y, ella, por algunos luses de oro, obtenía las gracias. Es en su tocador donde se deciden los asuntos del Estado. Cuando sus vestidos hayan por fin agotado los fondos de Burdeos, ella comenzará a recurrir a sus ricos adoradores. La Convención se ocupa de su espíritu y de su belleza. Es “Nuestra Señora de Termidor”. Así, después de los Borbones, después de la Gironda, después de Robespierre, es una hábil zorra la que gobierna Francia. Parecería que no se puede llegar más lejos, pero todo eso se llama todavía: “La Gran Revolución” y, fatigado de la cama de su mitad, Tallien exclama orgullosamente: “¡Viva la libertad!”

Babeuf aprueba entonces “la moción valiente de Noel Pointe”, uno de los dos obreros elegidos a la Convención que denuncia allí la miseria del pueblo y el lujo vergonzoso de los traficantes. El otro obrero es el cardador de lana Armonville, que acaba de ser golpeado por los “Jóvenes de Freron” porque no quería sacarse su bonete rojo. Gritaban: “¡Abajo la cresta!”, “¡Horror, jacobino!”

Babeuf dice: “Cobardes plebeyos, no ven que esas patricias desvergonzadas, esas aventureras de noble raza que les hacen hoy el honor de prostituirse en sus toscos brazos se ahogarán tan luego como ustedes hayan logrado restablecer las cosas en el antiguo pie... Franceses, han vuelto al reino de las mujerzuelas”.

El ciudadano Tallien no soportó más. Toda la policía fue puesta en acción. La noche en que Talma representaba Nerón y en que los petimetres hacían irrisión del busto de Marat, Tallien se agitaba. Sólo más tarde en la noche, después de haber recibido el informe de la policía, volvió a su casa. Le dijo alegremente a Teresa:

– ¡Ese Babeuf por fin se ha dejado prender!

Teresa, en mujer de negocios, frunció el ceño:

– Cuida que no lo suelten demasiado pronto.

CAPÍTULO VI

PRISIÓN y CONSAGRACIÓN

Nada podía domar a Babeuf. En el primer interrogatorio, respondió así: “¿Su nombre? -Gracus-. ¿Su edad? -Treinta y cuatro años-. ¿Su profesión? -Tribuno del Pueblo-”. ¿Para qué agregar que es un hijo de la época, de esa poca en que cualquier mercado se transformaba en foro? Babeuf estaba ávido de palabras sonoras. Pero no mentía: entusiasmar al pueblo, se había convertido en su profesión, profesión que era, naturalmente, más difícil de abandonar que una chapa de agrimensor.

Los termidorianos pensaban enterrar a Babeuf en una prisión. Lo alejaron de los barrios parisienses: lo enviaron a Arras. Y bien, la celda de su prisión se convirtió en la sede de un estado mayor. Estaba enfermo, tenía dolores de cabeza, crisis cardíacas, reumatismos. Pero estaba lleno de energía y hasta alegre. Habitado a la vida de las prisiones, no se desesperaba: un trozo de cielo, el paseo sobre la tierra apisonada de la celda, las canciones, las discusiones apasionadas de la noche, ¡cómo le era familiar todo eso!...

Según parece, se había olvidado completamente del bosquecillo cerca de Roye, donde iba con su mujer y su hijo los días de fiesta. En todos sus escritos, confesaba un amor apasionado por la Naturaleza: la ciudad deformaba y corrompía a los hombres. Pero jamás había estado frente a esa naturaleza que deseaba tanto. Las casuchas de Saint-Gilles, diez prisiones diferentes, los reductos estrechos donde había que ocultarse de la policía, tal era su vida.

Mientras Babeuf estaba en la prisión de Bauders de Arras, apareció en los muros de París una proclama anónima. Se anunciaba a los parisienses el arresto del malvado que se había puesto a sí mismo el nombre de Graus y había sido condenado por fraude a veinte años de cadenas. Era Freron el que había redactado la proclama. Él sabía perfectamente que Babeuf era inocente, que el juicio del Tribunal de Amiens estaba desde hacía tiempo anulado; pero trataba de manchar al Tribuno del Pueblo. Desgraciadamente, tuvo la lengua demasiado larga: “Se ha arrestado a Babeuf por provocación a la rebelión, al crimen y a la disolución de la representación nacional”. La honestidad de Babeuf era conocida por todos. Ya no quedaba a los parisienses sino burlarse de la insolencia de Freron, que, ahora, comía en todos los lugares de más fama del Palacio de la Igualdad.

Babeuf trabajaba. Se había ingeniado para redactar en la prisión los números sucesivos de su periódico. Había escrito la “Carta del Tribuno del Pueblo al Barrio Antoine ya todos los descamisados de París”. A veces, las fuerzas lo abandonaban y caía sin conocimiento sobre su jergón. Un ciudadano desconocido fue un día a verlo:

– Soy oficial de la sanidad.

Babeuf esperaba un interrogatorio, pero el ciudadano desconocido le tomó la mano y le examinó el pulso.

– ¿Un médico?

Babeuf se echó a reír. ¡No han sabido cambiar nada, pero en cambio, han inventado un montón de nuevos títulos! Los sirvientes se llaman “las personas de confianza”, los espías “agentes del poder”, los verdugos “realizadores de grandes obras”.

– ¿Así es que usted es “oficial de sanidad”? ¡Ah, los...!

El médico, que era un hombre prudente, no respondió nada. Recetó un bálsamo y píldoras.

Se vivía estrechamente en la prisión, pero había alegría. ¿Quién en esa época no estaba preso? Los rateros, los patriotas, los ciudadanos demasiado moderados y demasiado extremistas, los jacobinos, los periodistas, los monederos falsos, los chuanes, los propietarios, los descamisados, todas esas gentes eran iguales para los que estaban en libertad. Sería más justo decir que en prisión estaban los desventurados.

Inmediatamente Babeuf se pone a discutir, a convencer; busca partidarios. Al mismo tiempo que él, habían llevado de París al ciudadano Lebois, redactor del "Amigo del Pueblo". Pero Lebois no es bastante ardiente, está por la expectativa. Es imposible fomentar golpes de Estado indefinidamente. El pueblo está cansado. Lebois asegura que la desgracia no es Freron ni Tallien, sino el límite de las fuerzas humanas. El 93 no puede repetirse todos los años. Hay que hacer entrar gradualmente en la vida los grandes principios de la Revolución. Babeuf sonríe: ¿Esperar? ¿Esperar que todos los monárquicos latentes hayan exterminado a todos los patriotas? ¿Esperar que las pobres gentes mueran de hambre? No, esperar es criminal.

Lebois no es el hombre que conviene, tanto más que es un mujeriego. En una carta a un compañero, escribe por error "querida" en lugar de "querido". Es evidente, está acostumbrado a los mensajes de amor. Es difícil confiar en semejantes personas.

Los patriotas deben olvidar todo, excepto la lucha por la igualdad.

Babeuf ha encontrado un fiel discípulo, un amigo seguro, un adepto. Es un joven húsar de Narbona. No tiene más que veinticuatro años. Está lleno de entusiasmo. Se llama Carlos Germain, es un verdadero patriota y, aunque no es mal parecido, no piensa en el corazón de las mujeres, sino en los héroes pintados por Plutarco. Está en otra prisión de Arras, en la "Providencia". De allí envía una elegía dirigida a "sus compañeros de infortunio":

Así se ve en Roma y en Atenas,
Desprendiéndose de sus innobles cadenas
El crimen altivo proscribir la virtud;
De su patria, exila a Arístides,
Arma a Catón con un puñal suicida
Arroja a Pompeyo y derrota a Casio;
El gran Licurgo en Esparta es su víctima...

Los versos son francamente malos; pero, ni la enumeración de los héroes romanos y griegos, ni las rimas imperfectas, preocupan a Babeuf. No escribe acaso él mismo:

Hijo de Vulcano
Pigmeo astuto galopando hacia Lemmos...

Es la jerga de la época. En cambio, la vehemencia del joven húsar agrada a Gracus. De una prisión a otra, envía una carta de aliento. La hijita del carcelero sirve de cartero. Germain responde inmediatamente: "Mi querido Gracus... La libertad imperecedera... Los demócratas deben unirse. Te abrazo *descamisadamente*". Tal fue el comienzo de una correspondencia animada entre dos patriotas condenados a la inacción.

Carlos Germain no era ni un filósofo ni un profeta. Era ardiente y arrebatado, y era tal vez, un joven demasiado dotado para ese tiempo. Además, era un meridional inquieto, de palabra viva y elocuente. Hablaba notablemente, tanto que los mismos carceleros se quedaban con la boca abierta. Hubiera podido ser un abogado de primer orden pero sus padres eran pobres, y asistió poco tiempo a la escuela. Se hizo húsar. Bajo la bandera republicana, había luchado contra los

austriacos, había leído a los descamisados italianos, la Declaración de los Derechos del Hombre, había alabado a Robespierre, conquistado trofeos y merecido el grado de teniente.

Un día, en uno de los clubes, pronunció un discurso demasiado inflamado. Las mujeres, enternecidas, lo abrazaron. Pero los tiempos ya no eran los mismos: entonces era Fructidor, y Fructidor, como se sabe, sucede a Termidor. El elocuente teniente tuvo que presentar su dimisión.

Naturalmente, fue a París: allí iban todos los provincianos aspirantes a la gloria o al título de salvador de la República. Allí también su carácter arrebatado le jugó una mala pasada. Una vez asistió por casualidad a una asamblea de la Convención. Hablaba Tallien de modo insinuante y meloso para quedar bien con los girondinos que habían vuelto a la Convención. Al lado de Germain estaba sentado un petimetre. Al primer vistazo se notaba que era un chuán y fue ese chuán quien gritó: "Mientras no hayan aplastado la cola de Robespierre, Francia no estará tranquila". Germain dijo: "¡Silencio el aristócrata!" El otro respondió: "Ya no estás en el 93". Germain, fuera de sí, vociferó: "¡Viva el 93! ¡Gloria eterna a Maximiliano!"

Arrestaron a los dos, pusieron inmediatamente en libertad al chuán y enviaron a Germain a Arras. Allí podía de la mañana a la noche leer a Plutarco y escribir elegías. Es fácil adivinar hasta qué punto se alegró con las cartas de Babeuf. No pasaba semana sin que apremiara a Gracus:

– "Condúcenos, Tribuno"...

Los amigos cambiaban no cortos billetes, sino voluminosas memorias. Por primera vez Babeuf expone minuciosa y sólidamente su crítica del orden existente. No son los detalles los que lo indignan, no es la bajeza de tal o cual termidoriano, ni siquiera la Convención. No. Ahora mira más lejos. Escribe a Germain: "Hay Que abolir la ley bárbara del capital". Así nacen los primeros proyectos de la nueva sociedad basada en la Igualdad. "Es tiempo de obrar: ya hemos conversado bastante". Estos mensajes áridos y ardientes enloquecen a Germain. Jadeante, el joven húsar responde. El corazón le late, su mano no va bastante ligera para escribir las palabras: "Sí, ya estoy, pardiez, di, cuando tú quieras estaré listo. Ya he hablado con tres patriotas probados. Están todos de acuerdo para entrar en nuestra orden de la Santa Igualdad".

Germain tiene el corazón puro y se apasiona. Las ideas de Babeuf no son para él un programa político, son una revelación. Se conmueve. ¿Está preparado, él, Carlos Germain, para una consagración tan elevada? Recuerda los días del Terror. Ve sangre delante suyo. Tiene un sobresalto involuntario. La tristeza ha reemplazado ahora a la exaltación de hace poco. ¿Es eso necesario?... ¿El pueblo desea tanta sangre?... Pero a los veinticuatro años, las dudas no duran mucho. Ahora sonríe. Relata a Babeuf su lucha interior, refiriéndose, naturalmente; para eso, a los héroes de la antigüedad: "En el momento de herir a César el inmortal Bruto sentía en el alma una vaga e indefinible inquietud..." Goza hasta con su insomnio, su ansiedad, su inquietud. Es en una última fermentación que el alma toma fuerzas para despegarse por fin del mundo condicional. Germain se prepara al combate político, como los primeros cristianos se preparaban al martirio: con los ojos huraños y una sonrisa errante. Bromea, escribe parodias en verso, en una palabra, distrae a sus compañeros de mil modos. Hasta aconseja a Babeuf que "pase su tiempo agradablemente, es el mejor medio de hacer rabiar a los tiranos".

Pero a Babeuf no le resulta tan fácil divertirse. No es un joven. No tiene sino diez años más que Germain, pero diez años ahora, es medio siglo antes de la Revolución. Ha visto los entre telones de la Historia. Sus dudas son más simples y más pesadas. En una de sus cartas, reconoce que: "desgraciadamente, no tenemos la varita mágica que sería necesaria para poner de un lado el polvo del pasado y del otro sacar de la tierra todo lo que reclama y significa el establecimiento de una Sociedad de los Iguales". Así habla el hombre, recordando las prisiones

del 93, la mentira, la penalidad, las denuncias y ese amor al oro y la sangre de que habían dado pruebas los más ardientes republicanos. Pero el hombre cede rápidamente su lugar al Tribuno del Pueblo. Este no teme reemplazar la varita mágica por fusiles y hachas. “Hay que obrar. Asegurar una unión con París, con los patriotas de Arras... Desconfía solamente de los espías. Reúne un núcleo sólido”. El húsar no tergiversa. El húsar responde: “Dudar, es retroceder. ¡Qué el diablo me lleve, eso marchará! No espero más que tu palabra, tu señal, para comenzar...”

Las cinco de la mañana. Un rayo oblicuo de sol da en el rostro de Germain. El húsar entreabre los ojos. Se estira voluptuosamente: ni el ronquido de los vecinos, ni la atmósfera de la celda lo afligen. Es joven, sonrío al sol. Saca un libro de entre su jergón. ¿Qué lee con tanto entusiasmo? ¿Una novela inglesa? ¿O bien *El Almanaque de las Musas*? No, son las obras de Helvecio: “Particularmente, habría que suprimir la moneda que facilita la desigualdad de las fortunas. En los países con moneda, el dinero ha sido considerado como una fuente de corrupción”. Y Germain sonrío a su libro, sonrío a su sueño, a la Francia de su imaginación que se asemeja a Esparta. Las cinco de la mañana. Veinticuatro años. El primer amor del húsar de Narbona.

Fuera de los muros de la prisión, todo sigue su curso. La Revolución desciende a la vista de todos como un río después de una creciente. No son ni los aliados, ni los chuanes, ni siquiera los petimetres con impertinentes los que la matan, no, ella muere sobre su lecho de gala, rodeada de todas las banderas desteñidas y los cantos repetidos por todo el mundo. Los héroes, los fanáticos, los iluminados, o simplemente los desesperados, tientan todavía la suerte. Invaden las calles detienen a las carretas de campesinos, a un pelotón de dragones, pero no a la historia. Con ellos, marchan millares, decenas de millares de hambrientos. Jamás París conoció una miseria tal. Las plazas resuenan de gritos. Unos reclaman la Constitución del 93. Otros pan. Pero el 93 pasó y no hay pan. Los campesinos no dan pan ni a los descamisados, ni a los monárquicos, ni a los niños. Los termidorionos reprimen revuelta tras revuelta. ¡Perdido Germinal, perdido también Prarial! Las prisiones desbordan; hay escasez de prisiones. Se carece de todo; de prisiones, de pan, de dinero y de razón.

Se envía a los patriotas arrestados a las Casas de Corrección de Arras. Los patriotas miran a su alrededor con aire sombrío. Tienen todavía presente en sus ojos, el polvo, la sangre y la agitación ruidosa de las jornadas de Prarial.

Le dicen a Babeuf:

- ¡Los patriotas reclaman la verdadera Igualdad!...
- Todos los días, en París, varios ciudadanos mueren de hambre...
- ¿Sabes que sometieron al barrio Antaine? Es el traidor Tallien.
- Ha exigido la entrega de todas las armas. El general Menou había llevado cañones. Tallien declaró: “Le doy una hora para reflexionar, sino las balas le harán entrar en razón”. Ahora, todos los obreros están desarmados... decenas de miles de patriotas han sido arrestados.

Babeuf se indigna:

- ¿Tallien, jacobino, el comisario de la Convención en Tolón, ha querido bombardear el barrio Antaine? ¿El nido de la Revolución? Todas esas gentes están podridas en vida. Si el pueblo no llega al poder, Francia está perdida. Y entonces, será Menou u otro general el que nos dirigirá. ¡Han preferido las charreteras a los obreros!

Uno de los prisioneros relata la muerte de los Convencionales que se habían unido a los insurgentes:

- Seis habían sido juzgados y condenados a la guillotina. Entre ellos Goujon, Romme y Soubrani. Pero no se entregaron vivos en las manos de los nuevos tiranos... Goujon, algunas semanas antes de Prarial, encontrando a un médico amigo, le había pedido: “Muéstrame bien el lugar del corazón, para que mi mano no se equivoque, si es preciso que la Igualdad perezca”. No se equivocó. Romme, entonces, retiró el puñal de su mano helada y gritó con todas sus fuerzas: “Mi último suspiro será para el desdichado y el oprimido...” El mismo puñal sirvió a los seis...

En ese momento, Babeuf se da vuelta, se aleja a un rincón sombrío, ya es de noche. El toque de silencio. Los prisioneros duermen. Babeuf no duerme; ve a los “seis” delante de él. Ve la Revolución: un charco de sangre. “¿Dónde está el corazón... para que mi mano no se equivoque?...”

Allí... ¡Cómo le duele!... ¿Qué tiene? otra vez una crisis cardíaca. Las píldoras no le hacen bien. Su corazón late, sufre. ¡Qué angustia! ¡Tal vez él también, Babeuf, tendrá que sacar pronto ese puñal...

La noche pasa así entre palpitaciones y entre tristeza. Una inmensa noche negra. ¿Quién la franqueará?...

Por la mañana, se reanima. Una carta de París. Un mensaje de Germain. Una entrevista con un nuevo patriota. Reanuda el trabajo. Las semanas y los meses pasan. Una vez, le dan una carta de su mujer, carta lamentable, sin ortografía y abrumadoramente tierna: su hijita ha muerto, ha muerto de hambre: no distribuían más que dos onzas y para comprar más pan, no tenía dinero...

Los ojos de Babeuf se hunden más todavía. Más ruda y más amarga se hace su voz. Escribe la “Carta al ejército infernal”. Todos los patriotas de Arras están ahora con él. En la ciudad está pronta para estallar una revuelta. Las autoridades vacilan. “¿No sería mejor trasladar a Babeuf a París?” En todas partes es peligroso: en libertad, tanto como en prisión; en la capital, tanto como en un rincón perdido. Parece que ese hombre no pudiera calmarse sino en la tumba.

Pero las noches son largas, las noches son crueles; un ataúd de niño, una familia hambrienta, las enfermedades, la debilidad, las traiciones de los patriotas, el pueblo engañado, la Revolución casi expirante. Hay lágrimas en la garganta de Babeuf, lágrimas de hombre, de solitario, lágrimas que no puede reprimir. ¡Pero no, no piensen que está rendido! Un camarada le pregunta:

- ¿Estás triste, Gracus?
- No, me divierto.

Babeuf ríe, en efecto.

- Ya ves, me divierto para hacer rabiar a los tiranos.

CAPÍTULO VII

NUESTRA SEÑORA DE TERMIDOR

El aniversario del 9 Termidor había sido declarado fiesta nacional: “La caída del tirano Robespierre”. Los comerciantes cerraron gustosos sus tiendas; es que ahora se desprendían de sus mercaderías a disgusto. Por la mañana uno recibe un montón de bonos que, por la noche, no valen ni una cerilla. El pueblo se alegra de la fiesta: han prometido dar ese día, a cada ciudadano, una libra de pan. Y los bromistas dicen: “Maximiliano que jamás hizo nada más que mal durante su vida, ahora hace bien después de su muerte”. El pan era negro, húmedo, pesado, pero nadie se hacía el delicado. Es verdad que, en los mercados, había tanto pan como podía desearse; ese pan blanco como nieve, pero que costaba dieciocho libras la libra. Los campesinos estaban sobre sus carretas, como reyes sobre sus tronos. No temían el diez de agosto. Es que nadie podía derribarlos. Tenían harina, tocino y manteca. Miraban con desdén los bonos demasiado nuevos. Despreciaban los sentimientos cívicos y exigían monedas de plata con la efigie del Capeto guillotinado.

¡Media libra de pan, y viva la fiesta nacional!

Ni la victoria de Quiberon sobre los realistas había conmovido a los parisienses. *La Gaceta Francesa* escribía tristemente: “La conquista del mundo entero y el triunfo universal de la Revolución no alegrarían tanto a esta ciudad como un aumento de la ración, aunque no fuera sino de una onza”.

Por otra parte, no todos morían de hambre. Los ciudadanos perspicaces combinaban sabiamente el ardor republicano y sus intereses. Proveían, para los ejércitos revolucionarios: camisas, monturas, botas, polainas, forraje, tocino y hasta escarapelas tricolores. Y no ganaban poco. Otros especulaban, simplemente. La ciudadana Bertin, una ex marquesa, había ganado recientemente sesenta y cinco mil libras con el aceite de oliva, y el ciudadano Sirot, su antiguo palafrenero, había revendido treinta cajas de sombreros florentinos y había comprado un cabriolé a la moda.

El Boulevard de los Italianos se llamaba “el Pequeño Coblenza”. Todos aquellos que compraban pan blanco a libre precio, se agrupaban. Por la mañana, se traficaba con lotes de lino o reservas de cueros. Por las noches, se flirteaba, se festejaba la victoria de los ejércitos enemigos, o se miraban simplemente unos a otros. ¡Y había para mirar! Los hombres hacían ostentación de sus abanicos, de sus rizos empolvados, que llamaban “orejas de perro”, de sus chalecos con dieciocho botones. Las damas, en túnicas griegas, con sus peinados a lo Diana o a lo Cleopatra, con sandalias, pantalones esmeralda o anaranjado, llevaban brazaletes en los brazos y en las piernas. Sobre las cuestiones de moda, el Pequeño Coblenza se inclinaba por la Revolución. Hacía falta mucho arte, habiendo salido después de almorzar, para no parecer por la tarde un ridículo provinciano. Cada dama poseía, por lo menos, cuarenta pelucas. La vista de las *merveilleuses* hacía exasperar al pueblo. Sin hablar de la moral, la cuestión de las patatas era lo que más lo inquietaba. Las comadres aseguraban que todas las patatas se utilizaban en la fabricación de los polvos: de modo que no había más en los mercados.

En cuanto a las *merveilleuses*, ellas preferían a las patatas otros manjares más rebuscados. A los años duros, sucedió una época de buen apetito. Por cuatrocientas o quinientas libras, en el restaurante, se podía almorzar modestamente: un trozo de cordero, un faisán con tocino, un *paté* de liebre, un pastel de chocolate. El corsé no molestaba ya a las bellas, se podía comer todo lo que el estómago pedía. En ese año de miseria, el París rico engordaba de hora en hora, como un globo que se infla. Los médicos debían entonces preservar no de las enfermedades

sino de la salud; uno de ellos se enriqueció con píldoras que permitían comer a saciedad sin engordar.

Además de buena mesa, los petimetres querían bailar. No hacía mucho tiempo, se ocultaban en los sótanos. Habían permanecido allí demasiado tiempo y se habían alimentado con el olor de los cadáveres. Ahora tenían deseos de bailar. En el primer año de “vida libre”, se abrieron 644 salones de baile. Los “Bailes de Céforo” del cementerio San Sulpicio, estaban de moda. Los afortunados que, por azar, habían salvado la vida, danzaban sobre las tumbas. El traje de luto se convirtió en vestimenta de diversión. ¿Quién no deseaba asistir al célebre “Baile de las víctimas” donde sólo se dejaba entrar estrictamente a los parientes de los guillotizados?

París desbordaba de provincianos: de lejos, la vida de la capital parecía atractiva. Los cuartos amueblados no estaban jamás libres, las calles se cubrían de pequeños letrados: en lugar de órdenes de requisamiento, los parisienses leían los anuncios de “El elixir de la belleza” o de los “Bailes del Serallo”. En el Palais-Royal, que se llamaba ahora “Palacio de la Igualdad”, hormigueaban los agiotistas. Tenían, si puede decirse, su uniforme: botines amarillos, una larga casaca, un gorro. A menudo, iban al café; pero no tenían tiempo de beber nada tan rápidamente subían los lises. Ayer se daban setecientas libras en asignados, hoy, se vendían ya a ochocientos cincuenta.

En el “Palacio de la Igualdad”, se habían reabierto los negocios de platería, de comestibles, de modas. Una docena de restaurantes con gabinetes particulares y música atraían al cliente al pasar. Las librerías vendían láminas escabrosas. En el piso superior se habían instalado casas de juego. Sobre el tapete verde, había, a veces, cien mil francos oro: era la ganancia de los patriotas que habían provisto géneros podridos o grasa rancia.

Bajo la enseña de “Masajes Egipcios” unas ex condesas preparaban baños de vinos espumosos para los petimetres. Los entendidos afirmaban que eso limpiaba la sangre y daba al rostro una languidez aristocrática: los ex barberos o lacayos soñaban con parecerse a sus amos de ayer.

Todas las noches, la sociedad más escogida se reunía en la heladería Garchy. En medio de los sorbetes y refrescos, se hacían negocios y hasta alta política a veces. He aquí una belleza: se llama Diana. Para una Diana es tal vez un poco gruesa. Pero los jóvenes suspiran lánguidamente: “¡Diosa!” Ella lleva una ligera túnica de gasa: la ciudadana Tallien ha lanzado esa moda. Sobre sus brazos regordetes un poco más arriba del codo, tiene un anillo. Su sombrero está adornado con rosas de seda y esas rosas están perfumadas. Es la última invención de Diana. Dirigiendo hacia la diosa sus minúsculos anteojos, los jóvenes balbucean:

– ¡Divino!

– ¡Maravilloso! ¡Divino! ¡Increíble!

Tartamudean, silban, cecean: es lo que reclama el buen tono. Jamás han abierto las portezuelas ni vendido casimires. ¡Ah, no, son verdaderos aristócratas de pura sangre!

Pero ¿de qué habla la diosa con tanta animación? ¿De las flechas de Cupido, quizá? ¡La estación ha pasado! “La batista”... “las bujías”... “el café”... La diosa sabe que ahora, ni el helado de maní es gratuito.

Los petimetres hablan de política. Freron no es bastante audaz. Habría que exterminar a todos los terroristas. Señor (sí, “señor”, porque en lo de Garchy, sólo los lacayos son ciudadanos). El señor de Mun llega de Marsella. Relata las hazañas de los Compañeros del Sol. Es así como se llama en el Mediodía, a la gente bien. En un abrir y cerrar de ojos, han limpiado todas las

prisiones. Es muy simple, los presos no tienen armas y los guardianes tienen ojos para no ver: cuatrocientas cabezas en un día. Por otra parte, absolutamente nada de abrumador... En Marsella también se baila y se divierte. Después del trabajo, uno puede ir al baile. Las damas recompensan generosamente a los caballeros sin miedo. El relato del marsellés despierta la envidia.

- ¿Por qué no nos dirige Freron?
- Tiene miedo ¿acaso él mismo no es terrorista? Es un cobarde.
- En las prisiones de París, los asesinos no faltan. Habría que limpiarlas de todas esas gentes de Prarial y esos anarquistas...
- Y primero, Babeuf...

Se callan, de pronto. Un murmullo general de entusiasmo y de devoción: “¡Es ella!”, “ella”, naturalmente, es Nuestra Señora de Termidor. Cuando aparece, todos olvidan la batista, los crímenes, los precios de los géneros y Babeuf. Todos se dejan llevar por la admiración. No es que la señora Tallien agrade a todo el mundo, pero, la moda es la moda...

Para el aniversario del 9 Termidor “Nuestra Señora” no había acordado su graciosa presencia a la heladería Garchy. ¡Ya se ocupaba ella de los sorbetes! Honrando a la Nación, la República y la Revolución, presidía el banquete de ese día histórico. Esa noche, era la diosa Razón, lo que, naturalmente, no le había impedido desvestirse tanto como deseaba, de tal modo, que uno de los invitados, mirando el pecho opulento de Teresa, olvidó la “Razón” y exclamó:

- ¡La Venus del Capitolio!

Teresa recibe a sus invitados en su “cabaña”. Es una casita de opereta cuyo techo de paja está pintado y alrededor de la cual se han dispuesto pequeñas macetas con flores. La Austríaca criminal se divertía en el Pequeño Trianón; ¿por qué la ciudadana Tallien, esposa de un convencional, no ha de divertirse también?

No pasa un día sin que Teresa invente una nueva moda. Esta vez, asombra a sus huéspedes por sus pies desnudos. Los coturnos reemplazan a las sandalias y, en los dedos, lleva anillos de rubíes. El sirviente de Teresa no tiene pelos en la lengua. Aprovechando una oportunidad, murmura a una camarera:

- Esta perra tiene anillos en las patas de delante y en las de atrás.

Teresa, sonriendo discretamente, oye los cumplidos.

- ¡Pies divinos! ¡Hebe...! ¡Dríada surgida de un árbol! La Aurora en medio de las nubes.
- Pero saben que tuve los pies comidos por las ratas, en la prisión de Burdeos, en tiempo del Terror.

Y Teresa suspiró tristemente. El ingenuo Louvet examina ingenuamente los pies, buscando las cicatrices. No las encuentra ni puede encontrarlas. Teresa no ha estado en la prisión de Burdeos, sino un día o dos en todo y por todo. Tallien la hizo salir. Él era un gran especialista en polleras y representante de la Convención. Ella era una linda aristócrata que se lamentaba de que hubieran confiscado la platería de mesa de su marido. Desde el primer momento, el ex lacayo y la ex marquesa se comprendieron mutuamente. La historia de las ratas había surgido después del Termidor. ¡Teresa no hacía más que inventar nuevas modas!

Cuando hubo contado por centésima vez los perjuicios de las ratas, Teresa preguntó:

- ¿Y los coturnos, ciudadano Louvet? ¿Los coturnos les agradan? Eso nos recuerda, ¿no es cierto?, las costumbres de Arcadia. ¡Ah, Grecia, mi ideal! Los zapatos son groseros... A propósito, ¿han oído decir que han descubierto en Meudon los vestigios de una fábrica horrorosa donde se hacían botas de piel humana? Dicen que ese monstruo de Saint-Just llevaba botas de piel de girondino.

Ante esas palabras, hasta el ingenuo Louvet no pudo disimular una sonrisa: ¡Vaya, vaya, esta Teresa! Pero cómo no manchar una vez más a Saint-Just, y sobre todo el día aniversario del Termidor.

- ¡Oh, eso no es extraño...!

Al día siguiente, el “Correo” oficial hablaba de una simple cena de camaradería. ¡Cómo sonreirían los convidados al leer esa nota y recordar el festín de la víspera!

Teresa adoraba el arte. La música de la reina guillotina estaba sobre su clavecín y se servía la sopa en platos de Sévres. Tallien se vanagloriaba de su vino a justo título: “¡Qué Beaune! ¡Qué Tokay!” Todo venía de las bodegas de los emigrados. Esa noche se bebió a gusto: no se bebía simplemente, sino haciendo brindis: tal era la nueva costumbre traída de Inglaterra, y, aunque el maldito Pitt gobernara siempre aquel país, todos los hombres de mundo se esforzaban en imitar a los británicos. Los brindis subrayaban el carácter político del banquete: los termidorianos fraternizaban con los girondinos.

Si no hubiera habido allí más que Tallien, Barras y Freron, habrían podido limitarse a un solo brindis sugestivo: “¡Por nuestro pellejo salvado!” La fecha del calendario traía recuerdos involuntariamente: un día ardiente, agobiador, una bruma blanquecina, las cobardes miradas de los convencionales, no sabiendo todavía quién obtendría la victoria y por último el grito, el grito atroz de Robespierre: “Por última vez, presidente de asesinos, te pido la palabra...” Pero a los asesinos no les agradan las palabras inútiles. Fouché había trabajado bien: en torno a Robespierre se hizo el vacío. Su hermano exclama: “¡Quiero compartir la suerte de Maximiliano!” El heroísmo, aun de un solo hombre, aterroriza a toda la banda de chacales. Freron, enjugándose la frente que el miedo ha cubierto de sudor, murmura: “¡Qué difícil es abatir un tirano!”

Los termidorianos, al hacer el brindis: “¡Al nuevo Termidor!” pueden recordar muchas cosas. Están ligados por el pasado. ¿Habían robado? Todo. Y todos, al llegar de las ciudades arrasadas de Burdeos, Marsella, Tolón, iban a presentar sus homenajes. ¡Oh!, esa pieza de la calle Saint-Honoré, y la mirada fría del Incorruptible, los anteojos, el seco y breve saludo, la incertidumbre: ¿Habría perdonado? ¿Habría decidido su perdición? Recuerdan bien esos peregrinajes. Pero ya salieron indemnes. Beben Tokay, las copas chocan victoriosamente: “¡Viva el nuevo Termidor!”

Su angustia pasada los une entre sí, pero con qué placer, aun en ese minuto, en esa “cena de camaradería” se venden mutuamente; hay que abrir los ojos. Esos bandidos, en el momento del reparto, no pecan por nobleza. ¿Dónde están sus camaradas del Termidor? Fouquier-Tinville ha sido ejecutado, Callot d’Herbois y Billaud-Varenne han sido deportados a Cayena, “la guillotina seca”, Amar y Barrere están en la cárcel. Por último, Fouché -el alma de toda la conspiración-, el mismo Fouché, ha caído en desgracia. Unos tras otros, los termidorianos traicionan a sus compañeros, para salvarse halagando a los moderados.

Hoy Tallien es atento con Boissy d’Anglas, con Louvet, con Lanjuinais. Los adula: ¿los girondinos no tienen muchas razones para odiarlo, a él, jacobino? Mientras que en Burdeos él

hacía vida regalada con Teresa, ellos se escondían en los sótanos. Tallien allí propone un brindis:

-¡Por las víctimas de la tiranía pasada...!

Los girondinos beben sin decir palabra. ¿Qué tienen en la cabeza? Nadie lo sabe. Tallien, lánguido, declama:

- Lloro por las cenizas de Verniaud, de Condorcet, de Desmoulins...

A decir verdad, no llora, come pavo trufado, pero su voz vibra como el cristal de las copas. Boissy d'Anglas susurra al oído de su amigo Louvet:

- Mejor hubiera hecho en defenderlos entonces que en llorar ahora.

¡Ah! ¡Qué difícil resulta la alta política del ciudadano Tallien! Además de las viejas injurias de la Gironda tiene otras preocupaciones: Sieyes ha buscado algo. Ese Robespierre maldito decía la verdad al llamar a Sieyes: "El topo de la Revolución". Excava sin cesar la tierra bajo los pies de alguien. Ayer, ha dado a entender a Tallien que tenía conocimiento de ciertas cartas y Tallien no está tranquilo. ¿Acaso es culpa suya que le gusten las mujeres, los buenos trajes, el treinta y cuarenta; la caza del ciervo en Saint-Germain, en una palabra, todos los placeres de la vida, incluso el "masaje egipcio"? El Incorruptible, conociendo bien a Tallien, decía: "Tallien es capaz de todo, por una pollera o por dinero". ¿Teresa, ella sola, cuánto le cuesta...? Tallien necesita dinero. Otros venden géneros y azúcar. El prefiere el gran juego: vende "por demolición" la República francesa, incluí das la Constitución, la Convención y las banderas. ¿Es él solo? ¡Como si su vecino Barras no trabajara del mismo modo. Solamente es preciso que por el momento nadie sepa nada... ¿respecto de las conversaciones de los españoles en favor del Delfín? ¿Quizá también sobre ese asunto de la carta de Luis-Xavier a su hermano el conde de Artois? De un modo u otro, hay que mostrar que él es un enemigo irreductible de los realistas. Barras propone un brindis:

- ¡Por Tallien! ¡Por el vencedor de Quiberon!

Tallien decide: hay que fusilar a los realistas que se han rendido. Eso realzará su prestigio a los ojos del pueblo. Si Sieyes imagina plantear la cuestión de las cartas, Tallien responderá: "He probado mi odio contra los partidarios del trono".

Todavía hay un brindis: "¡Por la nueva Constitución!" No es la divagación de los jacobinos, como en el 93. Es una verdadera Constitución absolutamente igual a la de los ingleses: una Cámara alta, un censo electoral; en una palabra, una barrera para las gentes honestas y no para el populacho. Tallien recuerda a Boissy d'Anglas:

- Durante las jornadas de Prarial, cuando muchos vacilaban, yo fui el primero en exclamar: "¡Que los criminales perezcan antes de la salida del sol!"

Todos se callan. Un instante de molestia. Romme, Goujon, Soubrani -la imagen de esos hombres es demasiado pura-. El mismo Barras está confuso ante la desenvoltura de Tallien: los han suprimido, bueno, ¿para qué volver a hablar?

Pero Tallien se ocupa ya de otra cosa: los fondos de Burdeos están agobiados, el rey, por el momento, no es sino un problema, no queda sino la especulación. Ha entrado en negocios con el intendente militar de la calle Tanneries. Quisiera asegurar el apoyo de Barras. Y, entre el tintineo de las copas, murmura:

- Para el ejército de Italia... Cuarenta mil... Conversaremos más tarde. -Pero Tallien no tiene tiempo de entenderse con Barras. Acaba de estallar una querrela; Louvet se encara después con Freron. Ambos golpean con su cuchillo los platos de Sévres. Lanjuinais trata de desviar la atención con nuevos brindis-:
- Por Kosciusko y por todos aquellos que, con él, están presos por la libertad. ¡Por los héroes!
¡Por las víctimas!

Hay demasiados brindis. Los emigrados eran entendidos en Tokay. Todo el mundo enrojece, se anima. Un grito, los vasos vuelan. Ahora hay una amenaza en las voces:

- Fouché sostiene a Babeuf en secreto.
- ¿Quieren que vuelva el Terror?
- ¡Ustedes son los anarquistas!
- ¡Y ustedes los amigos de los desembarcados de Quiberon!
- ¿Y tú, Freron? ¿Tus jóvenes?

La que se pierde es sobre todo la porcelana de Sévres. Una taza cae sobre Barras. Alguien toma a su vecino por el cuello.

- ¡Asesino!

Entonces dominando todo, resuena la coqueta vocecita de la dueña de casa:

- ¡Ah! ¿Por qué agitarse así? ¡Propongo un brindis al olvido!

¿Quién entre los invitados no bebería por el olvido de los pecados pasados? Y, titubeando, los invitados se levantan y van a besar la mano de “Nuestra Señora”. No es una bicoca, quince brindis, y Teresa, en lugar de su mano, presenta el pie a Barras. Este vacila un poco, pero lo besa, encontrando que vale la pena.

CAPÍTULO VIII

EL PAPEL Y LOS PAPELES DE TALMA

A pesar de todos los ornamentos exteriores y de toda la pompa de ese tiempo, había cierta monotonía en los acontecimientos.

Los petimetres cambiaban de peluca, los ejércitos republicanos obtenían victorias, el pueblo moría de hambre y no pasaba un mes sin que en París estallara ya una revuelta de los jacobinos, ya una de los monárquicos. Todo el mundo despreciaba a los dirigentes ocasionales de Francia, pero nadie podía arrancar el poder de sus manos débiles y pusilánimes. Durante las jornadas de Prarial, la Convención había sido salvada por los Jóvenes de Freron, realistas inconfesados, aristócratas perdonados. Odiaban a Tallien, Barras y Carnot, pero los salvaban: de dos males, elegían el menor.

Pasaron cuatro meses. El 13 Vendimiario, los realistas decidieron tentar la suerte. El general Menou, que había tirado valientemente sobre los obreros de Saint Antoine, dio inmediatamente la orden de retirada, cuando vio delante de él una banda de petimetres. Los convencionales estaban dispuestos a huir. ¡Con qué gusto se hubieran rendido! Una sola cosa los retenía: el miedo. ¿No eran acaso ellos los que habían enviado a Luis al cadalso? Todos los emigrados habían jurado: no hay cuartel para los regicidas. Sí, sólo el miedo había impedido capitular a la Convención. Otra vez los cobardes fueron salvados por la valentía de los patriotas sobrevivientes y también por la presencia de espíritu de un joven general de nombre Bonaparte.

Barras celebró elocuentemente la victoria. Las pelucas oscuras hicieron su aparición. El hambre se agravaba siempre y las prisiones no se vaciaban. El gobierno era odiado por los obreros, los burgueses y los aristócratas. Muchos eran todavía los que conservaban una llama interior y estaban dispuestos a morir por Francia, algunos, bajo la bandera republicana, otros bajo la enseña de los vendeanos. Pero, entre las pasiones, el tumulto, el hambre, los bonos y el odio, el ex conde de Parras continuaba besando las manos de Teresa y sonriendo con aire satisfecho.

El agotamiento de un país que ha revelado al mundo hazañas de grandeza heroica y ardiente - ¡Qué noble tema para un artista!- Sin embargo, no había entonces en Francia ni poetas ni escritores, ni dramaturgos. Andrés Chenier había perecido en el cadalso, su hermano José era el autor favorito de la época. Escribía obras sobre la ruina de los tiranos y versos patrióticos de circunstancias.

Los teatros presentaban farsas tendenciosas o tragedias alegóricas, composiciones ineptas y sin inspiración. Un mismo autor había sido lo bastante astuto como para escribir, antes del Termidor, “La Apoteosis de Marat”, y un año más tarde, “La apoteosis de Carlota Corday”. Después de Molière, Racine, Beaumarchais, los actores representaban una tragedia del protector de Babeuf, Sylvain Marechal: “El juicio final de los reyes”. Sin duda, Marechal tenía sentimientos cívicos y un corazón compasivo, pero en cuanto a distinguirse por su talento de dramaturgo... En su obra, los descamisados de todos los países se unían y exilaban a todos los reyes a una isla desierta. Catalina la Grande lloraba allí sobre el vientre del Papa. Ocurría después una erupción de volcán, y todos los reyes escapaban por el mar entonando el inevitable canto de la *Marsellesa*. Naturalmente, era en el 93 que se representaba esta pieza. Después de Termidor, fue reemplazada por “El Gabinete de los terroristas”, donde vil y tontamente se hacía burla de los héroes de ayer.

En “El Almanaque de las Musas”, o en “Los Juegos de Apolo” se publicaban versos repugnantes rimando las palabras: tirano, déspota, bandera, cicuta, Licurgo, Bruto. Nadie entre los que habían visto la Revolución sabía describirla. El público leía traducciones de novelas inglesas. En Grenoble, un muchacho de doce años, Enrique Beyle, observaba a los monjes fugitivos, las danzas de las calles, primero los aristócratas y luego los jacobinos ajusticiados, los rápidos cambios de gobierno, de canciones, de emblemas. Contemplaba un charco de sangre y las pupilas dilatadas del pueblo. Es él futuro Stendhal, que estudia las pasiones, la ambición, la soledad.

Las vulgares tragedias, las últimas pastorales, los torpes retratos, de nuevos ricos que tienen seguramente rasgos aristocráticos, Shakespeare adaptado por Ducis, los monumentos de “La hidra contrarrevolucionaria”, las alegorías, las detonaciones, el tedio.

Dos hombres se elevaban por encima de la triste complacencia de sus congéneres. Estaban unidos por un amor común, por el arte de Grecia, por las lecciones de la Revolución, y por último, por una amistad humana. David era pintor. Talma era actor. Quizá demasiado pequeños para la Revolución Francesa, pero qué grandes para la Francia revolucionaria. A veces, se les elogiaba, a veces, se les insultaba. Pocos eran los que los comprendían. Más tarde, vieron

llegar los honores y la riqueza; pero en esos años del reino de Teresa, la libertina, David estaba preso por haber sido amigo de Robespierre y no pasaba un día sin que Talma sufriera las injurias de los Jóvenes de Freron.

Aun en prisión, David trabajaba. Hubiera podido tener un desfallecimiento: ¿No había soñado con el triunfo de la Razón, la resurrección de Grecia, los festejos populares en las plazas públicas, un nuevo París de avenidas derechas y anchas, un París claro y preciso como una figura geométrica? En lugar de eso, sólo había entrevisto los coturnos en los pies de Teresa. Recordó entonces su arte. Que saquen de la Convención su mejor cuadro. “La muerte de Marat”. Que lo arrojen en prisión. Mientras tenga un pincel en la mano, puede luchar. Ejecutará en la tela lo que no haya podido realizar en su vida. Y David concibe sus grandes telas, en las que el corazón debe ceder su lugar a la razón que calcula. No amaba sin motivo David a Robespierre; como él, despreciaba la confusión de sentimientos. Un día, al comienzo de la Revolución, el viejo Fragonard le había dicho: “Admiro su arte, pero no tiene sentimientos. Los jóvenes le siguen, y se burla de mí. Pues bien, llegará un día en que se le renegará y mis telas harán escuela. El racionalismo y los sentimientos se suceden desde la eternidad. Sólo un genio asocia la precisión de la forma a los latidos de su corazón”. David era demasiado apasionado para estar de acuerdo con Fragonard, y David creía que con “El rapto de las Sabinas” inauguraría, en arte, una nueva época digna de los antiguos.

Talma no era ni un convencional ni un organizador de procesiones cívicas, ni un ferviente admirador de las matemáticas. Era en todo y por todo un gran actor. No podía vivir del porvenir: sus creaciones morían cada noche, en medio de los accesorios, de las lámparas y de los silbidos. Debía dilapidar su talento para charlatanes insolentes, venidos por error al teatro, en lugar de haber ido al “Baile Céfiro” o al “Tierno Harén”. ¡Qué puede decirse del genio de Talma, cuando aun a esas gentes las hacía llorar!

Son las diez. El espectáculo ha terminado. Los coches con campanillas llevan a los espectadores a sus casas. Los puestos verifican los pasaportes. En las plazas dormitan los destacamentos de soldados. ¡Todavía una insurrección! ¿Cuál será la de mañana...?

Habiéndose sacado los afeites y cambiado su toga por un frac verde aceituna, Talma vuelve a su casa. Vive en la calle Chattereine, en un hotelito particular. Allí todo está supeditado al gusto del dueño de la casa y es aprobado por el mismo David: paneles decorados en el estilo de los vasos etruscos, liras, águilas, espejos desde el piso hasta el techo, columnatas, lámparas en lugar de candelabros, un mobiliario pompeyano, orden y una ligera impresión de frialdad. Es más bien un decorado para una tragedia del repertorio que un departamento habitado. Pero Talma no advierte dónde termina la prosa cotidiana y dónde comienza un alejandrino.

En la casa de Talma hay, naturalmente, un sótano y un granero. Ahora, no se conserva allí el vino ni se seca allá la ropa; no, en el sótano habita el actor Fusil. Es un jacobino que, en un tiempo, reprimió el levantamiento de Lyon. Es un asiduo del café Chétien y uno de los ardientes partidarios de Babeuf. Después de Prarial, la policía quiso arrestarlo. Talma ocultó a Fusil. ¿Y en el granero...? ¡Cómo! ¿También está habitado...? Allí se esconde un tal Bressan, joven realista complicado en los disturbios de Vendimiario.

Talma llega y pregunta a su mujer, a Julia: “¿Quién cena hoy con nosotros?” Talma invita a cenar, alternativamente, a Fusil y a Bressan. Pero hoy dice a Julia:

- ¿Y si invitáramos a los dos...? Con esta vida, se morirán de tedio, si escapan a la guillotina. Los presentaremos, naturalmente, bajo nombres falsos, tú vigilarás para que la conversación no toque la política y todo marchará bien...

En efecto, la cena transcurre tranquilamente. La conversación gira sobre la nueva pieza de Ducis, sobre las picardías de la señora de Beauharnais y sobre las ascensiones en aerostatos.

Talma dice:

- ¡Qué poco se ocupan nuestros contemporáneos de los progresos del genio humano! La nueva peluca de la ciudadana Tallien es conocida por todos, pero apenas si los espíritus esclarecidos saben que Lalande descubrió un nuevo planeta, al que ha llamado Mercurio.

Fusil sonrío:

- Esas son vanas distracciones de aristócratas. La ciencia debe servir a las necesidades del pueblo. Los aerostatos serán quizás útiles para las operaciones militares, pero no se puede alimentar a nadie con las estrellas.
- Permítame que le sirva un vaso de vino...

¡Oh! ¡Talma no quiere discutir! Julia presenta una canasta de frutas. Parece que el peligro se ha alejado... pero el joven realista toma partido por las estrellas.

- La astronomía es buena porque es inofensiva, y a propósito, ¿puede alimentarse ni pueblo con sangre? Bajo el antiguo régimen, todo el mundo tenía pan y no se le medía por onzas...

Talma trata de alejar la tempestad. Julia propone cantar una nueva canción italiana. Pero los dueños de la casa son ya impotentes. Simplemente, no se les escucha. Fusil grita:

- ¿Habla de libertad...? He visto cómo los Jóvenes de Freron arrancaban un medallón a una mujer, en el cual había un retrato de un ciudadano con gorro rojo.
- El gorro rojo provoca a justo título, el descontento. ¿Por qué rojo, me pregunto? Entre los romanos, era blanco, con Guillermo Tell era marrón. El color rojo, ¿no es el color de la sangre?
- ¡Sí, de la sangre!, de la sangre de nuestros héroes que han caído, y de la sangre de los tiranos que carrera todavía...

Bressan tomó entonces una silla, que levantó sobre la cabeza de Fusil:

- ¡Sólo un jacobino puede hablar así!
- ¡Sólo un realista puede expresarse así!

La discusión va a degenerar en batalla.

A pesar de lo trágico de la situación, Talma tiene que retener una sonrisa. Toma a los protagonistas por el brazo y dice suavemente:

- ¡Silencio!, amigos míos, ¡silencio! Ahora las patrullas pasan a cada rato y pueden oírnos. En ese caso perderían tú el sótano y tú el granero.

La estupefacción, si no el miedo, hizo caer las manos de los enemigos dispuestos a arrojarse uno sobre el otro: ¡Cómo, él también...! Durante un minuto, guardaron silencio, luego, no resistiendo más, se echaron a reír: ¡Bien representado, Talma...!

Los dueños de casa se quedaron solos. Estaban sentados, con la cabeza baja, sin hablar. Hacía mucho tiempo que esa pieza no oía los ecos de las pasiones cívicas. ¿Dónde estaban los viejos animadores? Brissot, Vergniaud, Condorcet, todos habían perecido. ¿La sangre podía demostrar la verdad? Callot d’Herbois, el actor sin talento, cuando llegó a ser miembro del Comité de Salud Pública, hizo arrestar a todos los actores de la Comedia Francesa. ¡Qué simple y sin recursos era todo eso!

Ahora, les toca el turno a los otros. ¡David, el orgullo de Francia, David está preso! “El talento no puede ser una excusa”, ha dicho el despreciable Tallien. El pueblo infortunado condena a muerte a sus genios. El espíritu el Condorcet era demasiado elevado. Y Chenier, el tierno Chenier, el amigo de Julia que, allí, en ese rincón, conmovido, recitaba sus elegías. Le han cortado la cabeza. El talento: ¿una excusa? ¡Oh!, no, para ellos no hay más que una excusa: ¡la bajeza!

Julia se había acercado a su marido y lo rodeaba tiernamente con sus brazos. Ella era menos joven, más prudente y más triste; es que no tenía ni tabladitos, ni gloria, ni ardor devorante. Todos sus amigos habían perecido en la guillotina, y ella sabía que el joven Talma la abandonaría un día u otro. Adivinando los pensamientos de su marido, dijo:

– Sí, es una época horrible, pero con todo, soy feliz de haber vivido en nuestro tiempo. Me parece que en nuestro dolor, nos hemos vuelto más desinteresados y más lúcidos.

Talma se contempla ahora en un largo espejo, no responde en seguida; admira su rictus cruel e impotente...

– Sí, Julia, sí, amiga mía, la Revolución me ha enseñado mucho. Me ha enseñado a comprender mis papeles.

Talma, como se sabe, actuaba en muchas obras, representaba a los héroes y a los criminales; pero los papeles en que más se destacaba, eran los de los ambiciosos feroces, los fanáticos solitarios y también los de los hombres propensos a una profunda melancolía...

CAPÍTULO IX

CON FOUCHE

A raíz de las conversaciones y las intrigas de Barras, Carnot y Letourner, su brazo derecho, Larevelliere -el predicador jorobado y bilioso de la Teofilantropía-, y finalmente Reubell, el hábil hombre de negocios, recibieron uniformes de gala, sombreros con plumas, departamentos en el Palacio del Luxemburgo y el elevado título de “Ciudadanos Directores”.

El Directorio continuaba la política de la Convención: bordeaba. Después de la derrota de los realistas, los patriotas fueron puestos en libertad: los mismos astutos ciudadanos Directores no podían tener a la vez a todos los partidos en la prisión. Sin pensar en modo alguno consolidar la República, querían asegurarse los favores de los republicanos. Aunque día a día caían los bonos, jamás las gentes habían creído con tanto fervor en la potencia del dinero. El Directorio distribuía generosamente pensiones, subvenciones, buenos puestos en las ciudades perdidas de provincias, empresas o hasta simplemente regalos. Las prensas de bonos marchaban a prisa. Los patriotas no vendían en bloque o al detalle. Los jacobinos también eran hombres.

Después de la sórdida vida de la prisión, sonreían con placer ante la idea de ser inspector de impuestos en Montpellier o intendente militar en Besançon. La intransigencia cívica era cotizada cada vez más bajo.

El sistema de la corrupción era el sistema de Barras, su sabiduría política y hasta su filosofía. No decía jamás no, delante de una cocina respetable. Que le den bastante y venderá la República a Luis-Xavier, que le den algunos luises de oro y arreglará una venta de latas para el ejército, el regreso a Francia de no importa qué emigrado o el indulto de un ladrón demasiado torpe. Barras creía firmemente que todo podía comprarse con dinero.

Gracus Babeuf, liberado después del Vendimiario, continúa publicando su periódico “El Tribuno del Pueblo”. Desenmascara al Directorio. Dice: “La Revolución es la guerra entre los ricos y los pobres”. “El nuevo Termidor, día nefasto para la nación...” Se indigna de las costumbres de los Directores: “¿Es que verdaderamente el objeto de la Revolución es poner en lugar de aquéllos que ha destronado, una nueva casta de revolucionarios, darles oro, riquezas, tierra, palacios, bellas cortesanas, en una palabra, todos los bienes del mundo?” Pero aun, Babeuf se pone a predicar principios de los que no se tenía idea hasta entonces. Aun esa terrible ley agraria, ese reparto integral de la tierra no le satisfacía: ¿Qué utilidad hay en repartir la tierra si mañana reina de nuevo la desigualdad? No, Babeuf reclama hoy la abolición de la riqueza y el trabajo obligatorio y controlado por el gobierno.

El pueblo, agotado por el hambre, la desocupación, la vida cara, la miseria presta oídos a la voz de Babeuf. La Revolución está perdida, todo el mundo la ha traicionado, quizás ese Gracus diga la verdad... El número de partidarios de Babeuf crece. El ciudadano Barras sonríe con Indulgencia: ¿Babeuf contra el Directorio? ¡Pues bien!, allí está el remedio: hay que comprar a Babeuf. Ese pobre diablo seguramente no ha respirado jamás el olor de la buena vida. Hasta según parece, ha estado preso por un fraude fracasado. Bastará prometerle una vida regalada y elogiará en todas las esquinas el patriotismo del Directorio.

Barras conocía su oficio. Se puso a buscar el hombre que necesitaba. Con Tallien, Babeuf estaba enojado desde hacía tiempo. Hablaría a Javogues... pero Javogues era colérico y ambicioso. Era de temer que propalara todo el asunto. Entonces... ¿Fouché quizás...? Acaso Fouché no sea amigo de Babeuf... Pero, ciertamente, Fouché...

Al día siguiente, Babeuf recibió un mensaje de “su amigo devoto F.”, invitándole a ir a verle para un asunto importante.

Todo el mundo temía un poco a Fouché, aun a Fouché en desgracia. Habitaba con su familia una sombría mansarda, es decir, sencillamente un granero; vivía en la escasez y en la soledad. Sólo dos hombres habían conservado sus relaciones con él: Barras y Babeuf. Barras sabía que Fouché podía ser útil. Fouché, ese excelente padre de familia, había perdido un hijo y adoraba al segundo, un aborto deforme. Ahora, por dinero, estaba dispuesto a todo. Y Barras utilizaba los servicios de Fouché, tanto su astucia como su valor. Durante la represión del golpe de mano realista, Fouché había ayudado a Barras en secreto -el nombre de Fouché era demasiado odiado por los moderados, y Barras no quería comprometerse-. Barras apreciaba a Fouché. ¿Y Babeuf? Babeuf tenía fe en él...

La confianza es un gran don, nada puede conmovérsela: “Fouché no se ha vendido a los aristócratas”, decía Babeuf, defendiendo a su amigo. Tenía razón; no fue de un golpe que Fouché siguió el camino de Freron y de Tallien. Pero si no se había vendido, era únicamente porque no se le habían presentado compradores, aparte de Barras, ese imprudente sin igual. En Londres, los emigrados reclamaban la cabeza de Fouché: “Hay que colgarle...” Fouché veía que no había llegado su hora y trataba de mantenerse en la sombra. Parecía haber salido momentáneamente de la historia y, conformándose con un estrecho granero, esperaba.

Babeuf va a casa de Fouché. Le estrecha fuertemente la mano: la pobreza del hogar refuerza su confianza. Esta es la suerte de los verdaderos patricios. Fouché es un amigo seguro; cuando Babeuf estaba preso, Fouché socorrió a su familia, le dio diez francos.

¿De qué vive ahora? Fouché explica que comercia con cerdos, no hay medio de salir de allí, todo el mundo se dedica al comercio. Babeuf, enojado, se enfurruña. ¿Cómo es eso, todo el mundo? ¿Y los patriotas consagrados a la Revolución? Babeuf también tiene una familia, él también es buen padre. Por lo demás, es preferible comerciar con cerdos que con los sentimientos cívicos... Fouché asiente gustoso, porque todavía no ha mencionado la proposición de Barras.

Babeuf habla de la unión indispensable de los patriotas. Ahora el objeto es preciso: ya no se trata del cambio de aquellos que están en el poder, ni siquiera del retorno de la Constitución del 93, sino la igualdad de hecho.

Fouché sonrío irónicamente:

- Es mi vieja idea. Tú recién llegas, pero yo, en Lyon, declaraba ya: “Hay que profundizar la Revolución para que la burguesía no tome el lugar de la aristocracia”. Fui el primero que introdujo el trabajo obligatorio, y dio orden de cocer “el pan de la igualdad”. Yo proclamé el impuesto progresivo y saqué a los ricos la sexta parte de su capital...

Fouché no miente. En todas las cosas es audaz e ingenioso. Fue un excelente patriota, será el sostén de Napoleón y hasta el hombre de confianza de Su Majestad muy cristiana Luis XVIII. Entre todas las carreras, la policía es la que más le tienta. Ya tiene cierta experiencia. En Lyon no se contentó con hablar de profundizar la Revolución; trabajó también. ¿Quién, en tiempos de Hébert, destruía las iglesias, daba de beber a los asnos en los copones, escribía en las puertas de los cementerios que la muerte era para siempre? Fouché. ¿Quién había reclamado el aniquilamiento de Lyon? La ciudad sería destruida, y sobre sus cenizas se erigiría un monumento conmemorativo: “Lyon hizo la guerra a la libertad... Lyon ya no existe”. El mismo Fouché. ¿Quién ejecutó la orden de destrucción y dismanteló la ciudad barrio por barrio? ¿Quién reemplazó la guillotina por los cañones, porque la guillotina trabaja demasiado lentamente para el ritmo revolucionario? ¿Quién exterminaba diariamente centenares de ciudadanos? Siempre él, el ex alumno de los seminarios, el discípulo de Maquiavelo, el tranquilo y ligeramente burlón Fouché.

Babeuf repite:

- Al menos, tú no has traicionado...

¡Ah! ¡Qué gran don es la confianza...! ¿A quién no ha traicionado Fouché? Estuvo primero con los girondinos, y los traicionó a tiempo. Jugó todo por Danton. Se equivocó. ¡Pues bien! Traicionó a Danton. Humildemente, fue a presentar sus homenajes a Robespierre. Renegó de su ateísmo y hasta de las atrocidades de Lyon. Convenció a Robespierre de su inocencia y, habiéndolo convencido, lo traicionó también. ¿A quién traicionará ahora? ¿A Babeuf?

Llega al asunto: hay que estar a la expectativa; repite su sentencia favorita: lo principal es tener en cuenta las circunstancias. El tiempo está con nosotros y en contra de ellos.

Habla con grandilocuencia, empleando citas, alegorías, ya con una lógica excesiva, ya con una ostentación de figuras retóricas complicadas. Hubiera sido un excelente predicador. No es por nada que en los tiempos en que, por orden suya, se hacía entrar a los cerdos en las catedrales, él buscaba a algún abate aterrorizado para conversar de teología.

Se acerca lentamente a su objeto:

- Barras tiene las manos atadas. Carnot, es evidente, protege a los realistas, pero Barras es patriota en el fondo de su alma. Quiere ayudarnos. Tú cometes un error, Babeuf, atacando tan duramente al Directorio. Favoreces así el triunfo de los chuanes. Ahora que se han recorrido los caminos en línea recta, no hay que equivocarse al elegir los senderos. Yo te propongo mi ayuda. He leído el número 34 del Tribuno, hay mucha aspereza exagerada. Obrarías cuerdate si me mostraras el número antes de imprimirlo. Así podríamos, de acuerdo, suavizar ciertos pasajes peligrosos. El Tribuno debe estar de parte de la República, contra los realistas. Así nos aseguraríamos las suscripciones. La publicación del periódico es difícil ahora, ¿no es cierto?

Sin darse cuenta del sentido de las palabras de Fouché, todavía Babeuf responde tristemente:

- ¡Ah, ya lo creo! Todo se hace a escondidas. Detienen a los vendedores. Los amigos me dicen: "Pero tú estás en libertad". No; he cambiado una prisión por otra. Estoy obligado a trabajar en un sótano, sin luz, sin papel. ¿Has notado el número de erratas? En cada línea. Y la tinta es mala, difícil para leer. ¿Pero qué, acaso no trabajaba así Marat cuando se vio obligado a ocultarse de los aristócratas en un sótano? Y "El Amigo del Pueblo" reunía legiones de patriotas. No pierdo el valor. ¿Pero tú? ¿Qué es esa miel? ¿Tú, Fouché, defiendes a ese traidor de Barras? ¿Tú me propones halagar a esos ladrones? Amigo, ya no te reconozco.

Babeuf se ha dado vuelta y no ve la imperceptible sonrisa de Fouché.

- Yo soy siempre el mismo; los tiempos son los que han cambiado. Debes saber batirte en retirada, como todo general avisado. Si no, será tu derrota. ¿Qué parece tu diarito al lado del "Correo" o del "Orador"? Se les vende en todas las esquinas de la calle. Necesitas dinero, es decir, abonados. ¡No te agites...! Cualquiera lo comprende: sin suscripciones, no hay periódico. ¿Cuántos tienes actualmente? ¿Doscientos? ¿Trescientos? Y si aceptas, mañana tendrás seis mil y todos pagadores. ¿Comprendes? seis mil.
- ¿Quién te ha dicho eso?
- ¿Quién? Barras, naturalmente.

Babeuf se levanta entonces, mira a Fouché en los ojos. Ha comprendido todo. Le cuesta contenerse, no arrojarse sobre el traidor. y Fouché sonríe con la misma despreocupación. Por primera vez, Babeuf ve que Fouché es temible. Su rostro está blanco, sin una gota de sangre. En ninguna ocasión ese hombre ha palidecido o ha enrojecido. Sus ojos son rojos, como los de los conejos rusos. No mira nunca de frente, pero también es difícil mirarlo: no tiene un rostro, sino una máscara. Danton, Robespierre, Couthon, ninguno pudo resistirlo. Sin embargo, Babeuf no quita sus ojos de Fouché. Su voz es sorda:

- No te creo más. Eres como los otros. Quieres contentar a todo el mundo al mismo tiempo; a ellos y a nosotros. Traicionas a todo el mundo. Adiós, Fouché, no seguiremos el mismo camino.

Babeuf sale y Fouché continúa sonriendo, solo, sin testigo, para sí mismo y para la historia. "¡No el mismo camino...!" ¡Ah, vaya...! La Revolución es una yegua arisca. Babeuf, el imbécil, se arroja bajo sus cascos. ¿Y Fouché? Fouché, la sujetará.

La lluvia golpea en el techo del granero. Sobre la mesa, un cuarto de pan de soldado. La mujer está descalza, sus zapatos están gastados. El comerciante de cerdos, Fouché, acaricia

tiernamente a un chiquillo blanco de ojos rojos como su padre. No se queja, los otros podrán perderse, pero para él, ya llegará su hora.

CAPÍTULO X

¡BABEUF, ES LA REVOLUCIÓN!

El Nivoso era particularmente crudo. Muchos recordaban el invierno precedente como “el buen tiempo viejo”. El París obrero se agitaba. Había escuchado los inflamados discursos sobre los derechos del hombre. Había visto las fiestas, los fuegos artificiales, las danzas, los ágapes de la Fraternidad y todos los accesorios sangrientos de la Revolución. Había participado en los tiroteos, había formado los golpes de Estado y canturreado en centenares de clubes. Pero su vida era aún más dura que antes. Los patronos pagaban con bonos. ¿Qué podía comprarse con los pedazos de papel? En las familias obreras no se comía carne sino en los días de fiesta. Muy rara vez se encendía la estufa, y, en ese caso, varias familias se calentaban con su débil fuego.

El trabajo era cruel en esa época. Comenzaba a las cinco para terminar a las siete, con una hora para el almuerzo. Cuando los encuadernadores, el sexto año de la Revolución, reclamaron la jornada de catorce horas, todo el mundo se asombró de su audacia: ¡Los perezosos ¡Estaban perdiendo la costumbre de trabajar! Los niños tampoco eran omitidos. La difunta Convención, entre dos ovaciones dedicadas a los descamisados de todos los países, habían vendido al hilandero Butel quinientas criaturas menores de diez años, sacadas de los hospicios. Esas niñas trabajaban gratuitamente y eran alimentadas por su patrón. El fabricante Delaitre cuidaba a los niños que trabajaban en su hilandería, según el sistema del conde de Rumford. Delaitre era republicano, Rumford un emigrado: ¿Pero quién no escucha los consejos prudentes...? El conde de Rumford había inventado métodos nuevos para la alimentación de los obreros. El pan, la carne, el tocino, eran demasiado caros. La sopa de agua había recibido la orgullosa denominación de “Sopa a la Rumford”. La comida de ciento quince obreros costaba a ese industrial de vanguardia el precio que se pagaba en los restaurantes del Palacio de la Igualdad por un plato de sopa “a la ex Condé”.

Sin embargo, más que las sopas de Rumford, otra invención diabólica aterrorizaba a los obreros. De la mañana a la noche, los parisienses se reunían en la isla de Los Cisnes. Allí se había instalado el primer molino a vapor. Las gentes informadas afirmaban que en las fábricas del Creusot, se instalarían pronto diez máquinas y que se despediría a todos los obreros. Y después de los fundidores, los tejedores también se quedarían sin trabajo. ¿Qué podían hacer las pobres gentes cuando se inventaban tales máquinas infernales?

Por otra parte, más valía quizá morir de una vez... “Es inútil que trabajes dieciséis horas, si ni siquiera tienes para pan”. El humor del día y hasta la situación política estaban determinados por las raciones. Frimario y Nivoso habían sido meses de miseria excepcional. Ayer, en el barrio del Temple, no habían distribuido absolutamente nada; hoy, en el barrio del Panteón, el pan estaba enmohecido. Así comenzaron las huelgas obreras.

Los descargadores del puerto Bernard se habían reunido en la calle del Sena y habían declarado que con trescientas libras por día no se podía vivir. Los dirigentes fueron arrestados. Después de los descargadores marcharon los fundidores de una usina de cañones de la calle Lille. “¿Cómo? ¿Los ejércitos republicanos dan pruebas de heroísmo en Italia, y no quieren ayudarlas...?” Siguieron los arrestos. Sin embargo, las huelgas no cesaron: los ebanistas, los

molineros, los boneteros, los impresores, o tejedores, todos preferían la prisión o la muerte al tormento del hambre.

Los patrones habían redactado una petición al Directorio en la que se quejaban de la insolencia de los obreros: ¿Era admisible que mercenarios discutieran las condiciones del trabajo o de los salarios...?

El Directorio hacía todo lo que podía: los huelguistas eran encarcelados, y se enviaba soldados en su lugar. Los ministros preparaban un decreto prohibiendo las huelgas que se adherían al pillaje. No obstante, los obreros no tenían nada qué perder y la agitación no se calmó.

En la antigua iglesia de Santa Isabel se había instalado una gran fábrica de bolsas. Trabajaban allí trescientas mujeres. El ciudadano Delay, hombre de recursos, había obtenido un encargo de bolsas. Se trabajaba desde las cinco de la mañana hasta una hora avanzada de la noche. Hacía frío en el taller, que era húmedo y sombrío, las manos se entorpecían y los ojos lagrimeaban, los niños gritaban de hambre. El hijito de una obrera había muerto en medio de la jornada. Ella se había puesto a llorar. Todo el taller se había alarmado; pero las bolsas debían ser entregadas a tiempo: “¿Qué es lo que miráis así...? ¿No han visto nunca a un niño muerto...? ¡Pronto, al trabajo!”

Una vez entraron al taller treinta o cuarenta obreros gritando:

– ¡Imbéciles! ¿Saben siquiera por qué trabajan? ¡Más valdría que nos fusilaran a todos que vivir así!

Las obreras abandonaron el trabajo en seguida. Sin embargo, no lograron salir del taller; se acudió a un pelotón de dragones. Todos fueron arrestados; uno de los perturbadores llevaba un viejo cuchillo y el periódico de Babeuf. El ministro de Policía informó triunfalmente a los ciudadanos Directores que el levantamiento de los partidarios de Babeuf estaba sofocado. Naturalmente, guardaba silencio sobre el hecho de que, los dragones, las prisiones, el decreto suprimiendo las raciones, la grosería de los patrones y por último él mismo, el ministro de Policía, todo y todos trabajaban para Babeuf.

“El Tribuno del Pueblo” continuaba imprimiéndose clandestinamente. La policía había arrestado a María Babeuf. Esta mujer no comprendía nada de política. Tanto antes como después de la Revolución, se extenuaba. Su marido era arrestado continuamente. Soñaba con algo, pronunciaba palabras ardientes, caminaba afiebrado de un extremo a otro. Ella no comprendía, ni las citas de Plutarco, ni toda esa vida tumultuosa. ¿Por qué las gentes discuten tanto, cantan canciones, tienen hambre, se encierran mutuamente en prisión y bailan tristemente en torno al cadalso? La Revolución le parecía un sueño absurdo y malvado. Pero esta mujer simple creía santamente en la honestidad de su Francisco que ella debía llamar también Gracus. Sin murmurar, soportaba las privaciones, las enfermedades, la muerte de sus hijos. En la misma ciudad y al mismo tiempo, vivían estas dos mujeres: Teresa Tallien, ex marquesa, y María Babeuf, ex camarera.

Habiendo hecho arrestar a la mujer de Babeuf, el ministro de Policía sonreía, contento de sí mismo. Ahora, el Tribuno del Pueblo estaba en sus manos. ¿Qué no consentiría esa madre cariñosa, sabiendo que sus hijos habían quedado en la puerta de la prisión?

– ¿Dónde se oculta su marido?

Silencio.

– No se obstine. Díganos y le dejaremos en libertad. Piense en sus hijos.

¿Acaso necesitan recordarle su dolor, es que sus ojos rojos e hinchados no les dicen bastante? Pero de ella no obtendrán nada más. Francisco es un hombre honesto, cree en lo que hace y no será ella quien lo venda.

Dando caza a Babeuf, el Directorio trataba al mismo tiempo de asegurarse el apoyo de sus partidarios. Barras hacía un juego tan complicado, que muchos, asombrándose del extraño ataque de una parte, pensaban que tenía un plan extremadamente astuto. En realidad, Barras no tenía ningún plan. Giraba simplemente como una veleta, ya a la derecha, ya a la izquierda, anulando por la noche las órdenes de la mañana, pero conservando por lo menos el rostro de aquel que sabe gobernar.

Atemorizado por los motines de los realistas, el Directorio había autorizado a los partidarios de Babeuf a crear una sociedad de Amigos de la República. Naturalmente, los agentes de policía se convirtieron en miembros conspicuos de esa sociedad. Barras esperaba que los hombres, aficionados a hablar, se conformarían con un estrado del club y se limitarían a los discursos.

La nueva sociedad organizaba sus reuniones ya en el antiguo refectorio, ya en un subterráneo del convento de las Genovevas, en la vecindad del Panteón. Se la llamaba corrientemente la “Sociedad del Panteón”. El Panteón era entonces la arena de las pasiones políticas. Ni los muertos conocían el reposo: primero se les había dado a Mirabeau y a Marat la sepultura solemne del Panteón, y luego se les había expulsado.

El lugar daba a las reuniones un matiz romántico: el humo de las antorchas, la oscuridad, el rumor de las voces, el moho de las paredes, las cruces antiguas y las escarapelas tricolores. El número de los adeptos aumenta rápidamente: ya son dos mil. El subterráneo de Santa Genoveva, como las Catacumbas de Roma, sirve de refugio a todos los humildes, a todos los soñadores y también a todos los irreductibles. En medio de los bailes y de los salones, es el último asilo de la Revolución agonizante, pero que, sin embargo, no está muerta. Ciertamente, como ellos mismos se llaman, “los iguales” son poco numerosos. Se mantienen en reserva para no asustar a los ciudadanos que se indignan de las salidas de la *Juventud Dorada*, o de la mala calidad del pan, pero respetan plenamente el derecho sagrado de la propiedad, proclamado por la nueva Constitución.

Babeuf, perseguido por la policía, no pudo dirigir personalmente los trabajos del club. Pero escribe informes, elabora resoluciones, discute con sus amigos el programa de cada reunión. Está rodeado de partidarios abnegados y enérgicos. Fuera de las asambleas populares del Panteón, los Iguales se reúnen ahora en casas particulares. Se discute allí el porvenir próximo y lejano: ¿Cuál debe ser la situación de las ciudadanas en la República de los Iguales? ¿Cómo responder a las nuevas detenciones de patriotas?

Además del ex húsar Germain, reclutado en la prisión de Arras, Babeuf tiene dos íntimos compañeros de armas. Son los dos animadores del Panteón: Darthé y Bounarotti. Es difícil imaginar hombres más diferentes: un entusiasta y un fanático, un músico y un casuista. Darthé, sombrío, rígido, con su frente estrecha, y Buonarotti, el aristócrata de Pisa, demasiado tierno para la vida que le espera. ¿Qué hacer? Aun entre los Iguales, no hay igualdad. Pero en la conjuración la pesada abnegación de Darthé es tan necesaria como el espíritu luminoso de Buonarotti.

Darthé, una vez convencido de algo, no se aparta de su convicción. Desde los primeros días de la Revolución se había unido a los extremistas. Tomó parte en todos los combates de las calles. La Revolución se había convertido en su vida habitual y, ya no podía vivir fuera de la Revolución. De su infancia, o de sus años de estudiante, se acordaba con una sonrisa de indulgencia: período estúpido. ¡Ah!, no era el tiempo en que tomaba la Bastilla, iba a Versalles, con el pueblo, a sacar a Capeto de su cueva y a la cabeza de una banda de patriotas,

procuraba harina a París hambriento. Robespierre le había parecido ser el que estaba más a la izquierda, y había seguido a Robespierre.

Durante la Revolución, había una multitud de profesiones. Ex estudiante de derecho como él era, se convirtió, no en defensor naturalmente, sino en acusador. Numerosas eran las familias de Arras y de Cambrai que había hecho llorar. No robaba, no, era honesto e incorruptible como su ídolo Maximiliano. Pero las lágrimas tenían para él tan poca importancia como los luises de oro. Con sus enemigos no conocía el perdón. No era una crueldad que le fuera particular, a él; no, en otro tiempo, hasta las muchachas reían al ver la carreta de los condenados. Darthé tranquilamente, como hombre de negocios, escribía al ciudadano Lebas: “La guillotina no descansa en Cambrai. Los condes, los marqueses, los varones y las hembras, caen como granizo”. Escapó, por azar, al Termidor, pero no se rindió. No se arrepintió como muchos otros de sus errores pasados. Cuando lo amonestaron, gritó: “¡Viva Robespierre!” El y Babeuf se encontraron en una prisión: Robespierre ya no existía, y Gracus había jurado continuar la obra del Incorruptible. Darthé no reflexionó mucho tiempo y se convirtió en un partidario celoso.

Babeuf consulta a menudo a Darthé sobre los medios de derribar al Directorio criminal. En sus horas de libertad, conversa con Buonarotti sobre Rousseau, sobre la igualdad natural, la sabia simplicidad de los griegos amantes de la libertad. El descendiente de Miguel Angel, Felipe Buonarotti, era uno de los espíritus más esclarecidos de su tiempo. Cuando, en Francia, Darthé y sus compañeros aterrorizaban a toda Europa con la toma de la Bastilla, Buonarotti vivía en Florencia. Era muy joven, hermoso y de buena familia. Vivía como debía vivir en esa ciudad de humanistas, de cipreses y de Venus de pálido rostro. Abandonó todo; partió de pronto para Córcega, donde publicó un periódico, habló de la fraternidad de los pueblos y levantó contra él a todo el clero. Se le persiguió, y él se ocultó en las montañas. Reapareció y trató de organizar un descenso a Cerdeña. Fue tomado preso en la Livorne. Sus propiedades de Toscana fueron confiscadas, pero eso no le entristeció en absoluto. Ahora no tenía más que una patria: la Revolución. Al llegar a París se hizo amigo de los jacobinos. La Convención, en razón de los servicios prestados a la República, le otorgó el título de ciudadano francés. Sí, durante la Revolución, había muchas profesiones. Buonarotti no se hizo procurador, fue a las filas de los ejércitos de la República a predicar a los descamisados italianos las ideas de la Revolución Francesa. Como Darthé, amaba a Robespierre; lo amaba por otras razones. Robespierre era tan complejo como para atraer a gentes diferentes. Después del Termidor, Buonarotti fue arrestado en alguna parte cerca de Génova. Como a Germain y Darthé, conoció en una prisión a Babeuf. La doctrina de la “Felicidad Común” lo conmovió hasta las lágrimas. ¿No había sido partidario de la extrema igualdad desde los primeros días de la Revolución?; indignado, exclama al ver de nuevo París: “¡Cómo! ¿Reemplazar una banda por otra, eso es la Revolución?” En la persona de Gracus Babeuf, Buonarotti había encontrado un correligionario, un amigo, un jefe.

Además de Buonarotti, Darthé y Germain, Babeuf tenía muchos partidarios seguros. Entre ellos: su viejo protector, el original Sylvain Marechal, filósofo y dramaturgo fracasado, el ex alcalde de Lyon, el ciudadano Bertrand, el ex marqués de Antonelle, soñador flemático, que, durante la insurrección, se paseaba leyendo por los senderos de las Tullerías, sin advertir las detonaciones. Didier, que estaba lejos de ser un soñador, juez bajo Robespierre, hombre grosero y franco. Había decenas de filósofos desinteresados y centenares de desafortunados. Iban hacia Babeuf los partidarios sinceros de la Igualdad; los aristócratas Buonarotti, Antonelle, Le Pelletier, el periodista Marechal; iban a él, los obreros que creían todavía en la Igualdad, los últimos representantes de la raza expirante de los descamisados. Iban también, los aficionados a los golpes de Estado que habían perdido su profesión, partidarios de los “Tribunales de linterna” y de la guillotina, aventureros, charlatanes, semilocos, semicriminales, todos aquellos a quienes el nuevo orden no satisfacía, todos aquellos que estaban celosos del uniforme de Barras y de los negocios de Tallien: antiguos convencionales y ex jueces de los Tribunales revolucionarios pervertidos por su poder y por el terror general que inspiraban.

Todo el mundo se acerca a Babeuf. El trata de orientarse en esa avalancha de virtudes y de vicios. A veces, logra rechazar una mano demasiado sucia. Es lo que ocurrió a Freron, ese ladrón mezquino, ese charlatán sin talento que regañaba contra todo el mundo. ¿Por qué Barras era director y él, Freron, se encontraba fuera de los negocios? Sus demasiado famosos "jóvenes" se apartaban también de él. Es que para ellos, había seguido siendo un jacobino. Y Freron había decidido volver a sus primeros amores. Pidió pues que se le contara entre los partidarios de Babeuf. En la sociedad del Panteón, las puertas permanecían abiertas, pero ante Freron, se cerraron con estrépito.

Sin embargo; Babeuf y sus amigos no siempre conseguían separar a los Iguales de los ambiciosos. Pero la integridad del jefe cubría todo. El París obrero cree en su Tribuno, no es fe, sino un amor sincero. En los barrios Antoine y Marceau, el nombre de Babeuf es ahora conocido por todos los niños. Se habla de él, como de uno de los suyos, como de un cerrajero o de un carpintero. Se burlan de los policías: "Y entonces, ¿han encontrado a Babeuf?..." Se amenaza a los patrones y a los comerciantes: "¡Ya verán, con Babeuf!..." La esperanza mejora la sopa de agua: "¡Babeuf atacará pronto!"

El rumor de la gloria enigmática de ese periodista llegó hasta los salones, donde su nombre era casi desconocido: – "¿Quién es?" – "Un antiguo agrimensor" -dicen-. – "Es sanguinario como Marat". – "Es un ladrón, cometió un fraude..." Los diputados del Consejo de los Quinientos, los literatos, los abogados, los embajadores extranjeros, todos, están perplejos: "¿Por qué Babeuf?..." Tienen miedo en su perplejidad. No están seguros del día siguiente. Es cierto que se ha guillotinado a Robespierre, es cierto que se ha desarmado a los obreros. Pero es imposible obligar a las gentes a olvidar lo que ha pasado tan recientemente todavía. ¿Quién puede responder siquiera del ejército? Se dice que los soldados están también de parte de ese incomprendible Babeuf.

Así, en los dos campos, el nombre de Babeuf se hace legión, crece, no designa ya solamente a un buen periodista, un filósofo audaz, no, ahora Babeuf es la Revolución.

Entre los miles de rumores, entre el odio y el amor, entre el pesado silencio de este año decisivo, el hombre que Babeuf se oculta en los reductos, en los subsuelos, en los graneros, en todas partes donde es posible ocultarse... Escribe, convence, elige sus partidarios, trabaja, trabaja sin descanso. Es débil, no tiene salud. Vive como un recluido. Ha olvidado el sol, las bromas, las travesuras: ya no puede siquiera divertirse para hacer rabiarse a los tiranos. Poco a poco muere en él todo lo que es complejo, incierto, maleable, humano. Toma la forma de una sola idea: la Igualdad. Cuando conversan con él, las gentes sienten que ese fuego árido de sus pupilas es más fuerte que sus palabras: quedan por decirlo así, reducidos a cenizas. ¿No es así que los buenos católicos se representan al apóstol llamado Pablo?

Un día de diciembre. Una niebla espesa. Desde la mañana, arden las lámparas en los ricos comercios del "Palacio de la Igualdad". Pero el aceite es caro, y París trabaja en las tinieblas. Todo el mundo gruñe, se injuria. Esa niebla sólo es propicia a los agentes de policía. Se deslizan por la calle Saint-Honoré para no llamar la atención de los transeúntes. Aquí está la casa en la cual debe ocultarse ese inaccesible Babeuf. Según los informes de los espías, allí está la redacción de su periódico. Un chiquillo sin aliento, entra corriendo a la pieza:

– Vienen...

Babeuf al pasar por la puerta cochera, tropieza con los policías, los empuja, corre. Lo persiguen. Los policías gritan:

– ¡Deténganlo, es un ladrón!...

En la esquina de la calle de la Revolución, un agiotista lo detiene. Él se escapa. Sigue corriendo. Algunos curiosos van aumentando las filas de los policías: es toda una jauría. Todos gritan:

– Deténganlo, ha robado un reloj...

Un grupo de petimetres trata también de detener a Babeuf. Un esfuerzo aún y el camino estará libre. Pero las fuerzas se le agotan. Cerca del monasterio de la Asunción, varios hombres lo prenden.

– ¡Al ladrón! ¡Deténganlo!

La niebla es tan espesa, el corazón le late tan fuerte, que Babeuf no puede, al principio, distinguir quién le tiene. Mira de más cerca. Rostros enrojecidos por el aire. Un olor de piel y de sudor. Son los peones del Mercado. Entonces, confiado, dice:

– No, no soy un ladrón. Soy Gracus Babeuf. La policía me persigue.

Los peones primero lo examinan con desconfianza: ¿Será Gracus Babeuf?... Pero uno de ellos dice:

– Yo lo he visto en el club. Es Babeuf. Ven ciudadano, no te entregaremos.

Uno cubre rápidamente a Babeuf con su sombrero de fieltro de anchas alas, otro lo empuja bajo una puerta cochera. Algunos minutos más tarde Babeuf, respirando penosamente, relata el hecho a Darthé que ha dado asilo a su amigo en el viejo monasterio de la Asunción, y los peones se burlan de los policías exhaustos:

– ¿Entonces? ¿Atraparon, por fin, a Babeuf?...

Están contentos y orgullosos: hoy, ellos, los peones del Mercado, han salvado a la Revolución.

CAPÍTULO XI

EL IDILIO DE LUXEMBURGO

Los agentes de la Oficina Central no pudieron arrestar a Babeuf. Sin embargo, no tenían nada de perezosos. Ganaban honestamente su pan. En sus informes eran numerosos los consejos prácticos y los juicios filosóficos. El espía Naisoncelle escribía, por ejemplo: “Es indispensable dejar centinelas cerca de la guillotina para que los niños no suban. Eso perturba el orden y es contrario a los principios de la filantropía”. El espía Astier era un hombre más sensato, sabía que el Directorio había decretado un empréstito forzoso. Luego, si se pedía un empréstito a la fuerza, era porque se había agotado todo, y Astier decía en su informe: “Ayer un tal Huro, domiciliado en Culture Sainte Catherine. Nº 62, estando en el café situado en la calle Martín, se ha vanagloriado de haber ofrecido últimamente una comida que le costó ochenta mil libras. Este individuo será vigilado y se enviará un extracto del informe al departamento para que sea inscripto en el papel suplementario del empréstito forzoso...”

Los ciudadanos Directores podían dormir tranquilos, protegidos por agentes tan espirituales. Pero, allí tampoco había nada estable. Los espías hacían todos los días informes sobre las diferentes huelgas. Los obreros no querían aceptar los bonos, ni el nuevo papel moneda llamado mandato. Un día, día nefasto, no se recibió informe. Los niños podían jugar tranquilamente sobre la guillotina, los especuladores, gastar millones en una sola cena: los espías estaban en huelga. ¿Por qué eran peor que los otros? En lugar de papel, habían reclamado los treinta dineros tradicionales.

Era difícil al Directorio conformar a alguien siquiera. Se habían distribuido maravillosos uniformes a los ujieres del Luxemburgo. Llevaban abrigos de pieles negras y gorras punzó; hasta sus piernas estaban adornadas con escarapelas tricolores. Parecía que no tenían motivo para rebelarse. Pero he aquí que el ciudadano Larevelliere, enloquecido, interrumpiendo un discurso sobre los triunfos diplomáticos de la República, chilló:

– Hay que despedir inmediatamente a todos los ujieres. He recibido una denuncia: todos simpatizan con Babeuf. Pueden matarnos.

La conversación pasa de Pitt a la mentalidad de los porteros. Todo el mundo quiere dar su opinión. Pitt está lejos, por el momento, los porteros pueden apuñalarlos a ellos y escamotearlos.

A la cabeza del Directorio, está el ciudadano Barras, de rostro blando y benigno. Uno de los ujieres incriminados ha visto al ciudadano Barras en el baño y asegura que ha tomado al Director por una mujer. Pero ese ujier no era un hombre seguro. De todas maneras, en las sesiones del Directorio, el ciudadano Barras es evidentemente un hombre: primero, lleva un pantalón de Nankín, así como medias multicolores y botas de vueltas amarillas, un frac azul con botones octogonales, una enorme corbata y guantes verdes. Su espada de oro brilla orgullosamente. Tiene sobre sus rodillas un gran sombrero galoneado. En verdad, el ciudadano Barras es el más magnífico caballero de la República. Es galante, perezoso y lleno de languidez, ¿no es, a pesar de todo, un ex conde? Si no tiene ninguna idea, en cambio, es un cazador apasionado, un maravilloso cuentista de anécdotas y un Lovelace impenitente.

Para él, la Revolución, es un tesoro, una herencia inesperada, una ganancia enorme. ¡El ciudadano Barras ha hecho saltar la banca!

Al comienzo, fue maltratado por Robespierre. Ese pedante no sabía vivir y no dejaba vivir a los demás. Sin embargo, Barras, en compañía de Freron había hecho un paseo por el Mediodía: las malas lenguas fijaban en ochenta mil libras oro el botín del ciudadano Director en Tolón. Era exagerado probablemente, porque Barras se veía obligado a concederse suplementos. ¡A Dios gracias!, Robespierre ya no estaba.

En el salón de Barras, se encontraban agiotistas con sus mujeres chillonas y endomingadas, intermediarios, banqueros. ¡Toda la nueva aristocracia francesa! Jugaban al *whist* o al treinta y cuarenta. Las barajas, como es natural, demostraban el espíritu revolucionario del lugar: los reyes tenían tricornos, las damas gorros frigos... Los proveedores perdían infatigablemente: querían obtener cargos.

El conde ama a los aristócratas. Está rodeado de estafadores con títulos. Pero ¿qué hacer? También tiene que soportar las maneras groseras de los agiotistas. Sin dinero no se puede vivir y durante esos años de la Revolución, se ha acostumbrado a vivir holgadamente.

Más que todo en el mundo, ama a las mujeres, o más bien, no a las mujeres, sino a las victorias que obtiene en el amor. Aun en la sesión, mientras Carnot pega puñetazos en la mesa y grita

cuando se habla de fortificaciones, Barras contento de sí mismo y guiñando los ojos como un gato bien comido, susurra al oído de Reubell:

- Quiero casar a Rosa de Beauharnais con ese corso. Puede sernos muy útil. Pero cuando he hablado de mis planes a Rosa, se ha puesto a llorar; ¿cómo vivir con otro cuando se ha conocido el amor de Barras?... A propósito, estaba muy atrayente en su emoción, pero ya estoy hartos.

A la viuda de Beauharnais, Barras prefiere, por el momento, la joven Teresa. Es la diosa de París y el vanidoso Barras está orgulloso de su nueva conquista. Tallien ha debido inclinarse. En compensación, Barras le da una mano en los abastecimientos militares. Teresa reparte sus días y sus noches entre la cabaña bucólica y el palacio de Luxemburgo.

Barras no es vanidoso sólo en amor. Enrojeciendo de orgullo, arde en deseos de mostrar a todos, Directores, ministros, ujieres, embajadores, comerciantes, hasta a las estatuas, que él, Barras, es el primero de los Cinco. Él es todo. Sin él, no existe Francia ni la Revolución. A instancias suyas, un navío de guerra de Tolón, ha sido bautizado “Barras”. Su naturaleza se revela en su vanidad: es sobre todo un provinciano. Para él, los chismes de los porteros, son una cuestión de Estado. Pero a las finanzas de la República, las juzga como las deudas de su difunta tía: no pagar a éste, sacar un poco más de aquél. Además, es meridional, provenzal, más exactamente. Todo lo indica... El conde, lleno de gracia, desconcierta a las bellas por su olor a ajo: adora el ajo... Sus anécdotas demasiado familiares, su fanfarronería, su charla, traicionan igualmente sus orígenes.

Cuando se enteró de los excepcionales triunfos gubernamentales de Barras, su familia dejó la Provenza para invadir París. Su mujer, naturalmente, se había quedado en su casa, en Fax: en París no habría hecho sino molestarle. Pero las tías, los tíos, las primas también llegaron. Un olor a ajo llenó todo el palacio. Basta que un petimetre o un especulador se muestre sin su mujer para que las damas lo rodeen. ¡Quizás sea casadero!... Una prima de Barras, la señora de Montpiéri, busca un partido para Clementina, su hija, que es negra, húmeda y brillante como una aceituna.

Reubell comparte con Barras si no las damas, por lo menos los contratistas. Es un hombre de negocios y las hermosas mujeres lo ocupan poco. Las cuestiones de alta política, lo dejan también absolutamente indiferente. Es padre de familia y hace economías para los tiempos malos. Su hijo de dieciocho años, petimetre y holgazán, se divierte con él. Corren leyendas por la ciudad acerca de las hazañas del hijo del Director: baña a las mujeres en vino, toma por blanco a las ninfas de bronce y no pasa un día sin que se encargue nuevos chalecos. Los parisienses afirman que ni el Delfín vivía con ese fausto.

Larevelliere, giboso, después de las desgracias de la naturaleza, ha sufrido las de la Revolución: ha debido ocultarse con los otros girondinos. Desde esa época, Carnot y Barras estaban en el poder. Ahora habitaban todos juntos el mismo palacio. No obstante, Larevelliere no ha olvidado las ofensas pasadas. Está continuamente irritado. Tiene la cara de un mono malvado con uniforme de gala. Le gusta respirar el olor de las flores y discutir sobre la nueva religión: la teofilantropía. ¿Qué otra cosa tiene que hacer? ¿Querrellar a Barras hasta que éste, golpeando las puertas, salga de la sala de sesiones? ¿Obligar a Carnot a enrojecer de cólera? Después de lo cual, irá a pasear por los jardines y, atemorizando por su fealdad a las primas de Barras, demostrará a sus familiares compasivos que es indispensable racionalizar la religión.

Barras no tiene miedo de él ni de Letourneur que es presuntuoso, gordo y estúpido. Ciertamente Letourneur es súbdito de Carnot, pero es absolutamente incapaz de hacer daño a Barras. Es violento; en las sesiones, grita, da su opinión antes que todo el mundo. Su estupidez es tan evidente que los cocheros se burlan de él, sin hablar de los porteros, sujetos a fianza.

No, el verdadero enemigo de Barras es Carnot. Carnot no tiene la astucia del conde ni su elegancia: es un zopenco. No agrada a nadie. Pero, en cambio, no conoce vacilación. Con Robespierre, fue jacobino extremista, miembro del Comité de Salud Pública. Barras lo llama "el asesino de Danton" y para Larevelliere, Carnot es un verdugo a quien, él, ha escapado por casualidad. Está bien así. Sin embargo, en la hora actual, Carnot es el sostén del orden. Sus amigos patalean en sus sitios y él, avanza torpe y pesadamente.

La Revolución ha terminado, está convencido. Hay que liquidarla por sus propios medios, sino se encargarán de eso los realistas. Carnot no es un político, es más bien un soldado. Tampoco es un jefe, tiene un rostro demasiado vulgar: mejillas hinchadas, la mirada opaca, el cráneo descubierto. Por otra parte, tiene un espíritu demasiado tranquilo. No es fanático, ni jugador ni aventurero. Es simplemente un administrador honesto, sin altura. Nadie lo quiere. Para los patriotas, es un traidor; para los realistas, un asesino. Para Francia, es un policía mediocre, dotado de buenas intenciones y de una enorme calva.

Tales son los hombres que gobiernan a Francia. Han llegado al Luxemburgo bajo la guardia caracoleante de la caballería. Inmediatamente han celebrado sesión. Pero para sesionar hacía falta mesa, sillas... La Revolución había pasado por el palacio y el palacio estaba vacío. Los Directores tuvieron mucho trabajo para procurarse una mesa coja. Reprimiendo su dolor, un guardia les prestó algunas leñas. Temía que al día siguiente esos advenedizos fueran arrojados y entonces: "¡Adiós mi leña!..." Los sirvientes, para más seguridad, pidieron sus sueldos por adelantado.

A pesar de todo, los ciudadanos Directores no se inmutaron. Si no les fue dado restaurar a Francia, restauraron, en revancha, todo el antiguo lujo del Palacio del Luxemburgo.

Barras, ese héroe de Tolón, habla de Francia en tono dogmático.

– Reconstruir es mucho más difícil que destruir.

Todo el mundo, naturalmente, está de acuerdo con él. En lo que respecta al palacio, Barras hace un llamado a la modestia republicana:

– ¡Seamos espartanos! Propongo limitarnos, por ahora, cincuenta pares de arneses y veinte carrozas...

Hoy, han abordado muchos temas: las finanzas, los ujieres, el hambre, las carrozas. Han decidido enviar la bandera tricolor, de regalo, a la república genovesa. Ahora, los amenaza una tarea penosa. Larevelliere rinde cuenta de que ayer, en la calle del Sena, se podía ver a un cura con sotana: no era por otra parte un actor representando Tartufo, sino un verdadero cura de carne y hueso. Despreciando todos los decretos, se paseaba insolentemente en traje sacerdotal. Pero más todavía: todas las iglesias están llenas hasta desbordar, las tiendas se cierran el domingo y abren el decadí. Todo el mundo sabe que los parisienses han festejado el año nuevo en Nivoso: hasta han bailado abiertamente en las calles. El Directorio decide reforzar la vigilancia para que nadie se atreva a comerciar el decadí.

Otra cuestión inquieta a Barras: las canciones. El Directorio ha ordenado que todos los teatros ejecuten, todas las noches, cantos patrióticos. El público hace oposición: intrigas de realistas. Unos se van al pasillo, otros bostezan ruidosamente, otros silban y cuando se les detiene, afirman que no han silbado a las canciones, sino a los cantores que -dicen- desafinaban. Los asiduos al teatro Feydeau, son particularmente obstinados, no pasa una noche sin que no haya un escándalo. El público grita: "¡Hemos pagado para oír la pieza y no canciones! ¡Basta! ¡Es insoportable!" El Directorio decide reforzar la vigilancia.

La cuestión más desagradable ha sido reservada para el final. El ministro de Policía comunica que la Sociedad del Panteón ha tomado netamente un carácter antigubernamental. Todos los sospechosos de París se reúnen allí. Leen en voz alta los periódicos de Babeuf y lanzan invectivas contra el Directorio. El número de concurrentes es cada día mayor. Cuando uno de los panteonistas -era un espía- propuso redactar una nueva petición al Directorio, apenas pudo salvarse de ser estrangulado. Esos jacobinos gritaban: “Son armas lo que necesitamos y no peticiones”. Está comprobado que a la cabeza del Panteón no hay otro que Babeuf. El ministro de Policía insiste que se cierre.

Carnot se violenta. El peligro, no son los curas ni las canciones, el peligro es Babeuf. Corta por lo vivo:

- Hay que arrestar a todos los jefes.

Barras está molesto por su insistencia. Es fácil decir “arrestar”. Eso significa, declarar la guerra. ¿Y si, de repente, llegaran a ser más fuertes que el Directorio? Barras prefiere contemporizar. Carnot se empecina.

- Ya es tiempo de terminar con esa gente. En todas ocasiones, los protegéis. ¿Quién ha autorizado a Pocholle volver a París? ¿No es un antiguo montañés?

Reubell sonrío:

- ¿Y tú, Carnot, qué eras? ¿Una oveja?

Un silencio. El recuerdo del pasado inquieta a todo el mundo aquí. Una broma salva la situación:

- Por otra parte, sin los montañeses, ¿estaríamos aquí en el Luxemburgo?

Después de haber discutido, todo el mundo hace concesiones. Está decidido: se cerrará el Panteón, pero no se arrestará a nadie. Barras recuerda de pronto que el equilibrio es indispensable.

- Para atenuar un poco, cerraremos temporalmente, sólo por una semana, el teatro Feydeau y también cualquier iglesita, San Andrés, por ejemplo.

Satisfecho de la ocurrencia, sonrío, sin pensar más en los terroristas, ni en Babeuf ni en el pasado. Teresa lo espera ahora en el jardín. ¿Y mañana? Mañana habrá caza del jabalí en Raincy.

Carnot, sin embargo, no es tan frívolo; encara la clausura del club como encara la campaña de Italia. ¿A qué general confiar una operación tan arriesgada? ¿No dicen que casi todo París está con Babeuf? El comandante el ejército del interior inspira recelos a Letourneur. Ciertamente, en Vendimiario se distinguió, pero se trataba de realistas; ahora, tendrá que dispersar a sus amigos.

Barras tranquiliza a todo el mundo.

El joven general es su protegido. No es en absoluto un anarquista. Es puntual y abnegado. No hace ninguna objeción. Es un joven modesto desprovisto de toda ambición.

- Yo respondo de Buonaparte.

Los ciudadanos Directores se separan. Larevelliere va a hablar de Dios, Reubell, a discutir con los contratistas: ¿Cuánto y a quién hay que dar? Barras, sonriendo con coquetería dice a Teresa:

– Creo que pronto seré el único jefe de Francia.

Pero hoy, Teresa no está de buen humor; las costureras reclaman dinero y ese gandul de Tallien está siempre apurado. Teresa responde secamente:

– No lo creo, es demasiado cobarde para eso.

¡Es tan fácil enojarse! Pero por el sendero avanza un hombrecito de rostro bronceado. Se saca el sombrero y saluda cortésmente. Barras le dice con tono protector:

– Hay que preparar los cañones... ¿Hay reservas de pólvora? Atención: no olvides los tambores. En caso de peligro, yo mismo iré en tu ayuda...

Una chispa irónica brilla en los ojos de Buonaparte; saluda de nuevo y dice:

– Ciudadano Director, sus órdenes serán ejecutadas sin tardanza y sin vacilación.

Curiosa, Teresa presta atención, y mientras Buonaparte se aleja, dice pensativa:

– Creo que me equivoqué en mis previsiones. ¡Esa Rosa es más astuta que yo!...

CAPÍTULO XII

EL GRAN JUEGO

El general Napolione Buonaparte había llevado tropas, dispuesto cañones y se preparaba para el combate. Protegía su retaguardia. Es porque no sabía dónde estaba el enemigo. Se decía que los anarquistas eran todopoderosos, que París estaba contra el Directorio. Sin embargo, inútilmente el general había movilizad o tantos escuadrones.

Como todos los días, las colas ante las panaderías zumbaban, los aguadores se injuriaban y un ligero vaho (el invierno continuaba) subía al cielo acompañado de suspiros: ¿Cuánto tiempo aún?...

Era un tranquilo día de semana. Los caballos de dragones relinchaban. Los soldados cambiaban bromas. A veces, los obreros les gritaban: “Mejor harían en ir a la frontera que en matar a la gente aquí”.

El general Buonaparte, con la cabeza inclinada hacia adelante, con paso rápido, quizás demasiado amplio para su talla, se acercó a las puertas de la antigua iglesia donde se reunía la Sociedad del Panteón. Los artilleros, en su puesto, esperaban la señal. Pero el guardián, sin murmurar, entregó al general las llaves del lugar, enormes llaves de iglesia, semejantes a trofeos antiguos. Buonaparte sonrió -no tenía todavía la costumbre de tomar ciudades- y, los caballos que habían estado demasiado tiempo inmóviles se lanzaron briosamente. El ruido de

sus cascos anunció a los parisienses indiferentes, a todos los espectadores del mundo, la nueva victoria del "general de Vendimiario".

No hacía mucho tiempo aún, era el héroe de los patriotas: "había salvado la República y la Revolución". Los jacobinos decían: "Este no es Menou". Era joven, liviano, sí, pero era un defensor de la Igualdad. No en vano había sido amigo de Robespierre el joven. No pensaba sólo en las hazañas militares; pensaba también en la organización de la sociedad. En el 91, ¿no decía ese corso públicamente que es necesario que "la ley civil asegure a cada uno sus necesidades físicas; que la sed inextinguible de riquezas sea reemplazada por el sentimiento consolador de la felicidad?" Buonaparte no rechazaba esos elogios. No hacía más que tomar parte en el juego. La primera partida estaba ganada. ¿Qué tenía en su pasado? Sueños, y también miseria, soledad, libros, tiros, el ejemplo de los héroes de la antigüedad, las cartas geográficas. ¿Qué no había soñado antes de Vendimiario? Partir para Turquía y ponerse al servicio del Sultán... sí, no estaría mal... Era tan pobre que después de Vendimiario, cuando fue recibido por la Convención, miraba todo confundido la estrechez de su pantalón: llevaba el pantalón de gamuza de su amigo Talma.

Vendimiario había decidido muchas cosas. Ese día el corso había unido su suerte a la de Francia. ¡Al diablo el Sultán! Oriente... Sí, algún día, pero no como *condottieri* anónimo: como conquistador...

La ocasión de Vendimiario se convirtió en el compromiso de una partida complicada. Después de los patriotas, había que hacerse querer de todos: de los moderados, es decir, los aristócratas, los petimetres, los asiduos al Pequeño Coblenza, de los ricos negociantes, los contratistas, el desconfiado Carnot, la alta sociedad, de todos aquellos que temblaban ante el nombre de Babeuf. Buonaparte se alegró, haciendo tintinear las llaves del "Panteón": la segunda parte está ganada también. No se ha visto en la obligación de tirar sobre los patriotas. No ha hecho más que obedecer. El odio del pueblo recaerá sobre el Directorio y no sobre él. Además, hoy es el héroe de los amigos del orden. Ha cumplido puntualmente su misión, ha obrado de manera fulminante. Aquellos que le gritaban "anarquista" se morderán la lengua. No, él no está con los partidos, está con la Nación.

Buonaparte, como Barras, trata de no irritar a nadie. Espera que los campos enemigos se hayan destrozado mutuamente. Entre el general y el Directorio no hay más que una diferencia de calibre: uno es el ejemplo de todos los dones de la naturaleza humana; el otro, de su bajeza.

Habiendo hecho su informe a los Directores sobre la clausura del "Panteón", Buonaparte se retiró rápidamente. Tenía prisa. Barras le lanzó una mirada alegre: "El amor no espera". El conde no pensaba sino en perseguir las mujeres. Buonaparte no pensaba sino en la gloria. Josefina de Beauharnais que, hasta entonces se llamaba Rosa, no era para él, ni una diosa, ni una pastora, ni una cortesana: era una victoria que llegaba a su tiempo, un tercer Vendimiario. A fuerza de observación, conocía bien su tiempo. Decía: "En París, no se puede obtener nada sin las mujeres", y lo decía más por despecho que con una sonrisa. A las mujeres, prefería la historia de Roma o un atlas. Naturalmente modesto y reservado, se sentía incómodo en los salones del Directorio... ¿Pero qué podía hacer? Un capitán que encuentra un río no vuelve, busca un vado...

Rosa o Josefina de Beauharnais ya no es muy joven. Si se identificara su belleza a la de la rosa no sería un pimpollo, sino una gran rosa abierta. Su edad molesta un poco a Buonaparte: no se trata de belleza, sino de espíritu. La novia tiene seis años más que el novio. El toma los documentos de su hermano para envejecer, aunque sea dieciocho meses.

Josefina es simplemente una mujer de su tiempo: su marido ha sido guillotinado, ella se ha escapado por azar a la muerte. Tiene, pues, dos veces más deseos de vivir. Amiga de Teresa

Tallien, lleva las mismas túnicas y las mismas pelucas. Se muestra complaciente en la elección de sus amantes. Indudablemente, el Director y el general Hache son ilustres, pero al mismo Hoche lo engañó en la primera ocasión con su palafrenero Vanakre.

Ocupado de otras cosas, Buonaparte no oye los chismes. Exige solemnidad, aun en la alcoba. Habiendo elegido a Josefina de Beauharnais, la dota, en ese instante, de todas las virtudes. No se casa con la amante de uno o varios palafreneros, se casa con la más casta de las aristócratas.

No se trata, sin embargo, de castidad, ni de belleza, ni siquiera de riqueza. Su casamiento con la señora de Beauharnais es la tercera partida del jugador. Ese matrimonio reconcilia al pequeño corso, al jacobino sospechoso con el barrio Saint-Germain, con la aristocracia francesa. Buonaparte está enamorado, hasta es feliz. En medio de los abrazos bucólicos, los suspiros cambian pronto en crujido de banderas y los juramentos en rumores de muchedumbre, en trajín de desfiles, en ruido de victorias. Eso pasa en la residencia de Talma; Buonaparte ha comprado a su amigo, recientemente divorciado, esa casa que frecuentaba en otro tiempo Andrés Chenier y Condorcet: la casa con columnas, con liras, con águilas. Buonaparte mira a Josefina, mira también las águilas.

Buonaparte se casó diez días después de la marcha sobre el “Panteón”. El regalo de bodas de Barras fue magnífico. Recompensó generosamente al “modesto general desprovisto de ambición”; el joven esposo de su amante. Después de alguna vacilación, el Directorio había aprobado el decreto nombrando a Buonaparte comandante en jefe de todos los ejércitos de Italia, Carnot había discutido: “¿Cómo podía confiarse un puesto tan lleno de responsabilidades a un joven general que únicamente se había distinguido en pequeños combates de calles?”

Carnot temía que Buonaparte fuera un aliado de Barras y un jacobino disfrazado. Pero los jacobinos eran todavía más temibles de cerca que de lejos, y Carnot cedió.

Buonaparte se apresura. Va a conquistar Italia. Va a conquistar Francia también. Se prepara su destino. Hoy Napoleone Buonaparte ha muerto. Un nombre extranjero no conviene a un héroe nacional. Sabe que mañana, toda Francia lo recibirá con sus exclamaciones. “Josefina” suena mucho mejor que ese estúpido “Rosa”. Que mañana griten “¡Viva Napoleón Bonaparte!”

CAPÍTULO XIII

REVOLUCIÓN A EXPORTAR

Al partir a campaña, Bonaparte no se preocupó solamente de la reforma de su nombre. Sabía que los ejércitos de la República no vencían sólo con cañones. París enviaba soldados y pólvora, Bonaparte había decidido llevar otra cosa: la Revolución.

El amigo de Babeuf; Felipe Buonarotti, fue invitado a presentarse al Ministerio de Relaciones Exteriores. Después del cierre del “Panteón”, esperaba de día en día su orden de arresto. Sin embargo, no era la policía la que lo convocaba, sino el ciudadano Delacroix y a instancias del general Bonaparte.

Bonaparte había conocido a Buonarotti en Córcega. Apreciaba su valor, sus conocimientos, su espíritu. Por otra parte, no despreciaba la ayuda de nadie. Si los Iguales pueden serle útiles,

entonces hay que conversar con los Iguales. La Revolución había terminado en Francia; eso era claro. Los patriotas podían tener nobles corazones, pero no tenían cabeza sobre sus hombros. Además, había cerrado el “Panteón”; él esperaba una resistencia, combates, quizá la victoria de los jacobinos. París había cerrado los ojos. Los obreros ya no tenían ni armas ni entusiasmo. Las armas, quizás podrían todavía encontrarse, pero el corazón de París se había consumido. Podía haber ahora decenas de complots, de revueltas, pero, revolución, no habría más, por lo menos durante medio siglo, hasta que desapareciera esa generación que vio con sus ojos el hambre y el Terror. ¿Para qué excitar a los patriotas? Son impotentes. Hay que gobernar firme. No es probable que los cinco charlatanes sean capaces. Pues bien, Bonaparte no tiene más que esperar. En la hora actual, tiene otro fin: los mensajes de victoria, el amor del ejército, el terror de Europa. La Revolución es ahora una mercadería de precio; hay que exportarla al extranjero. Las ideas de Babeuf -¡divagación!- Él, Bonaparte, podía hablar de igualdad en el 91, cuando tenía veintidós años y la Revolución dos. Ahora, se ríe de la Felicidad Común. No obstante, Babeuf y sus amigos están todavía llenos de ardor. En Francia, quizás habría que arrestarlos, pero, en Italia, ¿Entre quién buscar la llama revolucionaria? No será en Barras...

El general Bonaparte había dicho al ministro de Relaciones Exteriores del Directorio que se pusiera urgentemente en comunicación con el ciudadano Buonarotti, y pidiera el concurso de los “anarquistas”.

No fue una entrevista vulgar. Delacroix era naturalmente altivo y grosero. Consideraba a Buonarotti como un conspirador que pondría en la cárcel un día u otro. Sin embargo, trató de hablar cortésmente a ese anarquista, casi como a un plenipotenciario extranjero. Tales eran las instrucciones de Bonaparte.

– ¿De modo, ciudadano Buonarotti, que podemos contar con el apoyo de sus partidarios italianos?

Buonarotti es desconfiado:

– Le ruego decirme, ciudadano ministro, si los patriotas Italianos están listos para la acción.

Delacroix ríe interiormente: ¡santo candor! El conoce las intenciones del Directorio y de Bonaparte. Hay que arrojar a los austríacos de Italia y reforzar al rey sardo en Lombardía. Responde evasivamente:

– El deber de los patriotas italianos es facilitar a nuestros ejércitos su entrada en Italia.

– ¿Para qué? ¿Para que los traiciones después como has traicionado aquí a los patriotas de Francia?

Delacroix frunce el ceño:

– No vamos a ponernos a hablar de los asuntos internos, no es el tema de nuestra entrevista. En lo que se refiere a los patriotas italianos, no los traicionaremos en modo alguno. Si la República es victoriosa, en las negociaciones de paz, tomará todas las medidas para que los intereses personales de los patriotas italianos sean respetados.

Aquí Buonarotti pierde su sangre fría:

– No se trata de intereses personales; los patriotas no tienen intereses personales. Nosotros queremos saber en nombre de qué hacen la guerra. ¿Es un botín de guerra o la República la que quieren en Italia? Todo está dispuesto. En Génova los patriotas esperan la señal. En

Sicilia, diez mil patriotas gimen en las prisiones. Allá no pasa un día sin que corra la sangre de los héroes. No bien aparezca la flota en el mar, toda la Sicilia emprenderá vuelo. En Toscana, hay motines. Lo mismo en Venecia. Muchas veces, los patriotas del Piamonte han tratado de rebelarse. Sin embargo, no tienen armas. Si llegamos como libertadores, toda Italia estará con nosotros.

- Estamos en contra del levantamiento del Piamonte. Hay que subordinar la acción de los patriotas al plan diplomático. Le ruego, ciudadano Buonarotti, que me presente un memorial escrito sobre las medidas indispensables a adoptar. Yo lo transmitiré al general Bonaparte.
- Pero nos son indispensables las garantías. Si los soldados van a saquear, si van a colocar a ese país bajo la fuerza de militares bárbaros y despóticos, alejaran de la República a toda la nación italiana. Arriesgan un desastre militar y la exterminación de los patriotas. La consigna de los ejércitos republicanos debe ser: “Paz en las cabañas, guerra en los palacios”.

El ciudadano Delacroix se levanta en lugar de responder; la audiencia ha terminado. Ya está cansado de oír divagaciones absurdas. Espera, pues, el memorial escrito...

Por la noche, Buonarotti dice a Babeuf:

- Sólo el primer paso es el que cuesta; después de Francia, ¿qué les cuesta vender a Italia?...

Bonaparte, antes de irse, leyó atentamente el voluminoso memorial de Buonarotti. Dos meses después, escuchaba en Milán los discursos de los jacobinos locales. “Traemos las grandes ideas del 93”. “Instauraremos la verdadera Igualdad”. Movía la cabeza aprobando. Sabía que cuando llegara el momento se podría entregar a esos agitadores a la policía, al Papa, al rey, a quien se quisiera... por el momento, eran útiles. Hay que sacar provecho de todo. ¿En qué eran peores esos quiméricos, que la señora de Beauharnais?...

CAPÍTULO XIV

EL DIRECTORIO SECRETO

El cierre del Panteón dispersó a los Iguales por todo París. Se reúnen ahora, ya en el jardín de las Tullerías, ya en cafés pertenecientes a buenos patriotas; los cafés Chretien y Cauvin, por ejemplo. Pero su cuartel general está en los “Baños Chinos”. Es un edificio de lo más extravagante, situado en la esquina del Boulevard de los Italianos y de la calle Michodiere, a dos pasos del Pequeño Coblentz. Los provincianos se quedan con la boca abierta al mirar su fachada cubierta de divinidades calvas, de sombrillas, de campanillas y de caracteres incomprensibles. En la época de la manía por las cosas chinas estaban instalados allí baños entonces de moda. Después el propietario de los baños se arruinó y abrieron allí un café al comenzar la revolución. Este era el que los patriotas habían elegido. No se comprendía la razón. Las grandes ventanas permitían a los curiosos observar desde la calle todo lo que pasaba en el interior. La extravagancia del edificio llamaba la atención general. El Boulevard de los Italianos era célebre por la insolencia de los monárquicos y de los agiotistas. Frente a los “Baños” había una tienda elegante: día y noche los petimetres se aglomeraban ante sus escaparates a contemplar las corbatas y los guantes. Los conspiradores se reunían pues a la vista de todos. ¿Tal vez el patrón les había agradado? Pasaba por ser un patriota seguro. Los conjurados no sabían que ese patriota era un agente secreto de la policía.

Los “Baños Chinos” están siempre animados y bulliciosos. Cerca de una gran estufa se discute: “¿qué es lo más importante, la Constitución del 93 o el cambio total del régimen de herencias?” Los amigos de Babeuf, Darthé, Germain y Didier reclutan a los patriotas. Allí se oyen los informes y se dan las órdenes, allí se persuade a los vacilantes, se explica a los nuevos quiénes son los vacilantes y se explica a los vacilantes quiénes son los Iguales. Los periodistas comentan. A la entrada de algún visitante ocasional, todo el mundo se calla de pronto. A veces los realistas entran bruscamente y se produce un alboroto. Un día los contrincantes rompieron los vidrios.

Una muchacha pelirroja, llamada Sofía Lapierre canta allí las nuevas canciones de los Iguales. Naturalmente es siempre el mismo Sylvain Marechal quien las compone. Sofía no tiene buena voz, pero, en cambio, canta con sentimiento. Canta la “Nueva canción de los barrios”:

Muriendo de hambre, muriendo de frío,
Pueblo subyugado,
Silenciosamente te afliges:
Sin embargo, el insolente rico,
Que aprovechó antaño tu bondad
Ruidosamente se consuela...

Cuando Sofía llega a este punto, involuntariamente, las personas presentes, tristes, apenas alimentadas por un café dudoso y una esperanza muy vaga, miran por la ventana a las *merveilleuses* y a los *incroyables* petimetres. Sofía canta:

Repletos de oro, hombres nuevos,
Sin pena, cuidados ni trabajos.
Se apoderan de la colmena:
Y tú, pueblo laborioso,
Come y digiere si puedes
Hierro como el avestruz.

Todo el mundo corea “Hierro como el avestruz”. Muchos no saben desde hace tiempo lo que es el olor de la carne, y se han olvidado de que fue el hambre, antes que la cólera, lo que inflamó sus ojos. Sofía recuerda:

El rico que aprovechó tu bondad

¡Ah! ¡Las linternas del difunto Camilo! ¡Ah, las representaciones del ciudadano Sansón en la plaza de la Revolución! Cuántos dejaron escapar entonces. Pero, ¡a otros ahora! Esta vez, nadie saldrá sano y salvo. Han aprendido a vivir. Los puños amenazadores se levantan. El canto se convierte en un rugido y los clientes del Pequeño Coblenza que pasan cerca de los “Baños” se miran atemorizados. Recuerdan los mismos días, la misma linterna y esa sangre espesa y oscura. Hasta olvidan las buenas maneras y sin tartamudear exclaman:

– ¡Los anarquistas! ¡Los terroristas!

Y los obreros, los escribientes, los sastres, las mujeres de la calle, los peones, continúan gritando amargamente:

– ¡Los anarquistas! ¡Los terroristas!

A veces, para los patriotas dotados de un espíritu profundo, para aquellos que, hasta en las canciones, quieren máximas filosóficas, Sofía Lapierre canta otras coplas, siempre del mismo Sylvain Marechal:

Tú nos creaste para ser iguales
Naturaleza, ¡oh bienhechora madre!

Es el “Canto de los Iguales”. Se canta mucho en los “Baños Chinos”. A veces, esa asamblea de conjurados parece una clase de canto. Los patriotas difunden las canciones por todo París: se las repite en los talleres, en los patios sombríos de Saint-Antoine, en las prisiones, en los cuarteles. La ciudadana Sofía Lapierre no trabaja en vano. Para levantar a París no bastan las ideas de Babeuf, hacen falta también canciones. En París no hay amor, ni pelea, ni revolución sin canciones.

Naturalmente, los Iguales no se limitaban sólo a cantar. En un mes habían puesto en circulación una cantidad de proclamas: “La verdad al pueblo”, “Soldado, detente y lee”, “Una palabra a los patriotas por el Tribuno del Pueblo”, “Mensaje del Tribuno del Pueblo al ejército del interior”. Estos libelos pasaban de mano en mano. Puede decirse que todos los que sabían leer en París los leían. Se imprimían clandestinamente y la policía no podía lograr descubrir la imprenta de los Iguales. El periódico de Babeuf también continuaba apareciendo. Los Iguales no tenían dinero, por lo tanto, no tenían papel. No se imprimían sino tres mil ejemplares del *Tribuno del Pueblo*. Pero, el *Tribuno del Pueblo* llegaba hasta el ejército de Italia, donde los soldados lo esperaban con impaciencia. Por la noche, los patriotas cubrían de carteles todas las paredes de París.

Mediodía. El barrio Antaine. El pueblo se agrupa a lo largo de los muros. Un obrero lee en alta voz, meticulosamente como un maestro de escuela: “Análisis de la doctrina de Babeuf, proscrito por el Directorio ejecutivo por haber dicho la verdad... Hay opresión cuando uno se agota por el trabajo y carece de todo, mientras que el otro nada en la abundancia sin hacer nada. Nadie puede, sin cometer un crimen, apropiarse exclusivamente de los bienes de la tierra o de la industria. En una verdadera sociedad no debe haber ricos ni pobres”.

Alguien, detrás, suspira maliciosamente:

- ¡Se acuerdan de eso muy tarde! ¡Cuántos pillos se han enriquecido con la Revolución y ahora dicen que la Revolución ha terminado!

El obrero continúa leyendo:

“La Revolución no ha terminado, porque todos los ricos absorben todos los bienes y gobiernan, mientras que los pobres trabajan como verdaderos esclavos, languidecen en la miseria y no son nada en el Estado”.

Entre la muchedumbre, un ciudadano está visiblemente en desacuerdo con la doctrina de Babeuf. Murmuraba algo entre dientes. Al final, no puede contenerse:

- ¡Son los sanguinarios! ¡Quieren degollarnos!

Pero el barrio Antoine no es el Palacio de la Igualdad.

- ¡Abajo el chuán! ¡Muera el realista!

Interviene un agente. Gritos, injurias, puñetazos. Los sombreros, con o sin escarapelas, vuelan por los aires. Por último, ambos son arrestados: el que leía y el chuán. Barras bordea todavía, pero el comisario de policía del barrio ya ha tocado tierra; sin vacilar, pone inmediatamente en libertad al ciudadano bien vestido y envía al “terrorista” a la cárcel.

La misma escena se produce en los diferentes barrios de la ciudad. Los espías no oyen ahora más que una palabra: “instrucción”. Cerca del puente de Change y de la plaza de Greve, se reúne todos los días una multitud de desocupados. Reclaman “pan”, “la Constitución del 93”. La policía montada los dispersa. ¿Y el hambre? El hambre aumenta sin cesar. Los nuevos bonos bajan con la misma rapidez que los antiguos. Los campesinos no llevan a París ni carne ni harina. Ahora es difícil encontrar algo que los tiente en las chozas de las aldeas. Al lado de la artesa hay un escritorio de madera de abedul, los patos caminan sobre las alfombras y los chiquillos rompen la porcelana. La desocupación ha tomado el aspecto de una epidemia: los patrones cierran los talleres. Afirman que el empréstito forzoso los ha arruinado. Los realistas son cada día más audaces. Se muestran en los lugares públicos con sombreros adornados con flores de lis, celebran ruidosamente las victorias de los ejércitos enemigos.

Se abren nuevos baúles y, desde los primeros días de la primavera, el Bosque de Boloña está lleno de chasquidos de látigos, de risas, de golpes de los atrevidos jinetes. Un original se ha propuesto contar cuántos coches a la moda encuentra en su camino, pero habiendo pasado los mil, se queda cansado.

En la plaza de Greve brillan los sables de los dragones. Todos tienen una pregunta en los labios:

– ¿Ya comienza?

Entre dos transacciones, o entre dos danzas, las gentes hacen pronósticos: ¿cuándo se decidirá?

Gracus Babeuf escribe día y noche. Multiplica sus fuerzas. Se prepara. ¡Qué peso excesivo cargan las débiles espaldas de este hombre! Debe animar y organizar, dictar a la muchedumbre palabras que sean comprensibles, palabras de venganza o palabras de deseo; y también concebir la organización de la nueva sociedad para no vacilar al día siguiente de la victoria.

Babeuf se oculta en casa de un patriota belga, Clercx, en un pequeño departamento vecino al mercado de trigos. Allí tenían lugar también las reuniones de los dirigentes. Le daban el nombre de “Directorio Secreto”. Junto con Babeuf, componían ese directorio Buonarotti, Darthé, Germain, Lepelletier, Sylvain Marechal y Debon.

Frecuentemente se entablaban discusiones acaloradas: era difícil unificar a personas tan diferentes. Se había encargado a Marechal de escribir el “Manifiesto de los Iguales”.

Estaba bien escrito, tanto, que al oírlo, Buonarotti, entusiasmado, interrumpe al lector con sus exclamaciones: “¡Muy bien! ¡Bravo!” Pero el “Manifiesto” provoca controversias. El discípulo de Rousseau escribe: “Perezcan si es necesario todas las artes con tal de que perdure la Igualdad real”. No está de acuerdo, es cierto, con el ideal de los Iguales, con el amor por la naturaleza y la vida sencilla; sin embargo, Babeuf se revela contra ese principio:

- Las artes pueden ser útiles al pueblo. Hay que distinguir las diversiones de los hombres hastiados, de las sanas exigencias de los ciudadanos. Estoy lejos de ser un enemigo de las máquinas. Tú crees que las máquinas llevarán a una esclavitud mayor todavía y quieres destruirlas; no, las máquinas serán precisamente empleadas para aliviar la labor del hombre. Yo estimularé las nuevas invenciones.
- ¿Por qué? Los griegos no conocían las máquinas y eran mucho más felices que nuestros contemporáneos. Mira las artes: ¿Para qué sirven los retratos de los aristócratas o los palacios de Versalles?

- Los palacios pueden tener su utilidad... ¿Y tú? ¿Acaso no escribes versos? Dicen que el pintor David, de acuerdo con Robespierre, había tenido la idea de rehacer el plano de París. David era partidario de las avenidas en línea recta.

“Veo la nueva arquitectura de nuestra república: las casas son sencillas, limpias, cómodas; tienen la belleza de la uniformidad, de la completa simetría. Los monumentos públicos son magníficos: escuelas, casas del pueblo para las reuniones, tiendas públicas, bibliotecas, museos. Para erigirlos, son indispensables las artes; sin ellas, nos volveríamos semejantes a los bárbaros”.

El sombrío Darthé interrumpe:

- Sin embargo, habrá que vigilar a los inventores, los sabios y los artistas, para que no se extravíen con el pensamiento en un mundo imaginario.

Babeuf continúa:

- ¿Y los vestidos? Nuestras ropas son desagradables. Poco apropiadas para el trabajo y además evocan la idea de desigualdad. Admitiremos naturalmente algunas excepciones en razón de la edad y del oficio.

Antonelle, el flemático Antonelle, interrumpe a Babeuf:

- David y Talma ya ensayaron; David ideó el nuevo traje y Talma se paseó así vestido. Primero, lo tomaron por loco, y después lo arrestaron como espía extranjero.

Todo el mundo rió.

- Los ciudadanos están atrasados, es indispensable rehacer su educación. He visto un proyecto de traje para obrero, imaginado por el diputado Sergent. Me ha parecido bien. ¡Es imposible negar las artes de la mecánica por la sola razón de que ahora son los aristócratas o los ricos los que las aprovechan!

Sylvain Marechal, pese a que escribía elegías, no se desdice: ni artes ni máquinas, todo eso es el genio malo de las ciudades.

El párrafo siguiente de su manifiesto provoca todavía más controversias: “Desaparezcan, por fin, indignantes distinciones de ricos y de pobres, de grandes y pequeños, de amos y de sirvientes, de gobernantes y gobernados”.

- Tú reclamas la supresión de toda autoridad; es inadmisibile.

Se llama a los Iguales “anarquistas”; sin embargo, son partidarios de una autoridad firme. Sólo Marechal está de parte de la libertad integral:

- ¿Por qué el bastón que está en nuestras manos es mejor que el bastón de Barras? Hemos visto a todos, unos tras otros, de Capeta a Legendre: todos iguales. No son los hombres ni las leyes el punto capital; es el principio: el poder pervierte a la gente más virtuosa.

Marechal no logró modificar la opinión de sus camaradas. El “Manifiesto” no fue, pues, publicado.

En otra ocasión, el problema de la dictadura provocó un desacuerdo. ¿Quién gobernará a Francia después del golpe de Estado? ¿La Convención que sería convocada? ¿Un dictador?

¿Un comité de hombres elegidos por los Iguales? Todos reconocían que era indispensable una firme autoridad. Buonarotti afirmaba: “Si respetamos al pueblo, que es todavía inconsciente, debemos recurrir a la dictadura”. Darthé se declaraba partidario de la autoridad de uno solo. Babeuf, que había tenido antes repugnancia por la dictadura, conservaba aversión por esa palabra. Se decidió confiar la autoridad a un Comité Revolucionario.

Babeuf tenía aún muchas cosas por descubrir. No poseía la experiencia de sus antecesores, ni los consejos aprendidos en los libros. Vagaba en las tinieblas, impulsado sólo por un sentimiento ardiente. El Directorio Secreto aprobó cinco decretos elaborados por Babeuf y Buonarotti.

El decreto económico fue el más difícil de establecer. Espíritu amplio y perspicaz, Babeuf no siguió a los partidarios de una simplificación excesiva de la economía. No obstante, la vida aldeana continuaba siendo su ideal.

Proponía una sensible reducción de las ciudades, tanto en sus dimensiones como en su papel. El mal estaba en la ciudad. Las prostitutas, los artistas, los rufianes, los ladrones, los comediantes ociosos se encuentran en las ciudades. Hay que aligerar París. Los trabajos particularmente penosos o repugnantes serán ejecutados por rotación. Todos deben inscribirse según el lugar de residencia o de trabajo. Se come en mesas comunes. Los trabajadores reciben su parte de todo lo que es indispensable: ropa, alimento, utensilios domésticos. Las traslaciones no pueden realizarse sin permiso de la administración suprema. La Comunidad Nacional establece un censo de los productos agrícolas e industriales y los reparte por categorías. Lo esencial, son los cálculos. Hay que administrar no con la elocuencia de los diputados, sino con la aritmética. El comercio de los ciudadanos con los comerciantes extranjeros está prohibido, so pena de muerte, siendo ese comercio propio de la comunidad. La República nombra agentes para el comercio exterior: ellos compran al extranjero las materias primas necesarias y venden lo que excede a las necesidades de la Comunidad. En el interés del país, el dinero es abolido. Las reservas de oro servirán para el comercio exterior.

El decreto de policía distinguía en la población de la República a los “ciudadanos” y a aquellos que se designaba con el nombre de “extranjeros”. Los ciudadanos que trabajan útilmente, son los obreros, labradores, artesanos y soldados. La cuestión de los sabios suscitó una dificultad. Se decidió inscribirlos en la categoría de “ciudadanos”, pero solamente por una recomendación especial de la comunidad. Los “extranjeros” están privados del derecho de entrar en las asambleas políticas y de llevar armas. Por mala conducta, pueden ser internados en establecimientos penitenciarios. Las islas Marguerite, Honoré, Ré y Hyeres son convertidos en campos de reclusión para los “extranjeros” sospechosos. Esas islas deben ser inaccesibles y aisladas de todo el resto del mundo.

Toda persona que desee imprimir algo debe disponer de los medios para publicarlo. Está prohibido publicar nada que esté en contra de los principios sagrados de la Igualdad.

¿Había que extender esos (derechos a las mujeres? Las opiniones divergían: Buonarotti y Marechal decían que las mujeres no estaban todavía preparadas para la administración de los asuntos del Estado. Babeuf, por el contrario, estaba por la igualdad absoluta de derechos: él conocía el heroísmo de la simple sirvienta.

El poder es entregado al pueblo gradualmente. Primero, conviene introducir los principios de la Igualdad. Cuando la República se, haya fortalecido, todos los ciudadanos-trabajadores serán convocados a asambleas electorales, de acuerdo a la Constitución del 93.

A veces, la elaboración de tal o cual decreto despertaba la duda entre algunos Iguales: ¿Era realizable?... Naturalmente. Antonelle, más que todos, expresaba sus reservas. Babeuf se indignaba:

– ¡Cómo! ¿Por qué irrazonable? Ahora, ¿al final del siglo dieciocho?

Sin embargo, también Babeuf temía que el pueblo estuviera mal preparado para la Sociedad de los Iguales: por lo tanto, consideraba como particularmente importante la educación de los niños; ellos comprenderían todo... La República no puede, indudablemente, confiar a los padres una misión tan llena de responsabilidades.

Los niños entrarían en casas de educación. Allí se tendrían en cuenta tanto sus disposiciones como las necesidades del país, formando tantos maestros, tantos cerrajeros, tantos apicultores... El estudio de la Historia y de las leyes de la República fortifica el corazón de los adolescentes.

Las fiestas son útiles para la educación de los adultos: apoteosis de los grandes hombres, juegos públicos, sermones de los celadores de la Igualdad. Convendría constituir una fiesta reemplazando el bautismo: la presentación del recién nacido a la comunidad.

Mientras los otros Estados no sigan el ejemplo de Francia y no establezcan entre ellos la Igualdad, será necesario cerrar las fronteras. Salvo los agentes de la República, nadie debe pasar las fronteras. Solamente se dejará entrar en Francia a los trabajadores que huyen de la esclavitud o a los héroes perseguidos por los tiranos.

Habiendo aprobado los proyectos de la nueva sociedad, el Directorio Secreto pasó a elaborar medidas capaces de seducir a los ciudadanos que preferían una libra de pan blanco a la filosofía. ¿Qué pasaría al día siguiente del golpe de Estado? En seguida, se instalaría en las casas de los ricos a los habitantes de los barrios Antoine y Marceau. Además, se distribuiría inmediatamente entre los pobres las ropas sacadas de los depósitos o de las tiendas particulares. Los bienes de los emigrados y otros enemigos del pueblo serían atribuidos a los defensores de la Revolución. ¡Hay que honrar al pueblo! Babeuf y Buonarotti están dispuestos a morir por la igualdad, pero el pueblo quiere vivir: ¡Pues bien!, ahí están las casas claras, los bienes de los aristócratas y por fin las camisas, las famosas camisas de los irreductibles descamisados...

¿En qué forma Babeuf, que había rechazado a Robespierre por el Terror, llegó él mismo al Terror? Quizás, simplemente, se había habituado a la Revolución; ¿no había estado hasta entonces casi siempre preso?, y la Revolución, como se sabe, era generosa en todo: en ideas, en asignados y en sangre. Entonces, un sistema filosófico, el menor proyecto de ley no surgía sin un cierto número de cabezas cortadas. Tal vez Babeuf había cambiado: dos años antes en la prisión de Lyon había un hombre vivo, hoy, es el Tribuno, el jefe del “Directorio”, el autor de decretos, el alma de la conjuración. Quizá los que lo rodean habían cambiado también. Robespierre enviaba al cadalso a Chaumette, Clotz, Hébert. Eran heréticos, pero no eran traidores. Tal vez el espectáculo de Teresa Tallien, de baile de las víctimas, de los agiotistas del Palacio de la Igualdad, de la *Juventud Dorada*, del pérfido Barras y de todo el libertinaje de los últimos convidados al festín revolucionario lamiendo el fondo de los vasos en sus fiestas que no tenían cuándo acabar; tal vez esos espectáculos habían obligado al honrado Babeuf a escribir tantas veces la palabra “muerte”, “muerte”, “muerte”. Él se preparaba para un elevado destino: transformar a la Humanidad. Sabía que para eso era necesario: el sol, la fraternidad y lo más amargo: el tiempo.

Como un médico enloquecido, recurría al remedio de prolongar la sangría.

Para otros miembros del Directorio Secreto, salvo Buonarotti y Germain, el Terror era, si no una profesión, en todo caso una cosa muy habitual. Antonelle, en otro tiempo, había condenado a los girondinos a la horca. Debon había celebrado los beneficios de la guillotina, y Darthé los había aplicado a los habitantes de Cambrai. La cuestión del “castigo de los traidores a la Revolución” (así llamaban los Iguales a los suplicios proyectados) provocaban menos controversias que la del traje de los obreros.

Naturalmente, el Directorio Secreto no se limitaba a redactar decretos, se preparaba activamente para la insurrección. París estaba dividido en doce circunscripciones, cada circunscripción tenía su agente revolucionario. Los agentes de barrio estaban en contacto con el Directorio por intermedio de Didier, el agente de unión. Ellos ignoraban hasta el nombre del que estaba a la cabeza de la conjuración. La composición del Directorio permaneció siempre en secreto.

Entre los agentes de barrio, había militares, obreros, abogados, periodistas, todos patriotas probados, antiguos partidarios de Robespierre, ahora adeptos de la Igualdad. Babeuf sabía perfectamente dónde estaban sus amigos. Consideraba que su sostén era la circunscripción duodécima: el barrio Marceau.

Babeuf interroga al representante del barrio Marceau sobre el número de talleres, sobre las disposiciones de los obreros. El representante, el ciudadano Moroy, responde: hay dos tintorerías, que ocupan una, ochenta obreros, y la otra, treinta; todos como un solo hombre, están consagrados a la causa de los Iguales.

Los comisarios mantenían la agitación, prometían las casas de los ricos y las camisas; prometían el triunfo, se burlaban de la cobardía de Barras y de sus policías; afirmaban que mañana los nuevos bonos se venderían al peso, igual que los antiguos, que el Directorio estaba en connivencia con los realistas, que no había más pan, que Bonaparte había sido vencido y que mil peligros amenazaban a la República. Decían la verdad. A menudo, exageraban y a veces mentaban directamente; en las instrucciones de los agentes revolucionarios figuraba la recomendación de levantar a la población por todos los medios, incluso la difusión de noticias falsas.

Los agentes revolucionarios eran en su mayor parte pobres tipos. De tiempo en tiempo, invitaban a los patriotas a la taberna, y allí, ante una botella de vino, cuando el corazón se entrega, preguntaban:

– ¿Cómo anda su taller? ¿Todo el mundo está dispuesto?

Los patriotas respondían:

– Sólo esperamos la señal.

Pero los agentes debían pagar el vino, y el Directorio Secreto no tenía un céntimo. La suma más grande que llegó a poseer fueron doscientos cuarenta francos. Babeuf despreciaba el dinero. No, siempre satisfacía su apetito. Sin embargo, no vivía en la quimérica sociedad de los Iguales, sino en las tiendas, el París arrodillado ante cualquier dinero, aunque sea ante bonos de pacotilla. Los conjurados debían reemplazar el dinero con heroísmo. Eso estaba de acuerdo con el corazón de Babeuf; de Babeuf, sea; pero no de París.

Hay que decirlo, los Iguales tenían en todas partes cálidos adeptos. Dos oficiales de la Legión de policía, de guardia en el Luxemburgo, propusieron ultimar a los Directores. Babeuf rechazó esa proposición: no era una revolución de palacio lo que él quería, sino una insurrección

popular. Envió nuevas instrucciones a los comisarios: ¡Más energía aún! ¡El recuerdo detallado de todos los patriotas! ¡Secreto absoluto! ¡La hora se acerca!

Sí, la hora se acerca, los informes de la policía lo dicen, los ojos de Babeuf lo dicen también. No reflejan ni cansancio ni entusiasmo. Su pensamiento puesto al rojo, alcanza el punto de fusión: vencer o morir. La enorme tarea está cumplida: en una estrecha piecita, perseguido por la policía, un hombre ha puesto en pie no sólo una conspiración que sucedía a otras conspiraciones, sino que ha creado una nueva religión. Ha tomado las tonterías bucólicas del siglo XVIII y ha hecho con ellas parágrafos de decretos: ¡mañana serán una realidad! El mostrará que la Felicidad Común no es lujo ni las victorias militares, ni el arte ilusorio con que se distrae ahora el actor, el ciudadano Talma con el Ciudadano Sansón, el verdugo. ¡No! ¡La Felicidad Común es la Igualdad! Ahí está su hijo Emilio. Ha trabajado todo el día. Ha podado los árboles frutales del jardín, Ha relatado a los jóvenes hijos de la República los primeros acontecimientos revolucionarios. Tiene entre sus ojos la quietud aldeana, los juegos de los niños, el sol bienhechor que se aleja hasta el día siguiente y la fresca merecida del reposo. Es feliz. Esa felicidad es digna de envidia: es feliz porque es “igual”, porque su felicidad no cuesta a nadie sudor, lágrimas ni sangre. ¿Cuándo será? ¿Es posible que exista solamente dentro de diez años? ¿Y Gracus, extenuado, verá también ese cuadro evocador?

La inquietud sucede al ensueño de un minuto. ¿Todo está dispuesto?... Los informes de los agentes están llenos de esperanza. Babeuf ahora casi no sale de su casa: toda la policía está movilizada. Desde su ventana no se ve más que el cielo y los techos. No se ve París. Pregunta ávidamente a sus amigos:

– ¿Y bien?... No, nada de informes... ¿Qué dice París? ¿Las calles, la multitud, las gentes?

Los amigos responden de diferente modo. Después de un día de triunfo todo les parece magnífico: “¡París hierve como el 31 de mayo!” Pero hay también días malos en los que aparece la lasitud. Hoy Buonarotti llega sombrío; sin decir palabra, estrecha la mano de Babeuf.

– ¿Qué dice París?

Buonarotti, sin mirarlo, responde suavemente:

– A mi parecer, París no está con ellos, pero no está tampoco con nosotros. Es indiferente.

Babeuf se estremece, abraza a Buonarotti.

– ¡No, no, eso no es posible! Yo conozco París. No puede inflamársele sólo con palabras. Pero arderá todo entero cuando vea el coraje de los Iguales. Tenemos que ser no periodistas, sino apóstoles.

CAPÍTULO XV

LA SUERTE DE UN DESVENTURADO

El 10 Germinal, a las cuatro de la tarde, un joven oficial, Jorge Grisel, abandonaba la Escuela Militar para ir a casa de su tía. A pesar del sol primaveral, Grisel estaba de mal humor: su situación no mejoraba. En lugar de alegres juergas en el Palacio de la Igualdad, estaba

obligado a comer una sopa de cebolla y escuchar las quejas de su tía sobre los vendedores del mercado: ¡saltantes que pedían treinta francos por una ristra de cebollas, como si las cebollas fueran piñas!

La tía no le daba dinero. Tampoco podía esperar un ascenso. ¡Cuántos tenientes, hechos coroneles y hasta generales en un año! Por lo menos, esa bendita Revolución les serviría para algo... Pero él, Grisel, era capitán y nada más. ¡Pensar solamente que Bonaparte, el aventurero, era nombrado comandante en jefe! ¡Esa es carrera! ¿Por qué él no tenía suerte? ¿No era acaso también un hombre sin escrúpulos?

Grisel caminaba a lo largo del puente de las Tullerías sin prestar atención a los árboles en flor, ni a la sonrisa de las elegantes. Su tía tendría una cena triste.

Desde sus más tiernos años, Grisel soñaba con la gloria. Envidiaba no solamente al ciudadano Tallien, sino hasta al ciudadano Sansón -piensa el verdugo no hace más que llegar al teatro y todo el mundo lo señala con el dedo-. Y luego, ese Sansón gana mucho, no está obligado a venir desde el otro extremo del mundo a la casa de una vieja estúpida por un plato de sopa.

Grisel era hijo de un sastre y pasó su infancia en la pequeña ciudad de Abbeville. Cuando tuvo dieciocho años, robó doscientos francos a su padre y se fue a París. Tuvo que entrar en la Armada. La escuadra partía para Gibraltar. Pero Grisel no tenía la talla necesaria y lo eliminaron.

Sobrevino la Revolución. Otros ambiciosos se hicieron oradores, diputados, periodistas; él siguió siendo sastre ponía parches y cosía botones. Al fin entró en el ejército. Pero una vez capitán, se quedó allí. Un sueldo miserable, un uniforme gastado, las cenas en tasa de su tía; tal era la vida de Jorge Grisel. Era natural que anduviera con aire enfurruñado...

De pronto alguien le llama, es el ciudadano Meunier.

– ¡Grisel!... Hacía mucho que no nos veíamos.

Un año antes de la Revolución, ambos habitaban la misma pieza, ambos eran sastres. Los amigos se abrazan. Meunier invita a Grisel:

– Vamos a beber unas copas.

Grisel no recibe invitaciones muy a menudo para que tenga que reflexionar. Van al “Café de Ginebra”. Meunier pregunta:

– ¿Pues bien, cómo estás?

Grisel tiene amor propio. No se va a poner a lamentar delante de ese pobre sastre de cuatro centavos.

– No del todo mal, como ves, sirvo a la República. Dirijo el tercer batallón de la trigésima octava semibrigada.

Meunier se pone sombrío:

– Yo también, viejo, serví a la República. Seis meses, después de Prarial. ¿No sabes? Estuve preso en Plessis con todos los patriotas. Servicio fiel, pero ningún grado. Es linda la República, ya puede decirse. Las personas decentes se mueren de hambre y los canallas se bañan en oro. ¡Si pensamos un poco por qué hemos vertido nuestra sangre!...

La amistad pone de buen humor, el vino también. Grisel no discute con Meunier. No sabe nada de política. Por las dudas, critica al Directorio. Es un juego seguro, porque ahora todo el mundo lo maltrata.

¡Cinco charlatanes!...

El “Café de Ginebra”, como tantos otros, es un lugar de reunión de patriotas. Todo el mundo aquí conoce a Meunier, todo el mundo brinda por él: Grisel, naturalmente, bebe también. ¡Al diablo la sopa de la tía! Sí no hay medio de divertirse con hermosas mujeres en un rico restaurante, va a embriagarse allí con obreros. Felizmente es Meunier el que paga.

Ofrecen café al oficial que tiene éxito como una hermosa mujer. Un tal Monnier, un maestro curtidor, es particularmente amable con él. Monnier dice a cada momento:

– El ejército vendrá pronto en nuestra ayuda. ¿Verdad, ciudadano?

Grisel apura un trago.

– Pero naturalmente.

Cuando sale del café, todo se enreda: la tía y los patriotas, Monnier y Meunier. ¡Qué tribulación! Al llegar a su domicilio se duerme inmediatamente. Al día siguiente le cuesta recordar la ruidosa velada de la víspera. Se pone de mal humor: obreros... Ahora ya no es sastre, sino capitán.

No se crea que Grisel se haya hecho el delicado. Cuando algunos días más tarde, su nuevo amigo, el ciudadano Monnier, le dice al encontrarle: “Vamos a comer a casa”, no vacila más que por la forma. ¿Adónde iría? ¿Siempre a casa de esa condenada tía?

Monnier lleva a Grisel a su casa, le presenta a su mujer. Son gentes pobres, pero hospitalarias. Sobre la mesa hay salchichas y vino. Monnier conversa con Grisel de patriota a patriota.

– ¿Los soldados están dispuestos a apoyarnos?

– Están dispuestos.

En el fondo del corazón, Grisel está desconcertado. ¿Qué mosca le ha picado? ¿No valdría más hablar de mujeres?... Aquí no puede brillar con ninguna idea original. Casi no comprende lo que dice Monnier.

– ¿Cómo? ¿Tú no lees los periódicos de Babeuf? Es vergonzoso para un patriota.

Grisel se justifica: el servicio, ese servicio perro. Los jefes no perdonan nada y él no tiene un minuto libre. Monnier le muestra el último número del Tribuno del Pueblo. He aquí la proclama al ejército.

– ¡Admirable!

Grisel ha tenido un escalofrío al leer: “matar cinco reyes”. ¿Dónde está? El juego se hace peligroso. ¿Pero qué puedo hacer? ¿Discutir? Monnier es mucho más fuerte que Grisel. Este puede recibir una paliza. Y Grisel, solícito, hace coro. Encantado de tener alguien ante quien hablar, Monnier no se detiene:

- ¿Quién cerró el Panteón? ¿Quién violó la Constitución? ¿Quién ha matado centenares de patriotas en las prisiones de Marsella? Siempre ellos. ¡Pero pronto arreglaremos nuestras cuentas!...

Grisel pregunta con inquietud:

- ¿De qué modo?
- ¿Cómo? Muy sencillamente: como con Capeto. Todo está listo. Ahora el comité no tiene más que decir “Fuego” e inmediatamente, en fila a la izquierda, ¡marchen! ¿Comprendes?

Grisel no pecaba solamente por cobardía. Tenía también una extrema curiosidad. No resistió:

- -¿Y quién está en el comité?

Monnier se echó a reír:

- ¡Qué pregunta! Eso, viejo, ¡no lo sé!, nadie lo sabe, ni Carnot, ni los patriotas, ni los espías. Por eso que es un “secreto”. Pero si quieres conocer a los verdaderos patriotas, te llevaré a los “Baños Chinos”.

Monnier invita a su vecino, el sombrerero Goveau. Los tres salen a la calle; Grisel intenta despedirse:

- Será otra vez... el servicio...

Los patriotas lo animan:

- ¡Deja tu servicio! Vamos...

Grisel vacila: indudablemente, sería interesante ver... Pero también hay que temer mezclarse en algún enredo. Así es cómo se va a la cárcel; ese idiota de Monnier ya había estado. Sin embargo, la curiosidad vence. Monnier y Goveau presentaron a Grisel como un patriota probado. Grisel se contentaba con sonreír y menear la cabeza: estaba atontado. Hasta ese día, siempre se había apartado de la Revolución. No frecuentaba los clubes, ni las asambleas. Los rostros de los parroquianos de ese café lo intimidaban. Como siempre, Sofía Lapierre cantaba coplas patrióticas. Al oír “ha muerto el gran Incorruptible... ha muerto por la Revolución... ha muerto por nosotros”, Grisel lanzó involuntariamente una mirada a su alrededor: ¡vamos! ¿está soñando? Aquí se glorifica abiertamente a Robespierre como si se viviera todavía en el 93. Pensó esquivarse... Pero los cumplidos que le dirigían lo retuvieron. El vanidoso estaba satisfecho: ¡Ah, por fin! ¡aquí por lo menos, lo apreciaban! Uno de los patriotas habiendo cambiado algunas palabras en voz baja con Monnier, le dijo:

- Has hecho bien en venir. Tenemos que establecer contacto con los soldados. Seguramente podrás ayudarnos.

Era Darthé, el amigo de Babeuf. Grisel no sabía quién le hablaba, pero contento de sí mismo, respondió:

- Pues bien, si tiene necesidad de mí, yo puedo ciertamente...

Darthé muestra a Grisel el manifiesto de Babeuf al ejército.

Grisel, envalentonado, critica:

- No iras muy lejos con eso. ¿Ese es un lenguaje de soldados? Eso es filosofía. A un soldado hay que hablarle en su mismo idioma. Tu Babeuf será un hombre inteligente, pero es indudable que jamás ha sentido el olor del cuartel.

Darthé escruta con la mirada a ese osado capitán. En el fondo del corazón, está de acuerdo con él. A menudo ha demostrado a Babeuf que para la Revolución, las palabras fuertes son mucho más útiles que todos los Rousseau del mundo.

- ¿Y tú te encargarías de escribir algo que sirviera?
- Es que soy un militar, no tengo dinero para imprimir chismes como esos.
- No te preocupes por eso. Nosotros imprimiremos, tú redacta solamente. Debes tener seguramente una buena pluma.

Grisel no tiene fuerza para resistir los elogios. Bueno, mañana, a más tardar pasado mañana, el manifiesto estará listo.

Al volver a la Escuela Militar, Grisel cae en la perplejidad. Lo más prudente sería abandonar este asunto. Pese a lo que dijeran, era muy dudoso que su partido triunfara. Ellos creen que los soldados están con ellos. En realidad, los soldados juegan a las cartas, beben vino, se acuestan con mujeres y se ríen de la Revolución. Seguramente si eso hubiera sido tres años antes, Grisel lo habría seguido. Entonces esos locos dirigían a todo el mundo. Pero nadie se lo había pedido. Y ahora, a otros... ¿Y si informara a su jefe? ¿Qué beneficio tendría? La policía no ignora ciertamente que esos anarquistas se reúnen en esos “Baños Chinos”. Algo más lo preocupa: el trajín del servicio, las deudas, la tía. Todo eso es muy fastidioso. Allá, al menos, hay gloria. Entonces ¿qué hacer?...

Grisel reflexionó mucho tiempo. Al final decidió pedir consejo a su camarada Montyon.

- ¿Ganar, quizá su confianza y después denunciar todo el complot? ¡Es seguro que sería muy bien pagado! ¡Entonces sí que harían una francachela!...

Montyon era un hombre prudente.

- Haz como te parezca; puedo prometerte que si ocurre algo, yo me pondré de tu parte. Diré que tú me contaste todo inmediatamente y que no te mezclaste a ellos nada más que para vigilarlos.

Esas palabras tranquilizaron un poco a Grisel. Y luego, no estaba muy convencido de que el Directorio fuera más fuerte que los conjurados. ¿Y si, bruscamente, los patriotas resultaban victoriosos? ¡De un golpe lo nombrarían general, quizás más alto todavía, comandante en jefe! Y si resulta que son solamente conversaciones, Grisel se remitiría a quien correspondía y Montyon, según le prometiera, lo apoyaría.

Grisel recuperó su buen humor. Tomó una hoja de papel y escribió toda la noche. A la mañana, el manifiesto estaba concluido. Darthé quedó entusiasmado. “¡Qué buena pieza!” Grisel tenía efectivamente un estilo condimentado: no había una línea sin una palabra eficaz. Las ideas también eran de circunstancias: era la “carta de Franco Libre, soldado del ejército parisiense a su amigo El Terror, soldado del ejército del Rhin”. Comenzaba así: “Estamos aviados, mi pobre amigo El Terror; sí, estamos aviados y sin recursos, si tragamos hasta el fin la píldora que nos han puesto en la boca...”; más adelante hablaba de París, “ese bello París del 93...”

Sacando las palabras gruesas, Grisel brillaba por su énfasis, “tigres de pelo dorado, habrían estrangulado, desgarrado y devorado a nuestros padres, nuestros amigos, hasta la libertad... Cinco leones que han encaparazonado, adornado como mulas de Provenza... Todos juntos han quintuplicado la insolencia, la tiranía y el despotismo del difunto Capeta, su digno predecesor”.

El manifiesto fue impreso y entregado a Grisel para que él lo repartiera. Grisel se encerró a doble llave y quemó inmediatamente todos los papeles. Sin embargo, continuó frecuentando a Darthé y Germain. Vacilaba todavía. ¿Quién triunfaría? Esperaba. Un día, Darthé le dio un sobre sellado.

A Grisel le temblaban las manos. Lo abre. Tiene un sello en forma de nivel de albañil. En el encabezamiento de la hoja dice: “Felicidad Común”. Jorge Grisel lee su nombramiento de agente militar del Directorio Secreto en el campo de Grenelle.

Hubiera preferido, ciertamente, leer su nombramiento de comandante de la semibrigada. Pero no hay nada que hacer, el juego continuaba. Realiza sus funciones de agente militar. Envía al Directorio Secreto, informes abundantes en prudentes consejos: hay que hacerle una zancadilla a los generales y evitar a los jóvenes oficiales. Contribuir de todas maneras a la destrucción de la disciplina. Hablar más del pillaje: saquear a los ricos es una causa santa. Los soldados no comprenden las frases sobre la Igualdad, más vale no extenderse sobre ese tema... Lo principal es prepararse para el día sucesivo. La víspera de la insurrección, hay que organizar bailes en las tabernas de las esquinas y dar de beber a todos los soldados.

Aunque el Directorio Secreto haya aprobado sus sugerencias, Grisel no está contento: ¡todavía Babeuf!, ¡todavía la doctrina!, ¡todavía no sé qué “Sociedad de los Iguales”! No, indudablemente ha hecho un mal cálculo. No son más que charlatanes. Se puede levantar al pueblo diciéndole “saquea”. Eso, es agradable para todo el mundo. Pero ¿qué tiene que ver allí la Igualdad? Que cada uno saquee como pueda, es una cuestión de talento. Imposible comparar al brillante Grisel con el obscuro Montyon aunque los dos tengan el mismo grado. ¡Ese Babeuf se ocupa seguramente de contar los pájaros que vuelan! Grisel no tiene nada que hacer con papamoscas semejantes.

Y Grisel desapareció. En vano lo esperaron los Iguales en los “Baños Chinos”. Darthé está desesperado. Era justamente ahora cuando más necesitan a Grisel. El día de la insurrección se acerca. El Directorio ha convocado una conferencia de agentes militares para elaborar un plan de acción. Y resulta que Grisel no está aquí.

Un desconocido fue a la Escuela Militar:

– Soy pariente del capitán Grisel; es indispensable que le hable inmediatamente...

No dejan tranquilo a Grisel: el destino, evidentemente, quiere que se convierta en héroe. Un mensaje: “Tus hermanos te esperan, D. T. H.”. El mensajero invita al oficial a seguirlo en seguida... Van primero a casa de Didier. Este dice: “Yo te guiaré”. Grisel tiene un escalofrío. “¿Dónde?” Silencio. Calle Saint-Honoré. Más lejos. La iglesia San Eustaquio. Doblan una esquina. ¿Cuál es esta callejuela? Es la calle Grande Truanderie. Allí es. Suben. Tercer piso. Un largo corredor.

Hay mucha gente en la pieza. Darthé y Germain. Reciben alegremente a Grisel: ¡aquí está por fin! Temían que estuviera preso. Abrazan al capitán. El, desconcertado, examina a su alrededor; ¿quiénes son? Entonces avanza hacia él un hombre delicado, agotado, de ojos ardientes, un hombre que lo estrecha con ímpetu:

– ¡Buen día, amigo!

Es Gracus Babeuf. Para aprobar su devoción hacia los conjurados, Grisel se apresura a devolver el abrazo a Babeuf. Pero ya no vacila. Sabe ahora lo que tiene que hacer. ¿Este hombre, un jefe? ¡Imbéciles! ¿Acaso sabe hablar sin elegancia, maldecir, cerrar los puños, cruzar majestuosamente los brazos sobre el pecho? No es el Tribuno del Pueblo, ¿es un gorrión!

Además de los miembros del Directorio Secreto, asistían a la reunión los agentes militares, los ex generales Fyon y Rossignol y el ciudadano Massard.

Babeuf expone el plan de la insurrección: a la cabeza marchan los "generales". Se les puede distinguir fácilmente por las anchas cintas tricolores que adornan sus sombreros. Las campanas, las trompetas. Estandartes con las consignas: "Igualdad", "La Constitución del 93 o la muerte", "Felicidad Común". El pueblo se apodera de la Tesorería, de las tiendas militares, de los depósitos de armas y de víveres. Los miembros del gobierno son sometidos a juicio inmediatamente. Las mujeres deben persuadir a los soldados para que no tiren sobre los obreros. Los patriotas fraternizan con los obreros. En caso de pillaje, la muerte. El pan es reconquistado de las panaderías. Se proclama la autoridad del comité revolucionario. Grisel escucha atentamente, temiendo dejar escapar una palabra. Rumiaba su plan. Pero, sin cesar lo persigue una idea: ¿no parecería a Babeuf un patriota poco ardiente?

- Propongo que una hora antes de la insurrección se incendien todos los castillos de los alrededores de París: Bellevue, Trianon, Meudon, etcétera. El gobierno enviará naturalmente a las tropas para combatir los incendios y durante ese tiempo nosotros nos apoderamos del Luxemburgo.

Darthé grita: "¡Bravo!" Pero el general Fyon se pronuncia contra esa sugestión. En los castillos hay muchos objetos preciosos. Babeuf apoya a Fyon.

- Los incendios premeditados serían un crimen para la nación.

Grisel ya no se asombra. ¿No ha comprendido del primer golpe que el gran Babeuf es un papamoscas y un simplista? Los conjurados se separan. Grisel quiere acordarse de la casa, teme sin embargo, que los otros noten que se queda atrás... Cree que es el número 27. Por desgracia el día se acaba, ya no son visibles los nombres ni los números. El capitán Grisel se ocupa poco ahora de las cintas tricolores en los sombreros o de la Constitución del 93. No tiene más que una cosa en la cabeza: ¿qué número es?...

Cuatro días más tarde el ciudadano Carnot recibía un mensaje misterioso. Un tal Cuermante solicitaba al Directorio una audiencia privada: se trataba de la salvación de la república. Carnot respondió inmediatamente. Invitó al ciudadano Cuermante a presentarse personalmente en su casa a las diez horas de la noche. A la hora señalada, en la gran antecámara del Luxemburgo entró un pequeño oficial enclenque; miraba a su alrededor con desconfianza y al mismo tiempo sacaba el pecho con presunción.

Grisel comenzó así:

- Ciudadano Carnot, tengo la conjuración de los Iguales en mis manos.

CAPÍTULO XVI

DOS COBARDES

Alrededor de tres semanas antes del encuentro de Carnot y Grisel, el Palacio del Luxemburgo había visto a otro conjurado entre sus muros. Pero esta vez no era un traidor, y Germain examinaba los fastuosos uniformes de los porteros no con terror, sino más bien con malicia. Las grandes escarapelas de sus medias le divertían particularmente. Pero ¿por qué se encontraba en el Luxemburgo un miembro del Directorio Secreto?

Los Directores conocían, naturalmente, la actividad de los Iguales. Todo París la conocía. El ministro de Policía, el ciudadano Cochon, no dejaban pasar un día sin presentar notas inquietantes: los anarquistas se preparan... Cochon, se entendía muy bien con Carnot: los dos eran partidarios de las medidas enérgicas. Además de la protección de Carnot, la seguridad que tenía de la victoria final de los realistas dictaba al ministro de Policía sus convicciones políticas. Convencional en su época, Cochon había votado la muerte de Luis XVI. Ahora trataba de redimirse de sus antiguos pecados. Los realistas le habían prometido el olvido si combatía a los patriotas. Cochon insistió: hay que fulminar a los anarquistas. La mayoría del Directorio lo apoyaba. Sólo el conde de Barras tenía una opinión personal. No creía en Carnot ni en todos los agentes de policía. Temía a París. París, evidentemente, no estaba con el Directorio. Luego, París estaba con Babeuf.

Una lucha encarnizada comenzó en el seno mismo del Directorio. Solamente el indolente Reubell apoyaba a Barras. Cochon arrojaba aceite al fuego: sus informes relataban infaliblemente las burlas de los conjurados contra Carnot. Siempre omitían a Barras... y éste sonreía orgullosamente: era más astuto que Carnot, tenía amigos en todas partes, mantenía conferencias con los realistas. Hasta tenía relaciones con los partidarios del duque de Orleans. Todos los generales le eran fieles: Bonaparte, Hoche y Jourdan. Hasta esos anarquistas gritaban “muera Carnot”, pero no decían nada de Barras. ¡Eso es lo que se llama ser un político prudente!

Una vez concluido el informe de Cochon, Barras lleva inmediatamente la conversación hacia otros temas: las victorias de Italia o Madame de Stäel -¡qué marimacho!- Carnot grita. Larevelliere, pérfido, hace alusión al aturdimiento de Barras: es completamente imposible coquetear con todo el mundo a la vez. Pero no hay nada que hacer. Barras elude la conclusión. ¿Qué le aportaría la Victoria del gobierno? ¿La consolidación de Carnot? Prefiere esperar.

Por fin llegó a sus oídos que el héroe de Varennes, el diputado Drouet, tomaba parte en el complot. Entonces Barras perdió definitivamente la serenidad. Si Drouet estuviera con Babeuf, un día u otro tendría que abandonar el Luxemburgo. Sobre la osadía y el espíritu lleno de recursos de Drouet, se tejían leyendas. No era sino un modesto jefe de posta cuando galopó de Saint Merreould a Varennes y detuvo a los fugitivos coronados. Esa noche hizo célebre a Drouet. En la convención había sido montañés, naturalmente. Hecho prisionero por los austríacos en la toma de Maubeuge, fue interrogado por Metternich. Drouet no dejó de atemorizar al conde con algunas frases tomadas del repertorio de los clubes jacobinos. Se encerró al prisionero en la fortaleza de Spielberg. El no esperó la Revolución en Austria. Habiendo construido una especie de paracaídas, saltó por una ventana de la casamata. Se quebró una pierna. Cuando lo llevaron a su celda estaba moribundo. Sin embargo, sobrevivió: era extraordinariamente robusto, fuerte, macizo. Permaneció más de un año en Spielberg. No fue un paracaídas ni los descamisados austríacos los que le devolvieron la libertad. Fue la gran diplomacia: a raíz de prolongadas conferencias, los presos fueron cambiados por la hija de Luis XVI que, después de la muerte de sus padres y de su hermano, había quedado cautiva. París

recibió a Drouet como a un héroe. Los honores sucedían a los honores. Pero, a pesar de todo, Drouet estaba descontento de París. Mientras él hacía la guerra, y estaba preso en la fortaleza, todo había cambiado. Había dejado el París de los descamisados y encontraba el París de Teresa Tallien. Se le hacían honores, pero no le abrían el camino. Arrastraba por las calles de París su pierna herida y su despecho: ¡Valía la pena saltar por la ventana!

Cuando le dijeron a Barras que Drouet estaba con Babeuf, envió inmediatamente a su secretario particular para buscar a uno de los Iguales, el joven Germain. Había que entenderse, mientras fuera tiempo todavía. Llevaron a Germain en un coche cerrado. Se le introdujo con precaución en el dormitorio de Barras. El conde no se decidía a apostar abiertamente por Babeuf y quería ocultar a Carnot su entrevista con el conjurado.

La conversación duró aproximadamente una hora. Sería más exacto decir que no fue una conversación sino un monólogo. Germain guardaba silencio o pronunciaba palabras que no significaban nada. “Tal vez”, “yo no sé”. “Tú lo sabes mejor que yo”.

- He oído decir que quieres derribar el Directorio. Es un error. Reflexiona. ¿Cómo pueden los patriotas estar en mi contra? Comprendo que nuestro Directorio esté lejos de ser un ideal. No era por eso que luchábamos. ¿Valía la pena derrocar a Capeto para ver cuatro o cinco años después a los emigrados vengarse de los patriotas?... Lo cierto es que las cosas son así. Yo soy el primer indignado; Nosotros no somos enemigos, Germain, somos camaradas. Nuestro propósito es derrotar a los realistas declarados u ocultos. Estoy rodeado de enemigos... Tú comprendes. Debemos concertar todas nuestras acciones. Cuando suene la hora yo iré hacia el pueblo; mi lugar no es aquí, en el Luxemburgo, sino en medio de los obreros del barrio Antoine.

El conde habló largo rato todavía de su devoción por la idea de igualdad. Germain se levantó al fin; estaba apurado. Al despedirlo, Barras le dio un permiso permanente para entrar al Luxemburgo.

- Para cualquier cuestión, entiéndanse conmigo.

La misma noche, Germain participó al Directorio Secreto su entrevista con Barras. Babeuf aprobó el nombramiento de Grisel como agente militar; él no conocía a Grisel pero a Barras lo conocía perfectamente. Hizo una mueca de disgusto:

- ¡Traidor! Derribó a Robespierre. Vendió a los héroes de Prarial. ¡Vil payaso! Se atreve a hablar de Igualdad, después de Teresa, después de los negociados de Ouvrard, después de los bailes del Luxemburgo. Si no pudiéramos vencer sino con su ayuda, preferiría la derrota...

Todos estaban de acuerdo, de modo que Barras no recibió ninguna respuesta de Germain. Comenzaron semanas llenas de inquietud: ¿Qué pasaría si estaban no sólo contra Carnot, sino también contra Barras?

La víspera del combate decisivo, dos hombres, en la noche, se agitaban con terror no sabiendo para qué lado encaminarse: eran el capitán de la semibrigada 38, Grisel, y el ciudadano Director Pablo Barras.

Grisel, que recientemente no entendía nada de política, sabía ahora quién era Drouet, quién frecuentaba a Cochon, cuáles eran las simpatías de tal o cual Director. Se había dirigido a Carnot, había lanzado un tiro certero.

Después de haber oído el relato detallado del traidor que comenzó contando cómo iba a casa de su tía y terminaba en los incendios premeditados, Carnot se enterneció. Sin repugnancia, estrechó la mano de Grisel: “¡Bravo, capitán!” Ordenó a Grisel que no abandonara a los conjurados, que vigilara el lugar donde se reunía el Directorio Secreto, para que pudiera sorprenderse a todos los criminales de una vez. Carnot, ese hombre pálido de pequeños ojos apagados, ese calvo, triste y picado de viruelas, exultaba. ¡Ahora no sólo exterminaría a esa banda de semilocos sino que pondría la mano sobre Barras! Grisel conocía las conversaciones del Directorio con los conjurados y naturalmente no había ocultado a Carnot ese detalle tan importante para ambos. ¡Para Carnot era mucho más importante comprometer a Barras que arrestar a Babeuf! Cuántas noches ha pasado Grisel reflexionando sobre la extraña conducta del conde y temiendo que Barras fuera más fuerte que Carnot...

Carnot decidió convocar una sesión del Directorio a la que Barras no asistiría. Eso no era difícil: el conde siempre trataba de esquivarse. Ante todo era perezoso y las sesiones lo fatigaban, sobre todo en verano, en tiempo hermoso. Más valía ir a cazar a Raincy o a Saint-Cloud con Teresa; pájaros, flores y amor. Barras no era peor que otros, él también amaba a Grecia, la vida simple, la leche caliente (esta última en poesía solamente). No había más que decirle: “Hoy no hay más que asuntos sin importancia” e inmediatamente él sonreía encantado y pretextando un dolor de cabeza, se retiraba.

En la sesión de los cuatro Directores se decidió que se agradecería a Grisel por sus sentimientos cívicos y se aprovecharían sus indicaciones para arrestar a los conjurados, incluso al diputado de los Quinientos, Drouet. Letourneur, como siempre, no dejaba hablar a nadie, rugía:

– ¿Qué importa que sea diputado? ¡A la guillotina!

Carnot comprendía que arrestar a Drouet y, más todavía, hacerlo juzgar, no era tan fácil. Suavizó el ardor de Letourneur:

-Ya veremos después. Lo principal es apoderarse de los documentos comprometedores de los conjurados. Sin lo cual todavía los perdonarían... Es que tienen protectores encumbrados...

Todos se callaron.

Reubell trató de hacerse el ingenuo.

– ¡No es posible! ¿Dónde? ¿Entre los Quinientos?

Larevelliere se echó a reír. Reía de manera desagradable, chillando.

– No, aquí, en la vecindad.

El nombre de Barras no fue pronunciado por nadie. Se habló de diferentes cosas. ¿Se podía tener confianza en Grisel? ¿Cómo organizar los arrestos? ¿Habría que movilizar el ejército? Fue elaborado un plan de acuerdo con Cochon. No faltaba sino que Grisel diera la dirección.

Grisel fue al día siguiente. Escuchó las felicitaciones del cuarteto. Cenó en casa de Carnot. ¡Esto ya no era la casa de la tía! Y no fue únicamente el vino gubernamental el que le subió a la cabeza: ¿dónde estaba?... ¡En el Luxemburgo! Sus sueños de niño comenzaban por fin a realizarse. ¡Qué candelabros! ¡Qué cristales! El presidente del Directorio conversa familiarmente con él. Es porque ha comprendido. Mañana será promovido a general. No sólo Bonaparte tiene suerte... Grisel adulaba a Carnot. “Sin usted, la Revolución estaría perdida”. Feliz, Grisel

sonreía: “Mi ascenso es seguro”. Aseguraba al Director: “Mañana sabré con exactitud la dirección...”

Sin embargo, había que salir de los departamentos de Carnot. Su entusiasmo reciente dio lugar al terror. En la escalera, vio el brillo de un sable, estuvo a punto de desvanecerse. Un portero lo detuvo a tiempo. ¿Y si hubiera sido Barras?... Una idea acosa a Grisel. Barras lo persigue, Barras lo hará matar. Se arrepiente ya de haber ido a Babeuf y también de haber ido a Carnot. ¡Cuánto más tranquilas eran las cenas de la tía! Ese cobarde, sin comprender bien lo que hacía, había caído en la arena de una riña revolucionaria que llegaba a su hora; tenía que temer al Directorio. ¡Linda situación!

Y Grisel desapareció. Carnot lo esperó en vano, como lo había esperado Darthé. Carnot empezaba a preguntarse si Grisel no lo había engañado. Quizá habría vuelto al ampo de los conspiradores.

Grisel, después de la cena de Carnot, en realidad había ido a la cena de Darthé. Se esforzó, pese a todo, por demostrar ardor.

- Lo principal es organizar bailes en las tabernas y embriagar a los soldados. El Directorio Secreto no tiene dinero. Pero yo he pensado en todo. Mi dinero (treinta y cinco mil francos) está en Abbeville, en casa de mi hermano; ya he escrito para que lo envíe. Además, nunca te hablé de mi primo. Es Popricourt, notario aquí en París. Es rico como el diablo y realista, se comprende. Muchas veces me ha ofrecido dinero para vestirme. “Imposible salir así, pareces un descamisado y no un capitán”. Naturalmente, he rechazado. Pero ahora le pediré diez mil como si fuera para el uniforme. Hay ya cuarenta y cinco mil. Con eso se puede pagar de beber a todo un escuadrón. En suma, yo respondo del campo de Grenelle.

Al final, Darthé le dice:

- Ven esta noche a una sesión decisiva. Dentro de tres días atacáremos. Hay que arreglar los detalles. Ven a las ocho. Es en la calle Saint-Honoré, 90, encima de una perfumería.

Grisel pregunta tímidamente, temiendo que Darthé sospeche:

- ¿Y encontraré el sitio? Es que no sé en casa de quién es.
- Encontrarás. Es el departamento de Drouet.

El mismo Grisel no está satisfecho de lo que ha preguntado. Soñaba sin cesar con descubrir el lugar donde se reunían los conjurados. Ahora tiene la dirección en sus manos. Sí, pero es en casa de Drouet. Drouet quiere decir Barras. Barras ya sabe todo. Barras lo va a matar.

Carnot volvió a ver por fin a Grisel. Apenas el capitán se tenía sobre sus piernas.

- ¿Qué tienes? ¿Estás enfermo?
- No, ciudadano Director. Estoy solamente cansado. Todo el tiempo en pie. Cumplo con mi deber. En casa del diputado Drouet... esta noche. Tienes que llegar por sorpresa... yo también estaré...

Reubell ha tenido tiempo de prevenir a Barras de la denuncia de Grisel. “El amigo de los Patriotas” no tenía prisa de ir al barrio Antoine a unirse con los obreros para salvar la República. No, rápidamente, había calculado todo. Carnot había sido más astuto que él. Era inútil que

Drouet estuviera con Babeuf. Grisel estaba con Drouet. La partida de los conjurados estaba perdida. Había que salir de allí. Ese Carnot conocía seguramente la visita de Germain.

En la primera sesión del Directorio, sin esperar el ataque de Carnot, Barras, rojo de cólera y de miedo, se puso inmediatamente a gritar:

- ¡Sé todo!... Yo también estoy contra los anarquistas... ¿Quién cerró el Panteón? Estoy rodeado de intrigantes. Pues bien, estoy dispuesto a aceptar el desafío. Iré ante la Asamblea. No tengo nada que ocultar. Obro siempre franca y abiertamente...

Durante largo rato se disculpó, juró fidelidad a sus colegas, amenazó con una escisión, con una dimisión, con un escándalo. Reubell, naturalmente, lo apoyaba. Letourneur hizo ademán de proponer una investigación, pero el mismo Carnot era partidario de un acuerdo. Aún sin escisión, aguardaban horas penosas al Directorio. ¿Quién sabía cómo recibiría París el arresto de Babeuf? Hay que convencer a los diputados para que entreguen a Drouet. Se acusa a Barras de inteligencia con los jacobinos. Pues bien, que haga arrestar a sus amigos secretos. Es más seguro y más eficaz. ¡Qué todo el mundo se aleje de Barras! Entonces, corresponderá a él, a Carnot, restablecer el orden.

Y Carnot tranquilizó a Barras: “¿Para qué tantas palabras amargas? Aquí, todos tienen confianza en él, todos lo estiman”. Larevelliere reprimió una sonrisa.

Pero Barras no podía tranquilizarse. ¿Y si se llega a saber que ha propuesto un concurso militar al general Rossignol o que ha dado a Germain un permiso para entrar en el Palacio? Barras, nervioso, mira continuamente Su reloj: ¡Van a ser las nueve!... ¡Van a apuñalearlo cuando menos piense! ¿Qué ocurrirá?

Y Grisel sigue la calle Saint-Honoré. A cada paso se da vuelta; le parece que el ciudadano Barras lo sigue.

CAPÍTULO XVII

FALSA ALARMA

Los Iguales supieron que los montañeses, diputados en desgracia, termidorianos desengañados de sus ilusiones relacionadas con el Termidor, se preparaban también para la insurrección. Tenían un enemigo común: el Directorio, pero sus propósitos eran diferentes. Los montañeses eran partidarios de la vieja Convención, de la lucha contra los realistas del Terror, del retorno a las leyes, a las prácticas, hasta a las canciones del 93. Las ideas de Babeuf les parecían una divagación: ¿en la Constitución “descamisada” del 93, el derecho de propiedad no era proclamado “sagrado”? No eran filósofos ni reformadores, sino solamente asiduos concurrentes a los clubes jacobinos ahora ociosos. Los dirigía Drouet. Este ni olvidaba los dos años que había pasado en la fortaleza. Lo seguían Javogues, Hugué, Ricord, el general Rossignol, todos, demasiado honestos para concebir que era Carnot, ese jacobino, quien hacía arrestar a los descamisados o bien, demasiado orgullosos para ceder tranquilamente su lugar a otros y retornar a su pequeño comercio o a sus legajos de notarios.

Babeuf y sus amigos trataban sin confianza a los montañeses; ¡no son verdaderos demócratas! Los Iguales honraban la memoria de Robespierre. Entre los ex diputados, no había uno que al

parecer no hubiera ultrajado después del Termidor al “tirano caído”. Sin embargo, en política, los sentimientos no tienen gran importancia, y los Iguales entablaron conversaciones con los montañeses.

Drouet o Ricord ni tenían ninguna ideología, de modo que permanecían mudos ante los razonamientos de Babeuf. No obstante, creían firmemente que el campesino francés no daría jamás su tierra por el bienestar común. Sobre los decretos de Babeuf, que eran lógicos y simples, era difícil discutir. ¡Pero que Babeuf trate pues de decir a Pedro o a Pablo que su huerta pertenece a la comunidad!... Los montañeses escuchaban tranquilamente las declaraciones de los Iguales: ¡Que se diviertan! otra cosa les preguntaba: ¿Quién entraría en el nuevo gobierno? Los Iguales reclamaban la autoridad de los pobres diablos, de los labriegos, los obreros, los artesanos. Sobre ese punto, los montañeses fueron irreductibles. Querían el poder para ellos. No tenían más que una consigna: “¡Viva la antigua Convención!”

Babeuf estaba indignado.

- No podemos hacer concesiones. ¿Vale la pena luchar tanto para que Francia sea gobernada por esa Convención que Robespierre llamó justamente “Asamblea de asesinos?” No, esas gentes ya han probado el poder, han humedecido sus labios en la copa, están envenenados. Hacen falta fuerzas nuevas, descamisados, no políticos, sino el pueblo.

Los Iguales tuvieron que hacer concesiones, sin embargo. En un consejo celebrado con los montañeses se decidió restablecer la Convención, pero complementarla con descamisados experimentados, a razón de uno por departamento.

La sesión decisiva, la última, debía celebrarse en casa de Drouet. Massard presentó el plan de la insurrección, aprobado por el Directorio Secreto. En el barrio Antoine, barricadas: si el gobierno apelara a los soldados de los cuarteles de Vincennes, éstos no podrían avanzar. El Luxemburgo tiene salidas subterráneas: hay que evitar que los Directores se escapen. Apoderarse de la colina de Montmartre; en caso de resistencia se puede bombardear desde allí a los aristócratas; en caso de derrota sería un punto de reunión. Formar un puente de barcas para unir los barrios Antoine y Marceau. Las mujeres y los niños marcharían adelante para que los soldados no tiren.

¿Qué día elegir? ¡Ay!, numerosos patriotas, según la vieja costumbre, respetaban el domingo. Lo mejor sería que un domingo coincidiera con un *decadé*: todo el mundo estaría entonces en las calles.

Los conjurados contaron sus fuerzas: revolucionarios, 4.000; miembros de los antiguos comités, tribunales, comisarios, 1.500; artilleros, cañoneros, 1.000; oficiales destituidos, 1.000; revolucionarios de provincias temporalmente en París, 1.000; granaderos del Consejo de los Quinientos, 1.500; soldados arrestados, 500; legión de policía, 6.000; inválidos, 1.000; en total, 17.500 hombres. Esa cifra alegra a todo el mundo: ¡17.500! Además, Grisel se apresuró a agregar:

- Sumen todo el campo de Grenelle. No trabajé del todo mal allí: soldados y oficiales, todos están con nosotros.

Se dividió el ejército insurgente en tres grupos. El tema era: abrirse paso hasta los campos de Grenelle y Vincennes. Allí se unirían al movimiento unos 8.000 hombres. Si la suerte se volvía contraria, construir barricadas, rociar a los agentes de la represión con agua hirviendo y vitriolo, lapidarios. Se agregó: proveerse de piedras.

De pronto, se oye un ruido de cascos en la calle. Soldados. Massard se precipita a la ventana y trata de levantar la pesada celosía. Drouet se lo impide: lo van a ver. Un minuto interminable. Por fin, el dueño de la casa, que ha pasado a una pieza oscura, grita: “Se han ido”. Falsa alarma, era una patrulla acostumbrada. Todos ríen y hacen bromas. Todos, excepto Grisel. Para él, el peligro no ha pasado, recién empieza: ¿Por qué no llega la policía? ¿Será posible que Barras salga vencedor?

¡La asamblea discute ahora sobre los medios de asegurar el abastecimiento de París después de la victoria. Grisel languidece: nueve y media, diez, ¡nadie! Ya se levantan los conjurados y dicen adiós. Van a ser las once, y después de las once las patrullas detienen a los transeúntes. Babeuf no tiene ningún pasaporte. Darthé le da el primer papel que encuentra. Drouet propone a todo el mundo:

– Quédense, vamos a beber una botella de borgoña.

Pero los conjurados rechazan; ¡no es el momento de pensar en el vino! Sólo Darthé se queda; tiene que conversar con Drouet acerca de las fuerzas de que disponen los montañeses: Grisel sale con todo el mundo. Se despide pronto y vuela al Luxemburgo. ¿Qué ha ocurrido?

Carnot le mira sin comprender:

– Has dicho a las once...

– ¿Yo? Dije a las nueve.

– Ahora Cochon estará aguardando allá.

– Pero no encontrará a nadie. De contraorden. Después de esta alerta su desconfianza redoblará... ¡Pronto, ciudadano Director!...

Carnot envía una estafeta con un papel. El hombre espolea a su caballo.

Demasiado tarde. El ciudadano Cochon entra ya en la casa donde habita Drouet. Toda la plaza Vendome está llena de jinetes. Los vecinos miran. ¿Qué es ese despliegue de tropas? ¿El enemigo? ¿Los realistas? ¿Una insurrección? Cochon fuerza la puerta, está dispuesto a hacer fuego, a echar mano del sable. Ve al diputado Drouet en zapatillas, que tranquilamente saborea un Borgoña con un paisano. Drouet se levanta. Ruge de indignación.

– ¡Los austríacos eran más comedidos conmigo! Forzar de noche el domicilio está prohibido aún en su Constitución. ¿Por otra parte, quizá ha olvidado, ciudadano Cochon, que soy diputado?

No le queda a Cochon otro remedio que inventar una historia estúpida y, después de haber pedido perdón, alejarse con todos sus soldados, sus jinetes, su instrumento guerrero y la orden del Directorio en el pecho.

Carnot y Grisel se acusan mutuamente. El presidente del Directorio y el pequeño oficial han olvidado ahora la diferencia de su rango. Ambos gritan: “No lo he dicho”. “Sí, lo has dicho”. “Nueve”, “Once”...

Babeuf se ha dormido. Por la mañana, Darthé lo despierta.

– Han ido a casa de Drouet. Hemos tenido suerte. Acabábamos de separarnos... ¿No será una traición?...

- ¿Quién no estaba allí? ¿Germain? Sí, pero conozco a Germain. Germain no puede traicionar. Es seguramente una casualidad. ¿Han convenido el día? Has hecho bien en despertarme. Hace tres horas que duermo y tengo que trabajar. El tiempo no espera. Debo terminar el decreto económico: el sistema de repartición de los brazos obreros... Que todo esté dispuesto para la hora de la victoria.
- ¿Y si fuéramos traicionados? ¿Si nos detuvieran antes del día fijado?
- Estás fatigado, Darthé, dices tonterías. Debemos vencer y venceremos.

CAPÍTULO XVIII

PARÍS SE CALLA

Al ver a Darthé, Grisel tuvo un escalofrío: se lanzaría hacia él, gritaría: “¡Eres tú!” y lo mataría. Pero Darthé le saludó amistosamente y lo invitó a tomar café; examinaron el medio de atraer al partido de los conjurados a los soldados del campo de Grenelle, y Darthé convocó a Grisel a una sesión.

- Creo que es más seguro de día. Por la noche, hay patrullas por todas partes. Mañana, nos reuniremos a mediodía. Es evidente que siguen a Drouet. He encontrado un lugar maravilloso. Es en la calle Papillon.

Grisel observó una pausa conveniente: luego, disimulando su emoción en un bostezo, preguntó:

- ¿En casa de quién? Es decir, ¿dónde? ¿Qué número? Darthé había cometido no pocas imprudencias: había introducido a Grisel en la conjuración, lo había hecho nombrar agente militar, y por último, le había indicado el departamento donde se ocultaba Babeuf. Pero ahora algo lo retiene. Contrariado, dice:
- ¿Por qué quieres saber todo por anticipado? Ven a mi casa a las once, estaré allí. Iremos juntos.

Grisel, naturalmente, no insistió. ¡Mal negocio! Si al menos pudiera descubrir la casa de Babeuf. Va a la calle Grande Truanderie. Trata de recordar dónde lo llevó Didier. Es aquí, parece... no, había una gran puerta ¿Aquí? Tal vez, y quizás allí también... ¡Que el diablo los lleve! ¡Todas las casas se parecen! Y además estaba oscuro... Grisel frunce el ceño y suspira melancólicamente. De pronto aparece Didier:

- ¿Por qué casualidad estás tú aquí?...

Grisel palidece, balbucea:

- Hay por aquí un zapatero que me hace botas...

Su voz se apaga. Solamente un criminal detenido por un policía puede hablar así.

Didier lo va a detener. Pero no, Didier está muy lejos de sospechar.

- ¡Ah! ¿Estás afónico?... Es difícil enseñarles teoría a los soldados. Sí, vamos, entremos en esta taberna, te pagaré un trago. ¡Eso sí que es bueno para la garganta!

¡Salvado otra vez! Con entusiasmo, Grisel bebe por la victoria. El resto del día lo pasa vagando por París con la esperanza de encontrar dos números: el de la calle Papillon y el de la Casa Truanderie. ¿Pero cómo saberlos?

Grisel se aflige por nada...

Y en el Luxemburgo hay gran agitación. Toda la tarde, los ciudadanos Directores han aguzado el oído con inquietud ante los ruidos de pasos: ¿Viene? ¿No viene? Su suerte está ahora en manos de un capitán sospechoso. El peligro los ha reconciliado a todos: Carnot no se querella más con Barras. Los Directores tratan de distraerse con las novedades políticas.

Delacroix dice que Rusia concentra su ejército en las fronteras de Finlandia. Los suecos están muy inquietos. Es muy probable una guerra allá.

- ¡Ah! Sería un buen negocio para nosotros. Que se peleen entre ellos. Por otra parte, Catalina tiene mucha simpatía por nosotros.
- Dicen que hasta el heredero, ese Pablo Petrovich, es un jacobino. En todo caso, vino a Francia de incógnito y estaba de parte nuestra.
- ¿Y en Italia, cómo andan las cosas?
- El rey de Cerdeña está dispuesto a ceder Tortona. Bonaparte trabaja...
- ¿Pero cómo es posible que no esté aquí? Ya son más de las diez.
- ¿Quizás lo habrán matado?
- O bien, más sencillo todavía, nos ha conducido por las narices para facilitar su trabajo.
- ¡Nada brillante!

Grisel llegó después de las once y llegó con las manos vacías: las casas no tenían números. Sin embargo, había una esperanza:

- Mañana, a eso de las diez, estén listos. Dispongan por todas partes policías, vestidos de civil, naturalmente. No es difícil descubrir a los conspiradores. Pero no es suficiente. Seguramente, Babeuf no irá, me lo ha dicho Darthé. Y luego, en las asambleas no hay documentos. Y en casa de Babeuf los hay a montones, yo mismo los he visto. No es una pieza, sino una cancillería. Es indispensable conocer el número de la casa de Babeuf.

Grisel pasa fácilmente de la humildad a la insolencia. Sentía ahora que esas gentes dependían de él. Trataba de disimular su pequeña estatura con una rígida actitud.

- En una palabra, ciudadanos Directores, ¡no tengan temor! ¡Pueden contar conmigo!

Grisel reflexionó toda la noche. Por la mañana, su plan estaba dispuesto. Para muchos, esa fue una noche sin sueño. Babeuf redactaba un proyecto de “Manifiesto al pueblo vencedor”. No podía concluir. Corregía palabras, caminaba en el cuarto, escribía de nuevo. Carnot también trabajaba. El presidente del Directorio, tranquilizado por Grisel, firmaba órdenes de arresto. Tenía la mano fatigada: durante la noche había firmado 245 órdenes de arresto. En la parte

superior de cada hoja estaba impreso: “Libertad, Igualdad”. Por otra parte, el ciudadano Carnot no leía esas palabras: ya estaba habituado a ellas. Con un placer particular, firmó la hoja sobre la cual estaba inscrito el nombre del secretario particular de Barras, el ciudadano Luis Bruto. Ese Bruto no tenía ninguna relación con los Iguales. Se decía de él que después de las sesiones del Directorio, robaba los cabos de bujías. Pero Cochon había puesto a Bruto entre los partidarios de Babeuf para molestar a Barras. Y Carnot sonreía: ¡Que se enoje un poco! Sabía muy bien que Barras, atemorizado, no intervendría en favor de su secretario. Barras, hasta sería capaz de dejar arrestar a su Teresa con tal de salvarse.

Por la mañana, Grisel fue a casa del ciudadano Clercx, donde Babeuf vivía anteriormente. Sabía que Clercx le transmitiría las cartas a Babeuf. Borroneó un mensaje: ¿Sería posible organizar hoy una sesión de agentes militares y sus suplentes? Grisel temía que estos últimos tuvieran todavía dudas sobre la fuerza de la organización. Agregó una posdata: “He olvidado el número de la calle Papillon donde se ha citado a la asamblea”. Rogó a la ciudadana Clercx que llevara inmediatamente ese mensaje a Babeuf. No se decidió a seguirla para ver adónde iba. Confió esa misión a uno de los agentes: “Una mujer de cuarenta a cincuenta años va a salir en seguida, irá por el lado del Mercado de Trigons. Sígala”.

Grisel, en su turbación, había indicado a Carnot una hora equivocada para la asamblea en casa de Drouet. Ahora se había equivocado nuevamente. Había apostado al policía ante otra casa. Este permaneció allí y esperó. No había ninguna mujer. Al final se cansó y se fue. Viendo que estaba perdido. Grisel decidió jugar el todo por el todo. El miedo le había dado valor. Se lanzó a la vivienda de Clercx.

- ¿Su esposa no ha vuelto? ¡Qué desgracia! Tengo un asunto urgente. Yo mismo iría a casa del ciudadano Babeuf, pero he olvidado el número. ¡Qué tontería! He ido tantas veces y ni me puedo acordar del número. Es que después de las fiebres, mi memoria flaquea...

Clercx lo consoló:

- Yo tampoco sé el número. Pero encontrara fácilmente. Torciendo por la calle Verderet, es el primer número. Una puerta falsa...

Grisel se fue. Volvió al cabo de una hora: seguía necesitando el número de la calle Papillon. Tomó la respuesta de manos de la Ciudadana Clercx. Babeuf proponía a Grisel que no ampliara el círculo de sus reuniones. ¿Para qué iniciar a tantas gentes en los asuntos del comité?... Esta parte de la carta no interesaba a Grisel. En cambio, en la posdata, Babeuf le daba la dirección exacta del ciudadano Dufour, calle Papillon, donde tendría lugar la reunión.

¡Victoria! Grisel entrega las dos direcciones al general vestido de civil. Y él se dirige, no a casa de los ciudadanos Directores, sino a la de su tía. Hoy prefiere la sopa de cebolla a todos los manjares de Carnot. ¿Y si los conjurados opusieran resistencia? ¿Quién sabe?... En casa de la tía estaba más tranquilo. Cuando se sepa claramente quién ha vencido, él se mostrará a plena luz.

El arresto de Babeuf había sido confiado al ciudadano de Ossonville, inspector general de policía. Una sola cosa había hecho célebre a ese Ossonville: sabía, contra honesta recompensa, borrar de la lista de emigrados cualquier nombre. Para dispersar los grupos de desocupados, era un maestro. Carnot, de acuerdo a las indicaciones de Grisel, había establecido un plano exacto del departamento donde se ocultaba Babeuf. La operación había sido cuidadosamente madurada. Había que arrestar al Tribuno del Pueblo sin hacerse notar: la calle de la Grande Truanderie no se encontraba cerca del Mercado. Era un barrio populoso. Todos conocían y amaban a Babeuf. No lo entregarían. Carnot tuvo una idea: había que hacer

difundir por medio de un agente la noticia de que se había descubierto toda una banda de ladrones.

Los agentes se pusieron en campaña inmediatamente. En el Mercado, en las tabernas vecinas, en las calles, empiezan a urdir las historias más inverosímiles. ¿Recuerdan que desvalijaron a la viuda Lucien? ¿Y la tienda de la calle Verderet? ¡Pues bien, son siempre esos mismos bandidos!... Dicen que son extranjeros, belgas, según parece. ¡Vaya el diablo a saber!... Felizmente los han pescado...

Los agentes un poco más listos habían pronunciado discursos patrióticos:

- Al fin, alguna vez detendremos a los bandidos. ¿A quién se arresta siempre? A las buenas gentes, los patriotas, los obreros. Y los ladrones están en libertad, no se oye más que hablar de ellos. Ya es tiempo de volver a la razón.

Compañías de infantería, pelotones de caballería estaban disimulados a la distancia. Todo parecía arreglado. Pero el ciudadano de Ossonville recorre la ciudad. A pesar de todo, existen las leyes. La policía debe estar acompañada por un magistrado. Va a casa del ciudadano Lefrancois. El juez de paz de la sección de Bruto.

- Le ruego que asista a un arresto.
- ¿De quién?
- ¿Qué le importa?... Al arresto de criminales, de anarquistas. Por orden del Directorio.

El ciudadano Lefrancois es un buen hombre. No es un conjurado, pero no es tampoco un Grisel. Indignado, responde:

- ¿Quiere que tome parte en el arresto de patriotas? ¡Jamás! ¡Antes presentaré mi renuncia inmediatamente!

No hay tiempo de discutir. Ossonville se dirige a otro juez de paz, el de la sección del Contrato Social.

- ¿Arrestar patriotas? Perdón... no puedo, estoy enfermo. Tengo crisis cardíacas.

Más allá... el juez de paz de la sección Buen Consejo.

- Tiene obligación de acompañarme. La calle de la Grande Truanderie está situada en su sección.
- ¡Por nada del mundo! Puede quejarse de mí, exonerarme, todo lo que pueda imaginar, pero no iré con usted.

Ossonville encontró por fin un hombre obediente. A decir verdad, no era un juez, era el comisario de policía de la sección de Bruto. Con él, la conversación fue breve.

- ¿Está dispuesto?

Once de la mañana. Los conjurados se dirigen hacia la casa de Dufour, en la calle Papillon. Los policías se disimulan en los patios vecinos. Babeuf y Buonarotti no asisten a la reunión. Babeuf no sale durante el día: todos los policías conocen su rostro.

Babeuf termina el manifiesto “Al pueblo victorioso”. No oye nada: Ossonville ha dado instrucciones para que se retengan los caballos en la calle Verderet para no dejar a los conjurados el tiempo de destruir sus papeles. Se desliza sin ruido por la escalera.

Un toque de campanilla. Es la dueña de la casa, la ciudadana Tissot, quien viene a abrir.

- ¿Su marido está en casa?
- No, ha salido.

Ossonville aparta rápidamente a la mujer y enfila el corredor corriendo. Una puerta a la izquierda. En la pieza: Babeuf, Buonarotti y Pillé, el copista de Babeuf. Babeuf escribe. Viendo a los policías se levanta, tiene aún la pluma en la mano. Ha tenido tiempo de escribir: “¡Pueblo triunfador!... ¡liberado y victorioso! Entrégate sin miedo a tus impulsos, tus amos ya no existen”. Ossonville ordena:

- ¡A las ventanas!... Están prisioneros. En caso de tentativa de resistencia o destrucción de documentos, doy la orden de tirar.

Babeuf, todavía pensando en las palabras resonantes del manifiesto “al pueblo victorioso”, dice melancólicamente:

- Se acabó... La tiranía vence.

Luego, fuera de sí, grita a Osssonville:

- ¿No tienes vergüenza? ¿Por qué obedeces a tus amos como un perro?

Ossonville responde orgullosamente; por algo está rodeado de subordinados:

- Obedezco a un gobierno por el que se ha pronunciado francamente el pueblo, y les ruego que no discutan conmigo.

Se han recogido los papeles y están bajo la vigilancia de los centinelas. ¿Pero cómo hacer salir a los prisioneros? ¿Si la gente reconociera a Babeuf? La calle está invadida por el pueblo. Aquí todo el mundo adora a Babeuf. Sin embargo, nadie sabe que se encuentra en esa casa, que está arrestado, que lo van a llevar en seguida en ese coche. Los espías gritan:

- ¡Bravo! ¡No dejen escapar a esos ladrones, esos asesinos! Han encontrado gran cantidad de dinero...

Policías de alta estatura rodean a Babeuf, lo arrastran, lo arrojan al fondo del vehículo. ¡La farsa está representada! Nadie ha reconocido al Tribuno del Pueblo. Buonarotti trata de gritar, pero un rugido de los policías cubre su voz.

- ¡Ladrones! ¡Bandidos!

La multitud hace coro.

- ¡Mueran los asesinos!

Con escolta segura, los presos son conducidos a la prisión de la Abadía. Pronto llegan otros coches a las puertas de la cárcel: son los conjurados que han caído en la calle Papillon. Drouet, Darthé, Germain, Ricord, Didier. Por la tarde, todas las celdas rebosaban de detenidos.

Carnot redactó un manifiesto “a todos los ciudadanos de Francia”. Decía que un complot criminal se había descubierto, que Babeuf y sus secuaces soñaban “con un saqueo general y las más terribles masacres”.

Grisel había dejado a su tía y se dirigía como triunfador hacia el Palacio del Luxemburgo.

Todos los ciudadanos Directores lo felicitan. Hasta Larevelliere ha olvidado la ironía que le es habitual.

– No, sabemos cómo recompensar su hazaña heroica.

Grisel hace remilgos. Muestra su corazón.

– Mi recompensa está aquí.

Hace una declaración de amor a Carnot:

– Le soy fiel como la hiedra al roble.

El “roble” guiña sus ojitos minúsculos y palmea tiernamente el hombro del héroe nacional. Grisel se aturde. Ve un uniforme de general, oro, los saludos de las multitudes, las sonrisas de las mujeres, oye ovaciones, ve la gloria.

¿Y París? París se calla. Como siempre, brillan por centenares las luces de los cafés y de los bailes. Como siempre, los pobres hablan del plan y los petimetres de la nueva moda; pronto el vals reemplazará a todas las otras danzas, es mucho más agradable, el caballero estrecha a la dama fuertemente... La victoria de Bonaparte en Lodi, inflama a los estrategas y la cuestión de la actitud que adoptará el Consejo de los Quinientos ante el arresto de Drouet, interesa a los políticos. Los agiotistas se alegran de la nueva caída de los asignados. El luís de oro está hoy a ocho mil doscientos y las mujeres del barrio Marceau están consternadas: el pan vale treinta y cinco libras la libra.

Pero, ¿y el arresto de Babeuf?... Los enemigos del pueblo han puesto la mano sobre Gracus, el jefe de los descamisados, el predicador de la Igualdad, el defensor, el amigo, el Tribuno. ¿Oyes, París?...

París se calla. Unos se alegran, otros, con aire sombrío, aprietan los puños: “¡Traidores!”... Sin embargo, las calles están tranquilas. Nadie grita: “¡Libertad a nuestro Babeuf!” Nadie. Alrededor de la prisión de la Abadía: el silencio, la noche, los centinelas, las estrellas. París está exangüe. ¿Cuánto puede exigirse de una sola generación? El 14 de julio, el 30 de agosto, el 31 de mayo, el 12 Germinal, el 3 Prarial, todas esas jornadas se llaman ahora “días históricos”. ¿No son demasiado numerosos esos días históricos para siete años de calendario y para una simple vida humana?

– ¡París, defiéndete! ¡Van a matar a Babeuf!...

Se oye: “¡Centinelas, en guardia!”, luego, sigue el silencio. París se calla.

CAPÍTULO XIX

ODIO Y AMOR

El silencio puede expresar muchas cosas, y Babeuf oye su voz. El guardián mira con aire sombrío a ese nuevo prisionero que camina incesantemente: ¡es el demonio! ¡Cuán terrible puede ser una noche de mayo! Babeuf no está preparado: en aquella lejana noche de verano cuando la multitud rugía en torno a una linterna oxidada, cuando por primera vez, la revolución habló a Babeuf, él comprendió qué fin le reservaba el destino. En los días de huracanes cívicos, sólo los santos y los cobardes mueren en sus lechos. Revolución significa muerte. No, lo que le aflige no es la muerte de Babeuf que se llamó Francisco, luego Camilo, luego Gracus, que tiene treinta y cinco años, una mujer, hijos, ojos azules, una cicatriz en la mejilla derecha; que recuerda a su padre, el mayor, el bosque cerca de Roye, los libros de Rousseau y el beso de Grisel. El hombre morirá. Otra cosa lo preocupa: la muerte de la Revolución.

París se calla. El Directorio, una vez más, eliminará a centenares de patriotas. ¿Y después?... La aristocracia, Luis XVIII, los austríacos, Pitt, los asesinos de Coblenza en el Rin y de Coblenza en los bulevares de París. ¿Es posible que esos cinco ciegos no vean adónde llevan el país? ¡A los pies de la monarquía, ni más ni menos! Si los Iguales perecen, con ellos perecerán no solamente los sueños de felicidad común, los montones de papeles escritos, y algunos corazones nobles, no; con ellos perecerá la Revolución.

¿Quién quiere matarla? ¿Los chuanes? ¿Los extranjeros? No. Barras, Carnot, Reubell, todos viejos jacobinos; el enemigo de la Iglesia, Larevelliere; el montañés Letourneur, todos habían votado la muerte de Capeta. Cinco de los suyos. Quizás entre los “Cinco” se encuentre un ciego que no sea un traidor. El deber de Babeuf es abrirle los ojos. Que al menos sepa a quién quieren matar.

– ¡Una pluma, papel, pronto!

Gracus Babeuf escribe:

“¿Mirarían frente a frente, ciudadanos Directores, y tratarían conmigo de potencia a potencia? Han visto ahora cuál es la fuerza con que cuento. Han visto cómo mi partido puede medirse con el vuestro. Han visto qué inmensas ramificaciones tiene. Estoy absolutamente convencido de que esta idea le ha hecho temblar...”

De pronto, una idea sobresalta a Babeuf, ¿y si esos desdichados fueran a creer que él quiere justificarse, que teme su venganza? Escribe:

“¿Qué ocurriría si este asunto apareciese a la luz del día? Yo desempeñaría el más glorioso de todos los papeles: demostraría con toda la grandeza del alma, con toda la energía que saben, la santidad de la conspiración en la que jamás he negado participar. Podrían condenarme al exilio, a la muerte; pero mi condena sería en seguida considerada como la venganza del crimen poderoso contra la virtud débil. ¿Quieren prepararme desde el día siguiente de mi suplicio, altavoces como aquellos en que se adora hoy como a ilustres mártires a Robespierre y a Goujon? ¿Pretenden librarse totalmente de esa vasta secta de descamisados?... Necesitan un partido que les apoye, y, sacando el de los patriotas, quedaran exclusivamente frente al realismo... Es todavía tiempo... No crean que es interesado el paso que doy... La muerte o el exilio serían para mí el camino de la inmortalidad y marcharé a ellos con un celo heroico y religioso; pero mi proscripción y la de todos los demócratas no constituiría para ustedes ninguna ventaja y no aseguraría la salvación de la República.

“¿No merecerían esos patriotas, que en lugar de agravarles sus heridas, se piense por fin en curarlos?”

Babeuf escribe largo tiempo. Demuestra, persuade, amenaza, promete el perdón a esos cinco insensatos si se vuelven de pronto verdaderos patriotas. Su carta parece una divagación. Es el juicio de un vendedor y no la súplica de un prisionero. Como siempre, es excesivamente presbitero. Ve la ruina de la República, la desilusión del pueblo, el poder del militarismo, la victoria de los realistas vengativos y mezquinos. Pero, precisamente, no ve ni la traición de Barras, ni la pesada seguridad de Carnot, ni la baja mezquindad de Reubell. Había de salvar la República a hombres que, sin rumbo alguno, envían a Cayena a sus amigos de ayer, por la única razón de que esos amigos no han querido o no han podido traicionarlos a tiempo.

No, no era Babeuf quien había tenido la idea de rociar a los soldados con vitriolo, pero es Babeuf el que escribe al Directorio ese mensaje ingenuo, risible, si se quiere... Este hombre no era un político de café, tampoco un Tribuno, era un apóstol.

En el primer interrogatorio, Babeuf dirá:

- Íntimamente convencido de que el gobierno actual es opresor, hubiera hecho todo lo que estaba en mi poder para derribarlo. Me asocié con todos los demócratas de la República. No es mi deber nombrar a ninguno.

El juez de instrucción:

- ¿Por qué medios querían alcanzar su propósito?
- Todos los medios son legítimos contra los tiranos. No tengo por qué dar detalles de los medios que hubieran sido empleados.

París seguía en silencio. Es verdad que alrededor de la prisión de la Abadía se reunían los patriotas todo el día. Pero no tenían fusiles en las manos, ni siquiera piedras. Atemorizados, se hacían a un lado cuando aparecía un pelotón de dragones.

Por orden del Directorio, los principales conjurados con excepción de Drouet, fueron trasladados a la prisión del Temple. Se les encerró en celdas individuales y se reforzó la guardia para que no se comunicasen entre ellos, ni con los Iguales que estaban en libertad.

El arresto de Drouet inquietaba bastante al Directorio. Es la verdad que el Consejo de los Quinientos, asustado por el mensaje del Directorio, entregó en seguida al diputado; pero asimismo, Drouet tenía muchos amigos, no solamente entre los obreros del barrio Marceau, sino también entre los altos personajes de la República. Nada unía a los Directores y Babeuf.

Cuando en la sesión del Directorio, Carnot dio lectura a la carta, Barras se echó a reír:

- ¡Loco!... y cobarde... Dice que está dispuesto a morir, pero en realidad, tiembla por su pellejo.

Se puede injuriar a Babeuf, se puede manchar su nombre y sus ideas para decir a los moderados: “Vean de qué nos hemos salvado... ¿Quién tomará la defensa de Babeuf? ¿Los miserables de París? Pero el Directorio ha comprendido el silencio del pueblo; ha comprendido que la sangre, el énfasis, los discursos, las prisiones, el hambre, han devastado el alma de la Revolución. Puesto que es así, no hay por qué tratar con guantes a Babeuf.

Drouet es otra cuestión. Este hombre tiene pocas ideas. Cuando había subido a la tribuna del Consejo de los Quinientos, Babeuf le escribía el discurso, y Drouet lo leía, Tenía una voz sonora y un nombre también sonoro. Era amigo de Barras. Era un calavera. Si lo ponían contra una pared, seguramente, se defendería. Conocía muchas cosas sobre la vida cotidiana del Luxemburgo: intriga, escándalos traiciones. En libertad, Drouet sería ahora inofensivo. ¿Qué es él sin Babeuf? Un uniforme de gala en una valija... Pero ante el tribunal, Drouet es más peligroso que cualquiera. Los otros son simplemente descamisados, él es el diputado, el cautivo de Spielberg, el favorito de todos. Más valdría librarse de él. El asunto seguía su curso. Ante el Directorio fue planteada la cuestión del tribunal. ¡Sobre todo que no sea en París!... Sobre ese punto, Drouet les favorecía. Era diputado, luego, el juicio era de la jurisdicción de la Suprema Corte de la República que debía reunirse a una cierta distancia de la residencia del gobierno. Los Directores se ocuparon de geografía: ¿Bourges? ¿Vendome? ¿Amiens? Aun sobre la elección de una ciudad les era difícil entenderse. Por fin se pusieron de acuerdo sobre Vendome: una ciudad tranquila, grandes cuarteles en los cuales podían instalarse algunos regimientos. Además, en Vendome, los patriotas eran poco numerosos.

¿Pero qué hacer con Drouet? Latourneur repetía: fusilarlo...

El ministro Cochon se había puesto ahora definitivamente de acuerdo con los realistas; quería agrandar el asunto. Había que aprovechar la ocasión y complicar en la conjuración a todos los antiguos jacobinos, con Tallien y Freron a la cabeza. Talliendo, el "héroe de Prarial", y Freron, el jefe de la *Juventud Dorada*, que para los realistas seguían siendo jacobinos.

Barras no pudo resistir: ¿Por qué Tallien? ¿Por su pasado? ¡Pero entonces exigirán mañana que lo juzguen a él!... ¡Todavía las tretas de Carnot! ¡Que juzguen a los Iguales, que el diablo los lleve! El conde Barras no es un anarquista. Pero no hay ninguna razón de mezclar a Tallien en ese asunto... Drouet se había equivocado. No estaría mal lavarle un poco la cabeza, pero juzgarlo – ¡imposible! Todo eso es una cadena: después de Drouet, Tallien; después de Tallien, Barras, Reubell, Fouchet...

Sesión del Directorio, Cochon acude:

– ¡Desgracia! ¡Drouet se ha evadido!

Letournier aúlla:

– ¡Hay que hacer una investigación! Seguramente hay allí algo que no está claro. ¿Cómo puede uno evadirse de una prisión? ¿Por qué no lo pusieron en el Temple?

Barras se calla. Está acostumbrado a las salidas de Letournier. Es un palurdo... Cochon no puede calmarse:

– Yo también estoy convencido de que hay complot. El guardián lo ha visto a las seis y, a las siete y media la celda estaba vacía. Es imposible que en ese tiempo haya podido limar los barrotes. Y luego, el descenso es inconcebible: son cuarenta y cinco pies.

Al final interviene Barras:

– No comprendo su emoción, ciudadano Ministro. Drouet intentó evadirse de una fortaleza austriaca; no es sorprendente que se haya evadido de la Abadía. Es un hombre valiente. De todos modos, es una suerte para nosotros: sin Drouet, el proceso de Babeuf será mucho más tranquilo.

Quizás, en el fondo de su corazón, Carnot no estaba de acuerdo con Barras, pero no le quedaba más remedio que aprobar. Drouet estaba en libertad. Todo París reía: eso estaba marcado como el papel de música. Drouet salió tranquilamente de las puertas de la prisión, una patrulla lo detuvo.

- ¿No han visto a un prisionero que se escapaba a todo correr?
- No, ¡por otra parte, no está en mis principios detener a los prisioneros que se escapan!

Buscaron a Drouet para guardar las formas. Naturalmente, no lo encontraron.

Después de todo, Barras era Director, y los agentes de Cochon no tenían derecho de registrar en el Palacio del Luxemburgo.

Evadirse de las prisiones de la República, sin ayuda de arriba, era muy difícil. Los Iguales que estaban en libertad trataron de organizar la evasión de Babeuf y sus compañeros; hasta sobornaron a un guardián, pero uno de los centinelas los vendió a todos.

Sucedieron largos meses de espera, de inacción, de soledad. Babeuf había logrado establecer una correspondencia con su mujer y con Le Pelletier. Sabía cómo había acogido París el arresto de los Iguales: las calumnias de los periódicos, el mensaje del Directorio. Experimentó un nuevo sentimiento: la desesperación. La soledad se apretaba alrededor de Babeuf. Los periódicos demócratas que, recientemente, sostenían al “Panteón”, trataban ahora de demostrar en sus publicaciones que Babeuf era un espía. Louvet escribía: “El demócrata Babeuf no es sino un realista disfrazado... ya decía yo lo mismo de Marat y de Hébert”. Real decía: “Babeuf es el hombre del extranjero, sí, es el hombre de los reyes”. Dubois-Crancé: “El golpe que ha recibido Babeuf ha resonado a lo largo de toda la cadena hasta Londres, y he aquí otros miles de guineas gastadas a pura pérdida”.

Así hablaban de Babeuf, no los realistas, ni siquiera los partidarios de Carnot, sino los demócratas. Los nombres de algunos conjurados no eran conocidos por Grisel. Habían escapado, pero guardaban silencio. Nadie defendía el honor de Babeuf.

Babeuf soñaba con la felicidad común. Creía en la bondad de la naturaleza humana. Ahora, no ve más que bajeza y cobardía, calumnia de los enemigos y silencio de los amigos. Su alma está llena de una desesperación tan fuerte, tan violenta como era su fe reciente. Se da vuelta cuando el carcelero le lleva su escudilla de sopa; no quiere ver a los hombres. Tampoco piensa en su mujer, en sus hijos. Y allá, fuera de los muros de la cárcel, todo es pena y llanto. La mujer de Babeuf ha soportado valerosamente todas las pruebas. Pero al final, ha perdido el ánimo. No solamente no tiene nada que dar de comer a sus hijos, sino que tampoco tiene ahora para qué vivir. Su marido está preso y todo el mundo dice que, esta vez, lo van a guillotinar. Le escribe a Babeuf que no puede vivir así, que quiere morir.

La respuesta de Babeuf es cruel, terrible. Hay que saber cómo quería ese hombre a su familia, cómo se preocupaba siempre de la salud de su mujer, de la educación de sus hijos, tanto en prisión como en su reclusión voluntaria, para comprender el horror de estas cortas líneas, “... hoy, siendo buen patriota como tú sabes, el amor de la patria ahoga en mi cualquier otro amor. Siendo siempre sincero, te confesaré que nosotros, jacobinos ardientes, no somos nada tiernos, sino que por el contrario, duros como el diablo. Es por eso que diciéndome que estás decidida a morir, no puedo responderte otra cosa que: muere si es tu voluntad”.

El arrebató se calma. Babeuf busca ávidamente la firmeza en los otros, la ternura en sí mismo. A su lado está Buonarotti. Están separados. Buonarotti también tiene su mujer que está en libertad y se llama Teresa; es joven, inexperta, está sola. Buonarotti no tiene solamente un

hermoso rostro y un cuerpo bien proporcionado, sino que todo en él es armonioso. No conoce el renunciamiento, la serenidad, el frenesí de Babeuf. Está consagrado a la Igualdad. Piensa tranquilamente en la muerte. Pero las pasiones cívicas no han matado en él su otro amor. La imagen de Teresa no abandona su celda. Sobre trozos de papel escribe tiernas misivas: “Caro objeto de mi amor, tus penas son el tormento de mi conciencia, que por otra parte no tiene nada que reprocharse... Valor, mi tierna esposa, sé digna de un hombre de bien que el orgullo y la tiranía quieren inmolar... Mi amor por ti no fue jamás tan ardiente. ¡Pobre Teresa! ¡Ah, vierto lágrimas al pensar en ti! Si pudiera tener tu retrato... ¡Ay! ¡Adiós! Sufrimos por la verdad y la justicia”.

Al leer esos garabatos escritos en un papel que vino cosido en un pantalón o en un chaleco, Teresa llora, pero sonrío al llorar; una mujer tiene derecho a estar orgullosa de semejante amor.

El tiempo marcha. Ya viene Mesidor. El verano agotador se ha deslizado en las celdas. Babeuf está tranquilo ahora. Es la calma de la desesperación. Escribe a su amigo Le Pelletier: “no te asustes al ver estas líneas, trazadas por mi mano... Soy un ser de quien todo se aleja... sin embargo, mi conciencia me dice que soy puro”.

Escribe y reflexiona: ¿Quizás Le Pelletier lo traicionará también? No, Le Pelletier es honesto, tiene el alma recta. Escribe: “Cuando mi cuerpo sea devuelto a la tierra, no quedará en mí más que una cantidad de proyectos, notas, esbozos, escritos democráticos y revolucionarios... cuando se vuelva a pensar de nuevo en los medios de probar al género humano la felicidad que nosotros le proponíamos, tú podrías buscar esos papeles y presentarlos a todos los discípulos de la Igualdad, a aquellos de nuestros amigos que conservan nuestros principios en sus corazones; podrías presentarles, digo, en memoria mía, la colección de los diversos fragmentos que contienen todo lo que los corrompidos de hoy llaman mis sueños”.

Habla de la traición de los demócratas, de sus calumnias, dice que nadie quiere comprenderlo. Confía a su amigo Le Pelletier, su mujer y sus hijos. Su hijo mayor quiere ser obrero impresor. Babeuf pide a Le Pelletier que lo ayude.

¿Y el menor? Es todavía demasiado pequeño para que se pueda saber... Sí, los dos serán honestos artesanos. Pero él no pide sino una cosa: pronto van a llevarlo a Vendome. ¿No sería posible dar a su mujer y a sus hijos los medios de seguirlo? Quisiera que estuvieran cerca de él hasta el último minuto.

Allí Babeuf deja la pluma. Con la cabeza baja, camina mucho rato en su celda. Nadie lo ignora: ni los carceleros ni la historia. Babeuf, Francisco, el buen Francisco, puede ahora llorar tranquilamente.

Ya muy tarde, en la noche, agrega: “mi pensamiento los ha seguido hasta el reposo de la nada”, y la negra nada, la nada que ahoga, pasa por la ventana y le penetra en los ojos, en el alma... ¿Quizás la lámpara se ha apagado? ¿Tal vez el detenido Babeuf, agotado por su esfuerzo, se ha dormido?...

El día de la partida llegó por fin. Se encerró a los prisioneros en jaulas especialmente preparadas para ese objeto. Tres años antes, no se hablaba en París sino de la ferocidad de los austríacos que habían encerrado a Drouet en una jaula. Era una invención de las comadres revolucionarias. Aquello que se había atribuido a los austríacos lo realizaba el gobierno de la República. Se exponía a los acusados, como bestias feroces, a las burlas de la multitud.

Los obreros maldecían al ver a Babeuf enjaulado. Se daban vuelta o gritaban con una tierna desolación: “Valor, Gracus”. Y la bazofia del Palacio de la Igualdad, los agiotistas, los periodistas que ayer no más reclamaban el castigo de todos los aristócratas, los nuevos ricos,

los petimetres, los jóvenes que desertaban de la conscripción, toda esa basura adornada y perfumada, gritaba: “¡Mueran los bandidos!” “¡Mueran los terroristas!”

Algunas mujeres con sus niños los seguían. Teresa Buonarotti, la aristócrata, y María Babeuf, la sirvienta, se habían tomado de la mano, unidas por un común e inmenso dolor. Caminaron tres días. Cuando llegaba la noche, ellas lloraban -eran mujeres-. Durante el día, sonreían porque ellos las miraban desde la jaula: no eran ya mujeres solamente.

¿Qué tiempo abyecto y sublime!

CAPÍTULO XX

EL ATAQUE DE GRENELLE

Después del arresto de los jefes, los patriotas se habían dispersado. Ya no tenían énfasis ni organización.

Uno decía al otro: “Sin embargo, no podemos estar con los brazos cruzados, hay que obrar”. El segundo aprobaba de buen grado y ambos continuaban injuriando a Barras en algún café donde, sin saberlo, se encontraban rodeados por los agentes de Cochon.

Indudablemente, el descubrimiento del complot no había podido calmar el descontento del pueblo. Como antes, los obreros se reunían por la noche en los puentes. Gritaban:

– “Robespierre o el rey, nos da lo mismo, con tal que tengamos algo para llevar a la boca.

París siempre parecía un volcán. Pero eran pocos aquellos que adivinaban que ese volcán humeante estaba a punto de apagarse.

Ahora el Directorio hacía proposiciones a los realistas, como las había hecho a los patriotas después del Vendimiario.

Los principios, así como los cargos ventajosos, daban lugar a regateos: Carnot se inclinaba al paso de nuevos clientes. Nombra administradores, comisarios, jueces a los realistas. Los emigrados habían dejado de ocultarse. Se mostraban a la luz del día en los salones parisienses.

Una vez más la Iglesia amenazaba, olvidándose de los mártires y de las catacumbas: antes de Pascua, los comerciantes de París recibieron un mensaje anónimo: “Si no cierran sus puertas el día de fiesta, serán contados entre los jacobinos”.

Todos los periódicos influyentes estaban en manos de los adversarios de la República.

Si los realistas no intentaron apoderarse del gobierno, fue únicamente porque estaban incapacitados por una apatía general.

Después de haber leído la carta de Babeuf, los Directores habían prestado oídos de mercader. Ahora ya no era un anarquista, sino Hache, un general republicano, quien decía las mismas palabras: “Muchos de sus amigos les han abandonado; no esperen que el resto se entregue a

la desesperación y se pierda queriendo salvar ilegalmente a la República... ¿Quién vendrá a hablar de terroristas? ¿Dónde están? ¿Dónde está su ejército? El de los chuanes está en todas partes"... Las banderas blancas reaparecieron en las calles de París. El Directorio respondió festejando fastuosamente el aniversario del 9 Termidor. Larevelliere, el giboso, gustaba particularmente de los cortejos majestuosos, las guirnaldas, los fuegos artificiales. Se ponía con placer su bicornio de gala. Hubo poca gente. Cuando los ciudadanos Directores gritaron: "¡Viva la República!", nadie hizo eco. Es que los amigos de la República odiaban al Directorio; en cuanto a sus enemigos, preferían otras consignas más sinceras.

Naturalmente, la policía trabajaba como de costumbre. En presencia de los realistas, se abstenía: los realistas tenían dinero y relaciones. En cambio, arrestaba a los grandes criminales: así, por ejemplo, se detuvo a la vieja cocinera de un ex conde de Chalabre; se le había encontrado en el pecho un medallón con el retrato de Marat, el bandido.

No todas las ex cocineras ni los ex porteros habían continuado honrando la memoria del Amigo del Pueblo. Algunos habían hecho carrera y despreciaban su pasado. Se ganaban muy bien la vida. El ciudadano Piot, en el correr de un año, había economizado haciendo especulaciones como para adquirir dos casas en París, cien hectáreas de tierra en Courtevoie y dos almacenes, uno en Marsella y otro en Burdeos. Había muchos Piot. Apoyaban al Directorio contra los descamisados y contra los emigrados.

El París que comía a su antojo continuaba deleitándose con la vida, las lanzas y los deportes. Los locales de bailes públicos llegaban a 1.800. Esa pasión también se había apoderado de los obreros. En los sótanos llenos de humo de Saint-Antoine, la tonelada de los "Lanceros" había reemplazado a los discursos jacobinos. Varios miles de espectadores se reunían en las luchas de atletas, en las carreras, en los juegos celtas: vivir, correr, saltar, girar, no pensar, no pensar en nada...

El pequeño Coblenza estaba revolucionado por una nueva moda. Teresa Tallien había decretado que la camisa era un prejuicio estúpido. La camisa sólo servía para disimular el antiguo encanto del cuerpo. Todas las *merveilleuses* siguieron inmediatamente su ejemplo. Solamente los anillos, los brazaletes, los collares, las cadenas, revelaban ahora la situación social de la amiga del conde de Barras. Talleyrand, habiéndola visto un día, suspiró lleno de respeto: "Imposible estar más lujosamente desvestida"...

Se vio aparecer un gran número de nuevos vehículos. Los peatones se quejaban: era peligroso atravesar la calle, se corría riesgo de hacerse aplastar. Frente a la entrada del Luxemburgo se reunían en grupos los curiosos. Miraban los coches, los jinetes, los caballeros y las damas con vestido de ceremonia: eran los invitados que llegaban. Hay baile hoy en casa del conde de Barras. Entre los curiosos estaban aquellos que aún no hacía mucho estrechaban amistosamente la mano de ese jacobino de Barras. Ahora no tenían ni situación ni pan. Murmuraban. Ellos eran mucho más numerosos que los invitados. ¡París cuenta con más hambrientos que bailarines! Pero el hambre es muda, mientras que los músicos tienen tambores y trompetas.

Los patriotas continuaban razonando: "Habría que arriesgar el golpe"... Parecían esperar un milagro. Estaban sombríos y temerosos. Pero, ¡aquí está el milagro! ¿No es así como hay que llamar la gran noticia que un patriota transmite a otro?: "El campo de Grenelle está con nosotros. Los oficiales y los soldados esperan que vayamos a fraternizar con ellos. Nos recibirán con los brazos abiertos. Derribarán el Directorio. Debemos ir".

Naturalmente, los espías de la policía hacen coro: "Esa es una buena idea..." ¿Quién sabe? Tal vez el milagro había surgido en el escritorio del ciudadano ministro de Policía Cochon.

El Directorio conoció inmediatamente el nuevo plan de los patriotas. Carnot se regocijó: “Es indispensable dar un golpe decisivo a la anarquía”. Carnot hablaba poco en las sesiones de los “Cinco”. Prefería las conversaciones íntimas con el ciudadano Cochon.

¿Qué hacía mientras tanto Barras? Como siempre: daba vueltas, tergiversaba, vacilaba. Decía a Carnot: “Sí, es indispensable una represión”, pero en el fondo del corazón temía un nuevo triunfo del Directorio que mañana haría a Carnot un dictador...

Entre los patriotas no estaban ahora Babeuf, Buonarotti ni Germain. En los cafés se hacían proyectos de gobierno revolucionarios. Eran ingenuos y absurdos. En el mismo rango que Babeuf, aquel que le había difamado tantas veces: Tallien; en el mismo rango que el implacable Germain: el venal Freron. Esto es precisamente lo que inquietaba a Barras. Después del descubrimiento de la conjuración de los Iguales, se había dado cuenta de que no podía esperarse nada de ellos. No era un cargo elevado, sino una bala lo que le tenían reservado. En uno de los documentos encontrados en casa de Babeuf, estaba especificado: “Matar a los Cinco”. Babeuf estaba preso ahora. Otros dirigían a los patriotas. Tallien y Freron eran viejos amigos de Barras. Era más fácil entenderse con ellos que con ese cabeza dura de Carnot.

Por anticipado, Barras trataba de disculparse: “Es preciso una represión”. Pero por detrás, por intermedio de su amigo Mehée, héroe de las masacres de septiembre y provocador experimentado, excitaba a los patriotas. Hasta les hizo llegar 24.000 francos “para que bebieran los soldados”. Su astucia degeneraba en estupidez. Era inminente una lucha: ¡Pues bien! El sostenía a unos y otros...

Cochon también empleaba a los provocadores para dar dinero a los patriotas. Pero él, al menos, no vacilaba. Uno de sus agentes se distinguió particularmente, era un tal Romainville que recorría París sin descanso:

– Vamos a fraternizar con los soldados del campo de Grenelle, nos esperan.

Los patriotas no dudaban de la sinceridad de esos llamados. Sabían que en Grenelle acampaba un escuadrón de dragones compuesto de soldados de la antigua Legión de Policía. La Legión de Policía era célebre por su espíritu jacobino. En un tiempo, los Iguales habían contado con ella. El Directorio había logrado licenciar a la Legión de Policía, pero los soldados seguían siendo soldados. Ellos se quejaban en voz alta: “¡Los puercos, no nos pagan nuestro sueldo!...” En las tabernas de la vecindad, “El sol de oro” o el “Café campestre”, los soldados habían dicho a menudo a los obreros: “Pronto les ajustaremos las cuentas...” Suspiraban ruidosamente desde el tiempo en que Robespierre mantenía a raya a los aristócratas. ¿Quién ayudaría a los patriotas si no los valientes dragones? París está en calma, los espectáculos han terminado. Las patrullas detienen a los transeúntes. En cambio, hay agitación en el barrio de Grenelle. Los patriotas se encuentran hoy allí. No tienen sables ni fusiles. Han venido a fraternizar con los soldados. Con sus canciones quieren salvar la Revolución. Los soldados corean el refrán:

Aux armes, citoyens!

¡Entonces, es la victoria!

El campamento está tranquilo. Los soldados duermen. Los serenos juegan a las cartas o cuentan historias picantes sobre las mujeres de Vaugirard. La multitud crece en la vecindad. ¿Cuántos patriotas hay? Unos dicen trescientos, otros quinientos, otros mil.

De pronto, la gente se aparta. Clamores: “¡Bravo!” “¡Viva el padre del Pueblo! ¡Condúcenos contra los tiranos!” Es el diputado Drouet. Está a caballo. Sus amigos lo rodean. Las canciones se vuelven más ruidosas, los rostros más alegres: “¡Drouet está con nosotros!” Los patriotas

quieren acercarse a las tiendas del batallón de Gard, porque allí tienen muchos amigos seguros.

La noche es oscura. Una noche de otoño. ¿Cómo reconocerse? ¿Amigos? ¿Enemigos?

– ¡Hola! ¡La reunión!

El ciudadano Cochon ha pensado en todo. A última hora ha dado orden de relevar el batallón de Gard y reemplazarlo por otras tropas. Los patriotas, cantan, llaman:

– ¡Vengan con nosotros!...

Están delante de la tienda del jefe de escuadrón. Malo. Se oyen voces:

– ¡Veintiún dragones!...

– ¡Vivan los dragones! ¡Abajo los tiranos!

El ciudadano Malo es un patriota, no tirará contra el pueblo.

Malo se acerca. Desenvaina. Los dragones lo siguen. Acaban de saltar de la cama. Muchos están en camisa. Un tumulto. Y los patriotas cantan siempre. ¿Qué más pueden hacer?... Malo vacila visiblemente, a pesar de todas las instrucciones recibidas. Depone el sable y pregunta:

– ¿Tienen armas?

Entonces, uno de los policías tira. La bala pasa por encima de la cabeza de Malo. ¡Un ataque! Malo ordena:

– ¡A caballo! ¡Sable en mano!

La noche es negra. ¿Adónde huir?... Los patriotas ya no cantan: caen unos tras otros bajo los sablazos. Los caballos aplastan a los heridos. Gritos. Algunos disparos aislados y desesperados. Un último clamor: “¿Hermanos, qué hacen?”, y el relincho agudo de los caballos.

Los que no tuvieron tiempo de acercarse a las tiendas vieron a Drouet huir al galope por las calles desiertas. Aquella noche fue decisiva: “Si no vencemos, partiré para la India”... Drouet no quería morir, pero tampoco podía llevar una vida apacible y tranquila. Hizo una etapa de Grenelle a la frontera, y de allí a Génova, y luego a la India; ¡cualquier parte, con tal que sea lejos de ese París, cualquier parte, hasta el mismo infierno!

Y los soldados continuaban destrozando a los patriotas sin armas. Un general retirado, el jacobino Javogues, había tratado de organizar la resistencia, pero los patriotas aterrorizados huían sin escuchar ya las órdenes de nadie. Otro oficial, el ayudante-general Lay, había penetrado en el cuartel de los Inválidos, donde estaba la guarnición de granaderos: “Vengan en socorro del pueblo”. Los soldados hacían remilgos. “¡Naturalmente!, pero no servirá...” Un atrevido sargento que soñaba desde hacía tiempo con los galones de oficial, se acercó al ayudante general Lay:

– ¡Ven conmigo!

– ¿Dónde?

– Ya verás... allá te explicaré...

Algunos seguían rechazando los ataques y gritaban, persuadían.

En el muelle Voltaire, con el sombrero hundido hasta los ojos para que nadie lo reconociera, se encontraba un Ciudadano que esperaba el resultado del ataque de Grenelle. Si una patrulla lo detiene, dirá tranquilamente: “Estoy paseando”. Hacia la una de la mañana, cuando los soldados terminaron su obra, un muchacho todo sofocado, se le acercó diciéndole: “Todo ha fracasado...” El prudente ciudadano se alzó de hombros: “¡Imbéciles, cobardes!”, y se dirigió rápidamente a su domicilio. No era otro que Freron. Freron abandonado de todos: por los realistas y por los patriotas, Freron que no hacía mucho llevaba a remolque al grupo de sus “Jóvenes”.

Ahora soñaba con una victoria de los jacobinos: no había sido elegido al Consejo de los Quinientos, no tenía cargo lucrativo, ni dinero, ni partidarios.

Naturalmente, Freron llegó con toda tranquilidad a su casa. Durante ese tiempo, los agentes organizaban una cacería de anarquistas. Los detenían en las casas, en las calles, en los caminos cerca de las barreras. Comenzaba a aclarar: unos voluntarios se unieron a los policías: realistas o simplemente burgueses atemorizados por las proclamas de los Iguales: “¡Babeuf quería desvalijar a todo el mundo!”

El general Javogues había logrado llegar hasta Montrouge. Entró a una pequeña taberna para tomar aliento. Allí lo descubrieron. Le encontraron una banda tricolor de convencional. Él dijo orgullosamente:

– Es toda mi fortuna, todo lo que me queda de la Revolución.

Lo registraron y en un bolsillo hallaron un cortaplumas. Los policías anotaron: “El ciudadano Javogues ha sido tomado con las armas en la mano”. Ejecutaban las órdenes de Cochon.

Los policías arrestaron a Bertrand, a los convencionales Cusset y Huguet, muchos obreros de Saint-Marceau: 132 personas en total. Naturalmente, el provocador Mehée había escapado: algunos lo vieron atravesar el Sena a nado. Muchos trataron de escapar así, pero sólo Mehée lo había logrado. Quizás era un buen nadador, en todo caso era amigo de Barras.

La noche anterior, Cochon había dicho a los ciudadanos Directores que se esperaban pequeños desórdenes. El espíritu de las tropas era perfecto y nada amenazaba al gobierno. Reubell lanzó un suspiro de alivio:

– Si todo se presenta así, me voy a Arcueil...

Reubell prefería el idilio suburbano a las preocupaciones del Estado. Larevelliere fue a acostarse con la tranquilidad más grande del mundo. Un ruido insólito lo despertó a la mañana siguiente. Medio vestido, con el sable en la mano, salió corriendo. En el patio vio soldados y en medio de ellos Carnot y Letourneur. Larevelliere se enojó:

– ¿Por qué no me despertaron antes?

Carnot lo tranquilizó:

– Nosotros somos militares...

Por supuesto, no confesó a Larevelliere que un giboso aficionado a la filosofía no habría servido más que para incomodar al tratarse de dirigir un simple combate entre escuadrones de caballería y un grupo de patriotas desarmados...

Ahora había pasado el peligro...

- ¿Y Barras?
- Han golpeado en casa de Barras y nadie ha respondido. Barras sólo apareció después del almuerzo, cuando ya llevaban a los prisioneros por las calles de París hacia la prisión del Temple.

Larevelliere le preguntó con aire asombrado:

- ¿Por qué no ha respondido esta noche cuando golpearon su puerta?

Pregunta estúpida: Barras no es hombre para mostrarse en medio de una representación. Bonachón y sonriente responde:

- Dormía seguramente... tengo un buen sueño...

No agregó que el buen sueño es propio de los hombres de conciencia pura.

Los cadáveres han sido transportados al osarúa. Los prisioneros caminan por los boulevares y las damas, aquellas que no llevan camisa, las célebres bellezas del Directorio gritan:

- ¡Mueran los perros sanguinarios!...

Reubell volvió de Arcueil muy bien dispuesto. Barras, habiendo dormido bien, estaba decidido a trabajar. Carnot y Letourneur también habían tenido tiempo de descansar de las fatigas de la noche. Se abrió la sesión del Directorio.

- ¡Extermínenlos!...

Sobre Javogues se había encontrado un cuchillo; sobre un obrero un hacha; a otros dos hubo tiempo de introducirles armas. ¡Para qué tanto discutir!...

El Directorio ordenó someter a todos los detenidos a un consejo de guerra por haber sido tomados con las armas en la mano. Además, dirigió a los ciudadanos un mensaje que llegaba a tiempo: “¡El motín de los anarquistas ha sido reprimido gracias al heroísmo de los ejércitos republicanos!”

Quien dice consejo de guerra dice juicio expeditivo. El Directorio tenía prisa. Cerca del Puente Nuevo, los obreros lanzaron piedras a la policía. La prisión del Temple estaba rodeada de una multitud de ciudadanos que a voz en cuello injuriaban a los “Cinco”.

El consejo de guerra condenó a veintiséis hombres a ser fusilados: en su mayoría eran obreros: zapateros, guarnicioneros, boneteros, lectores del *Tribuno del Pueblo*, conmovidos por la doctrina de la Igualdad. Gracus estaba lejos, en Vendome, pero su sombra estaba en el Temple cuando, frente a frente, se afrontaban los militares con uniformes demasiado nuevos, guardianes del orden, jueces precoces y, detrás de las rejas, los últimos descamisados.

Uno de los condenados, el zapatero Bonbon se arrojó por una ventana de la torre después de haber gritado: “¡Viva la Igualdad!” Una sentencia es siempre una sentencia: el cadáver de Bonbon fue llevado al lugar del suplicio para ser fusilado.

La multitud murmuraba:

- ¡Todos son pobres gentes! ¿Por qué los matan?

Alguien gritó:

- ¡No es un tribunal, es un matadero!... Conozco a uno de los condenados, es un ciudadano honesto...

Un húsar que estaba allí cerca rompió el cráneo del audaz.

Varios condenados fueron atados antes de ser conducidos a la carreta. Acostados cantaban: “*Aux armes, citoyens!*”

¿A quiénes llamaban? ¿A los espectadores? ¿A los presos de Vendome? ¿A los muertos?... Algunos iban a pie. El pintor Gagnant caminaba en medio de otros condenados, por el bulevar de los italianos. Allí no había un solo par de ojos compasivos. Sólo una mujer joven -la suya- caminaba al lado de Gagnant sin quitarle la vista. Cuando los condenados llegaron a la altura del Teatro Italiano, Gagnant logra escapar empujando a los soldados. Se introduce en una casa. La escalera, el corredor. Allí se encuentra en un taller de sillero, el de su hermano. Parece salvado. Pero los soldados descubren al fugitivo. Lo golpean con las empuñaduras de los sables. Ensangrentado, es arrojado en una carreta. Su mujer ve todo. Su mujer camina a su lado. Sobre la carreta, un montón de carne y de jirones sangrientos de donde se eleva una voz humana. Reuniendo todas sus fuerzas, medio agonizante, Gagnant canta:

Antes la muerte que la esclavitud...

Con terror, los concurrentes del pequeño Coblenza prestan oídos al canto.

- ¿Oyen?... Asimismo, esos bandidos no son cobardes. Saben morir.

Parece que no hay nada que temer: llevan los hombres al suplicio. El partido del orden triunfa. Pero las damas se dan vuelta:

- ¿Han visto qué ojos terribles tienen? Son partidarios de ese Robespierre, que se han levantado de sus tumbas...

No hay por qué disimularlo: tienen miedo; es que esos hombres saben todavía morir. Y el nuevo París no sabe sino vivir, vivir ávidamente y vilmente, vivir, cueste lo que cueste.

Entre todos los condenados hay uno que la multitud conoce perfectamente: es el ex general Javogues. No era un obrero, un discípulo de la Santa Igualdad. Era un convencional que había reprimido las rebeliones de Lyon y de Bourges. Había ordenado a los campesinos que hicieran la cosecha, molieran el trigo y dieran la harina a los descamisados, todo en un plazo de ocho días. Los campesinos decían “Javogues lo ha ordenado” y la harina era entregada en el plazo fijado. Él firmó la orden de destrucción de los castillos de los alrededores de Macon. “Distribuyan las piedras a los descamisados y ayúdenlos a construirse casas”. En Saint-Etienne había decretado un impuesto sobre las fortunas: el que poseía un millón tenía un impuesto de ochocientas mil libras. El que poseía cien mil libras debía dar veinte mil. Javogues había permanecido fiel a las ideas y a las costumbres de ese tiempo. No robaba como los otros. Toda su fortuna consistía realmente en una banda tricolor. Hubiera querido poder volver a su provincia, a Montbrison, pero su padre, un antiguo portero, le suplicaba que se quedara en París: “Aquí te matarían inmediatamente”.

Couthon pereció el 10 Termidor. Javogues se salvó. Ahora marcha hacia la muerte. Marcha valientemente: canta. Son muchos los que él envió al cadalso. Pasa ante la multitud como un

recuerdo del 93. Quizás, él también recuerda el pasado: en Lyon, el tribunal revolucionario condenó una vez a la guillotina a sesenta personas entre las cuales no se contaban solamente aristócratas, sino también girondinos, y otras personas arrestadas por casualidad o por denuncias. Esos hombres, al escuchar la sentencia, entonaron:

Morir por la patria...
Es la suerte más bella, más digna de envidia...

Y he aquí que él, antiguo convencional, el general Javogues entona el mismo canto:

Es la suerte más bella, más digna de envidia...

Los condenados llegaron al campo de Grenelle. El pelotón de ejecución iba mandado por el oficial Lille. En el último minuto, no pudo pronunciar: “en la mejilla”. Se volvió para que entonces la multitud viera un rostro descompuesto por el horror.

El ataque de Grenelle había terminado. En el Teatro Feydeau un público de gala aplaudió rabiosamente cuando una actriz dijo (lo que estaba en su papel): “Por esta vez estamos salvados”.

Conviene agregar solamente que los vencedores trabajaban con el sudor de su frente.

La primera sesión del Directorio fue consagrada a fijar el castigo que debía infligirse al oficial Lille que al cumplir su consigna había dado pruebas de una vacilación inadmisibile.

CAPÍTULO XXI

BOLLAS BLANCAS Y BOLLAS NEGRAS

Vendome es una tranquila ciudad pequeña, conocida solamente por su viejo colegio y su salchichón. Al constituirse la Corte Suprema, Vendome estaba irreconocible. En todas partes, tiendas de soldados, relinchos de caballos, patrullas, fuegos de vivac, montones de armas. Se decía que seguramente el proceso se prolongaría seis meses; los caminos de los alrededores estaban llenos de carros con equipajes. Eran los aristócratas y aún los ciudadanos más prudentes que abandonaban la ciudad. ¿Quién sabía cómo terminaría el asunto? Los partidarios de Babeuf eran numerosos... La ciudad estaba rodeada; su acceso prohibido. Los prisioneros fueron alojados en la antigua abadía de la Trinidad cuya capilla se había arreglado para las sesiones de la Corte Suprema. Las ventanas de las celdas, además de los barrotes, habían sido cerradas herméticamente con una guarnición de madera. Ciento cincuenta soldados montaban sin interrupción la guardia cerca de la abadía. El comandante había dado orden de poner seis cañones apuntando a las seis ventanas. En caso de tentativa de rebelión, salva de artillería.

De las celdas no llegaba más que el ruido de los cantos. Los presos cantaban bien y los patriotas de Vendome (era inútil, también había patriotas en Vendome) se reunían en las colinas vecinas y escuchaban la *Marsellesa*. Los patriotas enternecidos, aplaudían.

Sesenta y cinco ciudadanos fueron acusados ante la Corte Suprema (dieciocho de ellos eran rebeldes). Estaban comprendidos los jefes de los Iguales, simples conspiradores y gentes que

no habían tomado parte en el asunto, detenidos por falsos testimonios. Durante la instrucción, Babeuf y sus amigos más íntimos habían observado una actitud orgullosa. Sin pensar en negar su participación en la conspiración, respondían: “No somos reos, somos prisioneros de guerra”.

En Vendome se realizó por primera vez un encuentro general de inculpados. ¿Cómo elaborar un plan común de defensa?... Se les juzgaba de acuerdo a lo que decía Grisel, basándose en una serie de documentos. Los patriotas menos comprometidos exhortaban a los jefes: “Nieguen la existencia de la conspiración: entre los jurados habrá seguramente republicanos; les será entonces más fácil, si no los absuelven, por lo menos absolvernos...”

Babeuf vaciló mucho tiempo: su orgullo innato y su sensibilidad humana luchaban. No pensaba en él: sus respuestas en la instrucción fueron suficientemente claras. Darthé era contrario a ese silencio organizado. “La sangre de los patriotas atiza el fuego de los corazones de la nación”. Babeuf replicaba: “Estamos derrotados y en vísperas de un largo período de tregua. Nosotros tenemos derecho de sacrificarnos, pero no es eso lo que nos piden. ¿Qué será de los otros?... Esos treinta patriotas pueden salvarse si yo digo: Sí, estoy contra ustedes. Considero que la insurrección es legal, hubiera querido unirme al complot. Pero esas listas no son las listas de los conjurados. ¡Oh, cuánto más agradable sería para mí revelar en un instante toda la verdad! Pero, es contrario a los deberes de un patriota. Admito eso, Darthé, debemos ahora tratar de salvar a los amigos...”

Los Iguales habían decidido, al negar la conjuración, reconocer que, si esa conjuración hubiera existido, todos habrían tomado parte en ella. Babeuf se puso a preparar su defensa; quería, una vez más, exponer a sus contemporáneos y a la posteridad, las ideas de la Sociedad de los Iguales. El Directorio afirma que está vendido a los realistas, que ha preconizado el crimen y el robo. El transformará en cátedra el banco de los acusados; revelará los trabajos de sus noches sin sueño. La conjuración de Floreal año IV contra el Directorio ha fracasado. La conjuración del pueblo contra el lujo, el ocio, los crímenes, debe triunfar.

El presidente de la Suprema Corte, el ciudadano Gandon era un funcionario ejecutivo. En cada caso, se ponía del lado de la acusación; pero, como era un hombre blando, estúpido de nacimiento, más de una vez se quedó sin réplica ante los acusados de los que un gran número conocían mucho mejor que él todos los artículos del Código. Entonces los acusadores nacionales, Bailly y Vieillard, iban en su ayuda. Vieillard soñaba con un sillón de diputado; por su requisitoria en la Corte Suprema esperaba granjearse las simpatías de los realistas. Bailly, aunque le gustaba hablar de los “ideales republicanos”, era conocido por su odio hacia los jacobinos. Cuando Babeuf pronunció la palabra “revolución”, Bailly lo interrumpió inmediatamente: “las tempestades revolucionarias se terminaron hace mucho tiempo”.

Los debates judiciales se transformaron entonces en debates políticos. Darthé grita:

- ¿Oyen? Ya no nos juzga a nosotros, sino a la Revolución. Nosotros somos los hombres del 14 de julio.

Sin inmutarse, Vieillard responde:

- ¡Nosotros también!

Vieillard quiere así recordar, una vez más, que los jueces de toga roja no son de ningún modo los jueces de Luis XVIII. No, son los jueces del Directorio. Todo lo deben a la valentía de los descamisados. Juzgan a aquellos que, en un tiempo, los ayudaron. ¡Gracias al 14 de julio!... ¡La Corte Suprema de Vendome está mucho mejor guardada que la Bastilla!

El principal defensor, el ciudadano Real, era un buen abogado y un buen hombre de negocios. Unos meses antes, en su periódico, afirmaba que Babeuf recibía subsidios de Pitt. Ahora había decidido defender a los Iguales: ¿Cómo dejar escapar un proceso tan resonante? Desde el comienzo de la Revolución, Chenier había dicho de él: “¿Y Real?... pues bien, Real realiza...”

El hábil abogado había decidido sacar partido de la tragedia que se avecinaba.

Entre los acusados, el sombrío Darthé inquietaba particularmente a Real. Los argumentos de sus compañeros no habían podido convencer a Darthé. Él había decidido callarse. A las preguntas del presidente, respondía lacónicamente:

– No les corresponde juzgarme.

¿Defenderse? Y encogiéndose de hombros:

– ¡Cuando la libertad sucumbe!... Cuando los amigos, los adoradores de la Igualdad están perseguidos, errantes, entregados a la ira de los asesinos, o a las angustias de la más terrible miseria... Cuando los defensores de la patria son injuriados bajo el más odioso despotismo... Cuando la proscripción se cierne sobre la cabeza de todos los hombres virtuosos, de todos los amigos de la razón... Cuando para colmo de horror, en nombre de aquello que hay de más sagrado, en nombre de la amistad santa... de la bienhechora justicia... de la dulce humanidad... los bandidos dejan atrás la desolación, la desesperación y la muerte. Cuando la horrible traición... el perjurio infame, el saqueo y el asesinato son honrados oficialmente... Cuando Francia está cubierta por un crespón fúnebre... Cuando no hay más patria, la muerte es un beneficio...

Babeuf no era orador, se vio obligado a escribir su defensa. En cambio, el elocuente Germain no daba tregua a los acusadores.

Entra Jorge Grisel. Mira orgullosamente a su alrededor: ahora ya no tiembla. ¿Acaso dos compañías de soldados y seis cañones no protegen su preciosa vida? Responde gustoso a las preguntas de los periodistas curiosos. Es cierto que no es todavía general; pero en el periódico firma: “El principal testigo de la acusación”. ¡Que por lo menos en algo sea principal!

Grisel mira a Babeuf con desdén: ¡Pues bien, sí! Lo ha abrazado... Espera los cumplidos del presidente: no es un denunciante interesado, es digno de la corona cívica.

El presidente mueve la cabeza en signo de aprobación. Tiene ante él a un héroe. Germain se levanta:

– No, Jorge Grisel, no, tú no tendrás la corona cívica. No, ni siquiera tendrás la corona de espinas (esa corona es la nuestra); la corona que está reservada para ti es la corona de acebo, aquella que se ponía en Roma sobre la cabeza de los esclavos para venderlos por unos denarios más.

Todos los acusados se apoyaban unos a otros. Contra Antonelle no había ninguna prueba: por casualidad, Grisel no conocía su existencia, pero Antonelle, ese flemático, desde hace tiempo indiferente a la muerte, ese marqués convencido de la nobleza de los descamisados, no quería escapar a la suerte común. Más de una vez había declarado: “Estoy con ellos”. Allí se sentía la comunidad, no de un partido político, sino de una secta perseguida, donde todos son hermanos, todos son iguales: la cantante de los “Baños Chinos” Sofía Lapierre, el Tribuno del Pueblo, el marqués de Antonelle y el cerrajero Didier.

Todas las tardes, cuando el presidente levantaba la sesión, los acusados entonaban el himno de los Mártires de Prarial:

¡Levanten, ilustres víctimas!

Todos se habían acostumbrado a la idea de su muerte próxima; por encima de los jueces y de los gendarmes, conversaban con las grandes sombras de un pasado reciente, pero lejano ya.

Babeuf exclama:

- ¡Goujon, Duroy, Romme, Soubrani, Duquesnoy, Bourbotte, ilustres víctimas! Ustedes, cuyos nombres para siempre célebres han resonado ya en este recinto y resonarán todavía más de una vez, ustedes a quienes no dejamos de honrar en nuestros cantos cotidianos! ¡Ustedes, cuya constancia en los grillos y ante los jueces-verdugos nos servirá de ejemplo para soportar la cautividad más larga y más dura! ¡Ustedes, en fin, que los malvados han matado, pero no han podido deshonorar! ¡Gloriosos mártires! ¡Intrépidos campeones de la santa Igualdad!...

El acusador Bailly interrumpe a Babeuf. Este no oye.

- Hemos debido reemplazarlos... debemos imitarlos...

Los ojos de Babeuf llamean, no miran a los jurados ni a la multitud; miran el pasado.

No le dejan hablar. Gritos, imprecaciones, amenazas. La Corte se retira para deliberar; toma una resolución: “Los acusados no tienen derecho de plantear cuestiones accesorias”. Buonarotti sonrío: “Si la Revolución es aquí una cuestión accesorias, ¿entonces por qué nos juzgan?” La declaración de Grisel había durado dos días, el traidor relató todo: la tía, las dos cenas, la de Carnot y la de Darthé, hasta el abrazo de Babeuf. Ni una sola vez bajó los ojos. Naturalmente, no dijo que un portero del Palacio de Luxemburgo lo había sostenido cuando tuvo un desfallecimiento en la escalera. No, no es cobarde, honra la memoria de los héroes de la antigüedad y espera acercarse a ellos.

Habiendo terminado su deposición, Grisel permaneció en la sala. No lejos de él estaba sentada una mujer joven. De un vistazo la advirtió Grisel: una belleza. Además de los héroes de la antigüedad, amaba también al sexo débil. Alisándose los cabellos con coquetería, se instaló cerca de la hermosa dama. El éxito le sonreiría seguramente. El triunfo fascina a las mujeres, y él, Grisel, es el héroe del proceso. Todos los periódicos de París hablan de él. La mujer se ha dado vuelta, echa una mirada a Grisel y éste, que durante dos días ha sostenido las miradas despreciativas de los acusados, no resiste y se cambia rápidamente a un banco de atrás. Era Teresa Buonarotti.

Cuando fue cuestión del “Acta del Directorio revolucionario”, el montañés Ricord dijo, para alejar un peligro que amenazaba mucho más a los Iguales que a él mismo:

- ¿Será quizá obra de Grisel?...

Babeuf no pudo resistir:

- No, él no la ha hecho, no es una obra que deba hacer enrojecer a su amor. Grisel es un pobre malvado para haber hecho semejante acta.

El valor y la nobleza de los acusados conmovía hasta a las escoltas. Los soldados decían en la ciudad: “Esos son hombres...” El comandante de Vendome tuvo que relevar constantemente las tropas; temía un motín.

Un tal Hezine tuvo la idea de lanzar un periódico describiendo los debates judiciales: “El Correo de la Corte Suprema” o “El Eco de las gentes libres y sensibles”. En el periódico se daban informes detallados. El redactor fue arrestado. La mujer del acusado Didier y con ella otras once mujeres fueron encarceladas “por excitación a la insurrección”.

El Directorio apremiaba al ciudadano Gandon: “Hay que apresurarse...”, pero la sola lectura de los papeles encontrados en casa de Babeuf duró más de quince días. La Corte de Vendome se había transformado en una nueva Convención. El presidente, perdiendo la paciencia, gritaba:

- Cállense. ¿A quién se juzga aquí? ¿Somos nosotros los que juzgamos a criminales o bien son ustedes los que juzgan al gobierno de la República?

No era difícil responder a la pregunta del ciudadano Gandon: en Vendome se juzgaba al Directorio y el pálido Grisel personificaba la traición, esa alta virtud de los ciudadanos Directores.

Preguntan a Babeuf:

- ¿Quiénes estaban con usted?

Asombrado mira al presidente:

- ¡Es inaudito! ¿Cómo se puede, a priori, suponer la ausencia de sentimientos cívicos?

A su vez, el presidente se asombra: ¡Cuánto mejor comprende a Grisel! Pero en la sala, aplauden. Los soldados expulsan a los ciudadanos. Es el pueblo el que aplaude a Babeuf, el pueblo que es incapaz de defender a sus héroes, pero que puede todavía enternecerse ante su virtud. Esta tercera “parte” que no era ni Grisel, ni los “Iguales”, apareció una sola vez en el tribunal.

El presidente ordena que traigan a los testigos de la acusación: los ciudadanos Barbier y Meunier. Los dos eran soldados de la Legión de Policía, licenciada por orden del Directorio. Habían sido acusados ante la justicia por haber tomado parte en una revuelta. Condenados a diez años de prisión, habían cumplido su pena en Vendome. Meunier entra en la sala. Es un muchacho enclenque y pálido.

- ¿Su nombre? -pregunta el presidente.

En lugar de responder, Meunier entona:

- “Levántense, ilustres víctimas...”
- ¡Silencio!

Meunier canta; al terminar dice al presidente:

- Si es un verdadero patriota, esa canción debe agradecerle tanto como a mí.
- ¿Conoce a los acusados?

- No. ¿Es para rendir homenaje a esos defensores de la libertad que me han traído aquí? ¡Que mi lengua se seque antes de parecerme al infame Grisel! Un tribunal de verdugos me ha condenado. Me amenazaron con la tortura si no firmaba falsos testimonios. He tenido un minuto de vergonzosa debilidad. Me arrepiento. Ahora, mi alma está firme. El acusador, el ciudadano Vieillard -aquí está- ha venido a mi celda. Me dijo: “Si en el tribunal tú reiteras tu declaración te pondremos en libertad. Si no lo haces, te matarán”. Pero una conciencia pura es más preciosa que la libertad...

El ciudadano Vieillard trata de protestar. Amenazan a Meunier: el artículo 336 castiga severamente los falsos testimonios. Sin embargo, él no cede. Llevan entonces a Barbier. Repite: “El acusador Vieillard ha exigido falsos testimonios”. Barbier tiene pruebas. El presidente detiene al testigo a tiempo:

- Usted mismo se acusa.

Barbier responde:

- Pues bien, si les hace falta otra víctima, estoy dispuesto. Me siento feliz de sentarme al lado de esos héroes.

Babeuf había hablado al tribunal de Rousseau, de Mably, de Diderot; Barbier y Meunier eran semianalfabetos. Sabían leer deletreando y apenas podían escribir su nombre. No era la inteligencia, sino el corazón el que les había dictado esas palabras llenas de coraje. Gracus Babeuf, rodeado de enemigos, vio en ellos a ese pueblo desinteresado y justo, a quien él había consagrado su vida miserable.

El proceso duró mucho tiempo. Había comenzado en Ventoso cuando hacía todavía mucho frío. Ahora era el alegre Floreal. Se ahogaban en la oscura sala del Tribunal. Reuniendo todas sus fuerzas, Babeuf leyó su defensa. Hace diez horas que lee, sin un minuto de descanso. El sudor corre por su frente. Su voz se desgarró. Expone sus ideas a los jueces: la ley agraria no es un remedo, solamente la comunidad de los bienes es la garantía de la igualdad. Bailly ríe:

- ¿Quién recogerá, pues, los frutos, si nadie puede decir: son míos?...

Babeuf responde:

- El precio de la felicidad es que no haya “mío” ni “tuyo”. Jesucristo predicó la igualdad, la justicia, el odio a la riqueza. Por eso lo clavaron vivo en la cruz.

Babeuf habla de su vida; él sabe lo que es la Revolución, sabe lo que es el hambre: dos onzas de pan... un ataúd de niño...

En ese momento todo el mundo se da vuelta; alguien llora en la sala conteniendo los sollozos. Es la mujer de Babeuf.

Babeuf habla del peligro que amenaza a la República. Vieillard le interrumpe:

- Usted quiso arruinar a la República.
- ¡No! Hemos querido salvarla. La Revolución no ha dado nada al pueblo y el pueblo comienza a odiar a la República. Miren hacia atrás. ¿Qué vemos en torno nuestro? La indiferencia. Los patriotas, hasta ayer aún intrépidos y ardientes, se callan ahora. Han perdido el valor... Pero la Igualdad debe triunfar, triunfará. La Revolución Francesa no es más que la precursora de otra revolución mucho más grande y mucho más solemne y que será la última; entonces

desaparecerán los límites, las cárceles, los muros, las prisiones, los robos, los crímenes, los ajusticiamientos, la envidia, la insaciabilidad, el engaño, la hipocresía y ese gusano roedor, la inquietud universal...

El fastidio se lee en el rostro de los jueces. Los jurados están cansados de esta alta filosofía: les da sueño. Ahora, en la sala oscura, Babeuf conversa con las futuras generaciones. Ha probado que sus proyectos no eran simples sueños: los niños le comprenderán. Pero, ya es tiempo de acabar. En ese momento, el dolor humano cambia la voz de Babeuf, no predica, dice adiós a la vida y no son sus palabras, sino un solo temblor de su voz el que hace aguzar el oído a los jurados. Quizás no sean filósofos, pero son hombres por lo menos.

- Si nuestra muerte está resuelta; si mi última hora está fijada en este momento en el libro de los destinos, yo la espero hace ya mucho tiempo. Identificado con las celdas, familiarizado con la idea de los suplicios, de las muertes violentas que son casi siempre la suerte de los revolucionarios, ¿qué puede haber que me asombre, en este acontecimiento? Dejo monumentos escritos. Ellos dirán que no viví ni respiré sino por la justicia y la felicidad del pueblo. Pero, ¡oh, hijos míos!, desde lo alto de estos bancos, único lugar de donde puedo hacerles oír mi voz, no tengo más que un pesar muy amargo que expresarles: es que habiendo deseado ardientemente contribuir a legaras la Libertad, fuente de todos los bienes, no veo más que la esclavitud y os dejo presa de todos los males. No tengo absolutamente nada que legaras. Ni siquiera quisiera dejaros mis virtudes cívicas, mi odio profundo contra la tiranía, mi ardiente devoción por la causa de la Igualdad y la Libertad, mi vivo amor por el Pueblo. Les haría un presente demasiado funesto. Los dejo esclavos y este pensamiento es el único que desgarrar mi alma en los últimos instantes...

Babeuf ya no ve las lágrimas que oscurecen sus ojos. Pero Darthé mira a los jurados con asombro. Todo el mundo dice que esos jurados han sido elegidos, que odian a los anarquistas. Pues bien, los jurados lloran, el público llora. Un guardián se enjuga tristemente los ojos. Sólo una sonrisa burlona persiste sobre el rostro del ciudadano Vieillard. El acusador nacional no tiene la enfermedad del sentimentalismo. Su requisitoria es simple y clara: ¿Hubo conspiración? Sí, la hubo. Es suficiente. Él sabe que eso será más fuerte que todo para los jurados, esos apacibles provincianos que gustan del whist, los nomeolvides y la tranquilidad.

- Basta. Es imposible rodar de revolución en revolución. Recordad los dieciocho meses de terror. Francia está fatigada.

En nombre de la fatiga, reclama un cierto número de cabezas que impiden a Francia restablecerse. Y los jurados, que hace un instante lloraban con las palabras de Babeuf, lanzan un suspiro de simpatía: ¿Qué decir? Están fatigados...

Las mujeres de los acusados beben ávidamente cada palabra, escrutan el rostro de los jurados; aquél, a la izquierda, parece tener piedad, pero el otro, a la derecha, quiere condenar severamente. Emilio que tiene diez años pregunta a su madre:

- ¿Ya han tomado una decisión o todavía van a reflexionar?

María Babeuf espera un milagro. Responde rápidamente:

- ¿Qué estás diciendo? Todavía no se sabe nada. Con la gracia de Dios, tendrán piedad. Todo el mundo sabe perfectamente que Francisco es un hombre honesto...

A su lado está un respetable ciudadano: el conde Dufort de Cheverny, el más rico propietario de los alrededores. Ha estado preso en los tiempos de los jacobinos. Todo cambia: hoy ha venido a ver cómo se juzga a estos jacobinos. Ha oído las palabras de María Babeuf, y se aparta

indignado: ¿puede llamarse “hombre honesto” a un infame que quería despojar a todo el mundo?...

El conde Dufort de Cheverny no oculta ya su devoción al trono. ¿Quién juzga a los Iguales? ¿El tribunal del rey? ¿Los republicanos?

Antonelle, tranquilo como siempre, ha recordado una vez más al juez:

- Contra los realistas, iríamos a luchar aún por una república como ésta. Cuidado, republicanos, van a acabar con los últimos patriotas. ¿Qué ocurrirá mañana? ¿Quién podrá defender la república francesa? No sólo nos matan sino que se matan ustedes mismos.

Los jurados salen para deliberar. Por última vez, Sofía Lapierre entona: “*Aux armes, citoyens!*” Comienza un día largo, abrumador. No se respira en la sala de los jurados. ¿Cuánto tiempo se quedarán? Hasta que se hayan puesto de acuerdo; pero es difícil ponerse de acuerdo. Es inútil que las autoridades intervengan, cuatro de los jurados son patriotas. Los ciudadanos Directores leen cada día con ansiedad los informes sobre las disposiciones de los jurados. Toda la desgracia es la ley. Bastan cuatro bolillas blancas para que los acusados sean absueltos. Pero, la absolución de Babeuf, es la condena del Directorio. De París llegan correos: hace falta la cabeza de Babeuf. Los jurados discuten, se callan, luego discuten de nuevo. Empieza a caer la tarde. No se pondrán de acuerdo: cuatro insisten en el sobreseimiento. Parece que Babeuf está salvado.

En las celdas de los acusados no se discute, no se prevé el porvenir. Todo está tranquilo. Los hombres reflexionan por última vez, recuerdan a los suyos, se estrechan silenciosamente las manos. Babeuf no duda de su muerte próxima. Recuerda las palabras de Goujon: “Para que mi mano no se equivoque...” Ha desabotonado su camisa, mira fijamente su pecho. Se levanta después, camina, según su costumbre, con paso rápido: todavía queda algo por hacer...

Escribe a su mujer y a sus hijos:

“Buenas noches, amigos míos. Estoy dispuesto a entrar en la vida eterna. Su amor por mi les ha conducido aquí, a través de todos los obstáculos de nuestra miseria, se han sostenido en medio de penas y de privaciones. Pero ignoro cómo harán para volver al lugar de donde partieron. Escribe a su mujer: “Mi pobre, mi buena amiga”, a su hijo Emilio -Emilio se acordará de él-. ¿Y Camilo? Pide: “Háblale de mi a Camilo; dile mil y mil veces que lo llevaba tiernamente en mi corazón”. Y Cayo, el tercero que nació después de su detención: “Dile lo mismo a Cayo, cuando sea capaz de oírlo”. Babeuf pide que conserven su defensa. Lebois ha prometido imprimirla. “Esta defensa será siempre apreciada por los corazones virtuosos...”

“Adiós. Ya no estoy unido a la tierra sino por un hilo que el día de mañana se romperá. Eso es seguro, lo veo demasiado bien. Hay que hacer el sacrificio. Los malvados son más fuertes, yo cedo. Por lo menos es agradable morir con una conciencia tan pura como la mía: todo lo que hay de cruel, de desgarrador, es arrancarme de sus brazos, ¡oh mis tiernos amigos! Adiós, adiós. Todavía una palabra. Escriban a mi madre y a mis hermanas. Envíenles por diligencia o por cualquier otro medio mi defensa cuando esté impresa. Díganle cómo he muerto y traten de hacer comprender a esas buenas gentes que es gloriosa, lejos de ser deshonrosa... Adiós pues, una vez más, mis muy queridos, mis tiernos amigos. Adiós para siempre; me encierro en el seno de un sueño virtuoso...” *Gracus Babeuf.*

Es de noche. Ha terminado la carta. Ahora Babeuf dice adiós a Germain. Ambos recuerdan a Arras, los alegres mensajes, “el orden de la Igualdad”, la vida. Luego es con Darthé, con Buonarotti; cuántas esperanzas, emociones, penas. Hablan a media voz. Bajo las ventanas, se oye el choque de los fusiles. Los centinelas empujan a las mujeres. El pequeño Cayo grita en

los brazos de su madre. Teresa Buonarotti suplica a un guardián: “Díganle solamente esto de mi parte: Estoy contigo”.

En la sala de los jurados el aire es todavía más asfixiante, las voces más lúgubres: “sí”, “no”, “no”, “sí”. A la primera pregunta sobre el complot, cuatro han respondido: “no”. Quedaba la segunda, sobre las provocaciones tendientes a derribar al gobierno. ¿Es posible que estén salvados?

Algunos jurados se han acostado en el suelo y duermen. Hace dieciocho horas que discuten. El presidente ha recibido instrucciones de arriba: “La cabeza de Babeuf”. Posterga el voto. Los cuatro desobedientes son conocidos por todos, aunque el voto sea secreto. Con tres de ellos, es inútil insistir: son jacobinos. Pero el cuarto, el ciudadano Duffau, está lejos de ser un terrorista, es simplemente partidario de la República. ¿Por qué exterminar a los patriotas cuando los realistas predicen abiertamente la rebelión? Y Duffau pone una bolilla blanca. El presidente lo lleva a un lado. Le murmura al oído:

- Quiero prevenirlo, se prudente. Se sospecha de usted... Dicen que ha cortejado a la esposa de Buonarotti. Un jurado acaba de decirme que es un anarquista. Naturalmente, he tratado de disuadirlo, pero vea, hace mal el obstinarse. ¿Es padre de familia, no es así? ¿Vale la pena arriesgar la vida? Esto no es tontería: es la Corte Suprema. El Directorio tiene interés en el veredicto. Espero que me comprenderá.

El ciudadano Duffau ha comprendido por fin. Cuando se trataba de la mujer de Buonarotti, asombrado, se contentaba con abrir los ojos: no la había visto ni una sola vez. ¡Pero el Directorio!... en efecto, ¿para qué arriesgarse?

CAPÍTULO XXII

LA MUERTE DE BABEUF

Las cuatro de la mañana. Afuera comienza la a aclarar. El día pasa trabajosamente por la ventanita de la antigua abadía para llegar a la sombría sala donde terminan de arder las antorchas humeantes. La luz gris y angustiosa parece una bruma. Con esa iluminación, qué pálidos y desdichados parecen los rostros de las mujeres. Teresa Buonarotti está cerca de la baranda, con los brazos extendidos. Parece querer arrancar de las manos de los altos jurados una misteriosa sentencia. La mujer de Babeuf se estremece a cada ruido: un abogado que pasa... Real que deja caer un libro... ¡Vienen!... Los ojos de Emilio arden afiebrados y Camilo llora. Una sonrisa indiferente brilla en la cara de Cayo: duerme acurrucado contra el seno de su madre.

Los habitantes de Vendome también duermen: ¿Qué les importa Babeuf, las bolillas blancas o negras? Se despiertan con el redoblar de los tambores, con el ruido de los cascos de los caballos, el rechinar de los carros de los artilleros. ¿Qué pasa?... Debe de ser el ajusticiamiento de esos anarquistas...

Desde que el presidente, después de su conversación con el ciudadano Duffau hubo reunido la indispensable mayoría, previno inmediatamente al comandante. Las tropas se prepararon. Los prisioneros habían vuelto nuevamente a la sala.

No miran la puerta, la puerta por donde saldrían los jurados dentro de unos instantes; miran a sus mujeres y ellas sonríen a través de sus lágrimas.

Todo el mundo se levanta. El presidente lee. Emocionado, se enreda, mezcla las palabras. Las palabras lúgubres y oficiales, toman, articuladas por una voz temblorosa, una simple significación humana. Las manos de Teresa Buonarotti se crispan. Emilio muestra los dientes como un cachorro de fiera. María Babeuf ha juntado sus manos impotentes: siempre espera un milagro. El presidente lee lentamente: como para tomar aliento, se detiene entre dos frases largas. La sala está silenciosa como si la muerte hubiera entrado. Los acusadores y los detenidos se callan, los conjurados y los jueces se callan, los guardianes se callan, los niños se callan. Ni un aliento. Y por fin se pronuncian las palabras terribles. El Directorio no habrá enviado en vano sus mensajes. Ha obtenido dos cabezas: Babeuf y Darthé son condenados a muerte; los otros Iguales, a la deportación.

Buonarotti grita:

– ¡Pueblo, ya ves cómo juzgan a tus amigos! ¡Pueblo, defiende a tu Tribuno!

Y los que estaban en la sala se lanzan hacia la barandilla. Los sables de los soldados de la escolta brillan. Órdenes. Pataleos. Un pelotón de soldados rechaza rápidamente a los últimos defensores de Babeuf. Buonarotti trata todavía de decir algo, pero los gritos, las maldiciones, los llantos, ahogan su voz. Babeuf se inclina hacia él:

– ¡Adiós, Felipe! Prométeme que relatarás para nuestros contemporáneos y para la posteridad la historia de la Conjuración de los Iguales.

¡Héroes de Prarial! Su suerte es digna de envidia. Su ejemplo es sublime... El horror se lee ahora en todas las caras. El presidente se tapa los ojos con la mano. Silencio. María Babeuf no tiene todavía la fuerza de gritar. La toga de abogado del ciudadano Real está cubierta de sangre. Arriba de él, está Babeuf. Y la voz de Buonarotti: “Una puñalada en el corazón”. Inmediatamente se levanta Darthé y grita: “¡Viva la República!” Luego con un sobresalto, cae pesadamente al suelo. Germain grita: “¡Asesinos!” Los Iguales se precipitan hacia sus camaradas. Los mismos soldados están desconcertados. Las mujeres han franqueado la barandilla. Un tumulto. Una orden: “¡Carguen! ¡Expulsen al público! ¡Los prisioneros a sus celdas!” Los sables brillan una vez más. Unos soldados arrastran los cuerpos ensangrentados, otros golpean a los condenados, rechazan a las mujeres. Son las cuatro y media. Los ojos de Emilio llamean: él nunca olvidará.

El destino no fue misericordioso con Babeuf ni con Darthé. Estaban bien vigilados, no habían podido procurarse armas. Aquello que Buonarotti había llamado “puñal”, lo habían hecho ellos mismos con la espiral de su candelero, aguzándolo en el piso. Sólo se habían herido. Además, la mano de Babeuf se equivocó, pegó demasiado bajo. El hierro, al deslizarse, le había perforado el vientre. Babeuf no podía hablar. Gemía. Cuando un médico llegó para extraerle el hierro, movió la cabeza: “No, no vale la pena”. Sufría enormemente, pero guardaba la esperanza de morir de su herida.

Durante ese tiempo, el comandante de la plaza de Vendome amonestaba a su ayudante de campo: “¿Qué es esta tontería? ¿Por qué no tomaron disposiciones?...”

Todo el mundo estaba persuadido hasta tal punto del valor cívico del tal Duffau, que no se había hecho venir de Blois a otros auxiliares. El comandante ordenó a un jinete que galopara a toda rienda: el comandante temía que Babeuf muriera antes que el ciudadano Sansón el joven, hijo de Sansón de París, llegara de Blois. Los caminos eran malos, jamás podría volver a Vendome en el día. En efecto, Sansón el joven llegó a las diez de la noche. Cada hora, el

comandante preguntaba: “¿Están vivos?...” Babeuf y Darthé yacían sobre la paja, cubiertos de una sangre negra y coagulada. No se quejaban, no gemían; ni siquiera pedían un trago de agua. Pero vivían y los carceleros tranquilizaban cada vez al comandante:

– ¡Ya lo creo que viven!

Las cinco de la mañana. El ciudadano Sansón y su ayudante levantan a Darthé. Este resiste: ¡vivo no se entregará! Abre su herida. La sangre corre. Las manos de Sansón se han empapado en ella; por otra parte, no tiene necesidad de acostumbrarse. Darthé, medio muerto es todavía fuerte. Se debate. Lo amarran. Lo llevan junto con Babeuf.

En la plaza de armas hay poca gente: es muy temprano. Los habitantes de Vendome duermen todavía. Algunos curiosos. Algunos fieles patriotas. Es una mañana de primavera. Hay sol. Lilas en el jardín de la abadía. Babeuf recorre ávidamente con los ojos la plaza. Alguien ha reído. Alguien ha hecho un gesto amistoso con la mano... María... ¡Ah! allí está. Los niños están con ella. Cayo en sus brazos. ¡Ah, gracias, fiel amiga! Que los niños vean...

Sansón termina difícilmente con Darthé; dos carceleros lo han ayudado. Darthé ha gritado hasta debajo del cuchillo. Ahora es el turno de Babeuf. Está en el cadalso. Se incorpora y dice:

– ¡Adiós, amigos míos! ¡Adiós, pueblo! Muero con amor...

Cayo, sonriente, mira al juguete que brilla: el cuchillo de la guillotina cae.

El Tribuno del Pueblo, Gracus Babeuf, murió el 8 Prarial, año V, y según el viejo estilo el 27 de mayo de 1797, en el trigésimo-séptimo año de su vida.

De acuerdo a las instrucciones del comandante, los despojos de los ajusticiados fueron arrojados al muladar, fuera de la ciudad. No fueron entregados a sus familias. Se puso en una jaula a los condenados a la deportación. Germaín exclamó:

– Envíenme a Cayena, continuaré aún allá... Si no hay hombres, será con los loros.

Cuando los desterrados llegaron a Saint-Lo, el alcalde y el cuerpo municipal fueron a su encuentro. El alcalde abrazó a Buonarotti y llamó a los deportados “nuestros hermanos desdichados”.

– Ha defendido -dijo- los derechos del pueblo, y todo buen ciudadano le debe amor y reconocimiento.

La Revolución no podía morir de un solo golpe. Cubierta de sangre, se debatía todavía, como acababan de debatirse Babeuf y Darthé.

El Directorio festejó su victoria: hubo fiesta en casa de Barras, recepción en casa de Carnot. El día del suplicio, Jorge Grisel había recibido la recompensa de sus servicios desinteresados: un sable y un cinturón. También le entregaron treinta libras en plata. No puede decirse la razón que había dictado esa cifra. ¿Sería el ejemplo del Evangelio?... ¿Serían las estrecheces financieras de los ciudadanos Directores?

El verdugo, Sansón el joven, fue mejor retribuido. Grisel había hecho su trabajo; pero sin la dinastía de los Sansón, la existencia de Francia parecía inconcebible. Por la noche, Sansón se embriagó en la taberna “Bas Bret”. Se vanaglorió de que los Sansón servían al Estado desde hacía ciento veinte años; que no habría, sin ellos, ni Capetos ni Barras. ¿Quién había ejecutado al anarquista Babeuf? Sansón, naturalmente...

El pastor Pedro, volviendo por la noche a la aldea de Montreux, descubrió dos cadáveres. Los cubrió de ramas, y al llegar a su casa le contó su descubrimiento a otro aldeano, Luis Vadour; éste, que había ido una vez a París a buscar sal, dijo:

- Es Babeuf. Era un hombre honesto, por eso lo mataron.

Al amanecer, los campesinos de la aldea de Montreux recogieron los cuerpos de Babeuf y Darthé. Los enterraron piadosamente. No conocían las canciones patrióticas ni las palabras elocuentes que se pronuncian en París en los funerales de los republicanos. Guardaban silencio. Sólo Luis Vadour dijo:

- Le llamaban el Tribuno del Pueblo... Por eso lo mataron... a él y al otro... ¡Esa es la Revolución!

CAPÍTULO XXIII

POST SCRIPTUM

Hay una recepción esta noche en casa del Director Barras. El tenor de moda, Garat, deleita a los invitados. ¡Oh cavatinas de Cimarosa! ¡Oh senos de Teresa!... Los invitados escuchan, admiran, cambian cumplidos y beben vino helado; es una cálida noche de verano.

- Ha costado trabajo, según parece, terminar con ese bandido de Darthé. Permaneció cinco minutos debajo del cuchillo y durante todo el tiempo gritó: “¡Abajo los tiranos!”
- ¡Increíble! ¿Quién le contó eso?
- El marqués. El conde de Dufort de Cheverny me envió por carta la noticia.
- ¿Y Babeuf?
- Babeuf hasta el final se hizo el inocente, como en las pastorales. Es el juego habitual de los terroristas. Entra Talma. Teresa Tallien (¿no es acaso la dueña de casa?) murmura triunfante:
 - ¡Ah! Talma... Nuestro orgullo...

Rodean al actor. Le suplican:

- Ofrézcenos el encanto de su arte. Declama tan bien...

Talma saluda cortésmente:

- Les estoy muy agradecido por su elogiosa opinión, pero desgraciadamente no puedo declamar. Que Garat cante, más bien. ¿Qué podría recitar yo? ¿Los juramentos de Bruto?... Les conmovaría demasiado. Debo cuidar su sensibilidad. Por favor...

Talma se acerca a los hombres. Allí se entablan conversaciones políticas:

- Los realistas querían seguir las huellas de Babeuf, pero no lo han logrado. ¿Recuerdan al comandante Malo, aquel que tan acertadamente ultimó a los insurgentes en el ataque del campo de Grenelle?
- ¿Cómo? Me habían dicho que era monje...
- Es posible. En todo caso, ahora es un honesto republicano. Entró en relaciones con los emisarios del rey y en seguida los vendió al Directorio.
- ¡Ah! ¡Bah! Otro Grisel...

El ciudadano Barras ríe.

- No creerías hasta qué punto es popular Grisel ahora. Todo el mundo quiere ser Grisel. Un tal Gondoin trató de persuadirme de que él era quien había entregado a Babeuf, que él era Grisel; pero Malo es un verdadero republicano. Los anarquistas son ahora impotentes, en cambio, los partidarios de Luis XVIII levantan la cabeza. Los ingleses, naturalmente, los ayudan. ¡Cuántas guineas se han gastado para las elecciones!...

Barras suspira: el Directorio también ha tratado de comprar gente, ¡pero qué cara tienen los bonos al lado de las guineas de oro! Los realistas han salido triunfantes en las elecciones. Carnot está muy contento: se entiende con ellos. Pero para él, la situación es difícil. De acuerdo con la Constitución, uno de los miembros del Directorio debe retirarse. Los cinco directores han pasado la noche en blanco. La suerte ha designado a Letourneur. No es fácil abandonar el Luxemburgo. Para consolar a su colega desdichado, los cuatro sobrevivientes han hecho una colecta: cada uno dio diez mil francos. ¿Pero qué son esos cuarenta mil francos si se los compara solamente con los regalos que les hacen los proveedores?... Barras se alegra del retiro de Letourneur. Ciertamente, más valdría que hubiera sido Carnot... Pero también la suerte podía haberlo designado a él... Esta idea ha hecho palidecer al conde. Estaba atormentado: ¿quién sería elegido en lugar de Letourneur?...

Ahora, todos felicitan a Barras:

- ¡Nuestros mejores votos para el nuevo miembro de la familia!

Sin embargo, no tiene deseos de bromear. El embajador Barthelemy ha sido elegido Director. Ya ha salido de Ginebra. Todo el mundo sabe que Barthelemy se entiende con los realistas. Indudablemente, adoptará el partido de Carnot. Además, es mucho más peligroso que Letourneur. Luego, todos están contra Barras. Aun aquí en su casa, algunos invitados se dicen al oído:

- ¿Leyeron el artículo de Barriol?... Ataca duramente a Barras... a propósito de la entrevista con Germain... Dicen que Barras está furioso...

Los invitados serios se ocupan de negocios: Gobert rumia una provisión de forraje para el ejército del Norte y Mallard una de víveres para los ejércitos de Italia. Delannay quiere obtener una concesión de madera. Y Ouvrard, el ornamento de la República. ¿De qué habla en voz baja con el dueño de casa, Ouvrard, el más rico ladrón de Francia? ¿De barcos? ¿De sal? ¿De arreos? No, hoy el espíritu de Ouvrard está ocupado por temas más poéticos: regatea para comprar la bella Teresa al ciudadano Director. Sabe que Barras no tiene un céntimo. Teresa es capaz de arruinar a cualquiera. Pero Ouvrard tiene bastante dinero como para alimentar a la mujer más cara de la República: ha cambiado algunas palabras, se estrechan la mano: está claro, se han puesto de acuerdo.

Con una mueca de disgusto, Talma pasa de un salón a otro; en todas partes se trata de “el cuero”, de los diez mil”, de “comprar al administrador”. En todas partes los enredos, los chismes, las intrigas.

Uno se asfixia. Este año el verano es tan caluroso... Talma no puede más en medio de esa canalla endomingada. Todavía otra vez la esposa de algún proveedor de géneros, murmura:

– ¡Díganos una poesía!... ¡Ah, Otelo me conmueve hasta el fondo del alma! ¿Y a usted?

Talma sonrío:

– No, por el momento lo que me conmueve hasta el fondo del alma no es Otelo, sino la señora Angot.

Se despide y sale. Aun en la calle no se puede respirar. ¡Si al menos estallara la tormenta! Pero las estrellas están inmóviles en el cielo negro. Hay millares. Entre ellas, Mercurio, descubierta por Lalande. Talma recuerda el sótano, el granero. Ahora la casa está vendida, y ya el sótano y el granero no son útiles a nadie. Todo el mundo se ha ubicado. Andrés Chenier habla de libertad. David, en tiempos de Robespierre soñaba con la Igualdad. ¿Y ahora qué hay? Los millones del señor Ouvrard. ¿Es posible que tantos corazones nobles hayan perecido por eso, que la Revolución no sea más que hazañas, sueños, sangre, crímenes, palabras inflamadas, ejemplos de valor y de ferocidad? Y para concluir: los lacayos en el palacio, las bomboneras en casa de los campesinos, la escolta de la señora Angot y el tedio.

Talma camina por las calles oscuras. Piensa dolorosamente, piensa en voz alta hasta el momento en que un actor amigo suyo lo detiene:

– ¿Qué haces? ¿Estudias un nuevo papel? ¿Cuál?

– El papel de un contemporáneo. Pero estoy cansado... ¡Buenas noches!

Mientras tanto, los invitados se habían retirado. Barras retuvo a Larevelliere y a Reubell; tenían muchas cosas que decirse; Barras olvida de pronto Prarial y su traición del campo de Grenelle. Mira si los porteros no espían en las puertas y dice con aire triste:

– ¡Mal negocio! Los dos tercios del Consejo de los Quinientos están contra nosotros. Barthelemy, Carnot... ¡Si no ocurre un milagro, adiós República y nosotros junto con ella!

Todo el mundo lo advierte, aun sin las palabras de Barras. Durante largo rato hicieron proyectos. ¿A quién recurrir? Los obreros no tenían armas, y, por otra parte, los obreros no irían a luchar por la República; ya habían visto... Los patriotas estaban aniquilados. ¿Quién los sostendrá? A pesar de todo, ellos no son realistas. Quieren salvar a la República. ¿Apoyarse en el ejército quizás?... ¿En los generales?... Hoche envía al Directorio advertencia tras advertencia: “¿Es posible que en Francia no haya más republicanos?...” Pues bien, se puede traer a Hoche de La Haya con tropas que le sean fieles. ¿Pero Bonaparte? ¿El héroe de Italia, el ídolo de París?... Es difícil prescindir de Bonaparte.

Barras trata de tranquilizar a sus colegas:

– Bonaparte es quizás ambicioso, pero es un sólido republicano. Talleyrand me contaba hoy que Bonaparte había exigido del Papa una contribución: cien cuadros u objetos de arte, a elección, pero obligatoriamente el busto del patriota Marco Bruto.

El conde recupera fácilmente la esperanza. Larevelliere dice, sonriendo con desconfianza:

“La conspiración de los iguales” de Ilya Ehrenburg

- ¿Pero han olvidado entonces lo que nos escribió en Nivoso? ¿Lo han olvidado? ¿No recuerdan? Nos escribía que ya era tiempo de declarar que no había más Revolución; que la Revolución había terminado...